

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO



Serie Economía, políticas de desarrollo y desigualdades

SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA

Angélica De Sena
Jeanie Maritza Herrera Nájera
[Comps.]

 **CLACSO**

**SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES
Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA**

Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina / Angélica De Sena... [et al.]; compilación de Angélica De Sena; Jeanie Maritza Herrera Nájera. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires: CLACSO, 2022.
Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online
ISBN 978-987-813-288-4

1. Pobreza. 2. América Latina. 3. Pandemias. I. De Sena, Angélica, comp. II. Herrera Nájera, Jeanie Maritza, comp.
CDD 305.569098

Otros descriptores asignados por CLACSO:

Subjetividad / Pobreza / Movimientos sociales / Pandemia / Solidaridad
/ Políticas sociales / Trabajo / Espacio urbano / Sensibilidad / América
Latina

Los trabajos que integran este libro fueron sometidos a una evaluación por pares.

SENSIBILIDADES, SUBJETIVIDADES Y POBREZA EN AMÉRICA LATINA

Angélica De Sena
Jeanie Maritza Herrera Nájera
(Comps.)

Grupo de Trabajo de Sensibilidades, Subjetividades y Pobreza





CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Grupos de Trabajo

Pablo Vommaro - Director

CLACSO - Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva

María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Pablo Vommaro - Director de Investigación

CLACSO - Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial

Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Área de investigación

Natalia Gianatelli - Coordinadora de Investigación

Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres, Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik -
Equipo de Gestión Académica



LIBRERÍA LATINOAMERICANA Y CARIBEÑA DE CIENCIAS SOCIALES

CONOCIMIENTO ABIERTO, CONOCIMIENTO LIBRE

Los libros de CLACSO pueden descargarse libremente en formato digital o adquirirse en versión impresa desde cualquier lugar del mundo ingresando a www.clacso.org.ar/libreria-latinoamericana

1ª edición: *Sensibilidades, subjetividades y pobreza en América Latina* (Buenos Aires: CLACSO, septiembre de 2022).

ISBN 978-987-813-288-4



CC BY-NC-ND 4.0

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723. La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | clacso@clacsoinst.edu.ar | www.clacso.org



Este material/producción ha sido financiado por la Patrocinado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

ÍNDICE

Jeanie Maritza Herrera Nájera

Presentación | 9

SECCIÓN I. PANDEMIA, COMEDORES COMUNITARIOS Y OLLAS POPULARES: UNA MIRADA A LAS INTERVENCIONES ESTATALES

Angélica De Sena y Andrea Dettano

Una tipología posible de comedores, merenderos y otras formas de organizar la gestión del comer en contextos de pandemia en Buenos Aires | 15

Aldana Boragnio

Ayuda, solidarismo y bienestar: sensibilidades en torno a “dar de comer” en iniciativas populares argentinas durante la pandemia de Covid-19 | 45

SECCIÓN II. POLÍTICAS SOCIALES, POLÍTICAS DEL CUIDADO Y DESIGUALDAD: VIVENCIAS Y SUBJETIVIDADES

Rebeca Cena

Políticas sociales, confianza y desconfianza: exploraciones desde las sensibilidades en contextos de desigualdad | 67

Silvana Maria Bitencourt y Cristiane Batista Andrade

Emprego doméstico na pandemia da Covid-19 no Brasil: condições de trabalho, violências e cuidado familiar | 89

**SECCIÓN III. EMOCIONES AL HABITAR EN LA CIUDAD Y LAS
EXPERIENCIAS DEL ESPACIO URBANO**

Victoria D'hers

“Yo no salgo, estoy encerrada en mi casa”. Espacio urbano
y encierro desde narrativas sensibles pre pandemia | 115

Ana Lucía Cervio

Habitar en la socio-segregación: una exploración
sociológica desde los olores | 137

Eduardo Osiel Martell Hernández

Entre la marginalidad y la pobreza. La modernización
del municipio de Ecatepec desde su dimensión sensible | 159

Sobre las autoras y los autores | 183

PRESENTACIÓN

Jeanie Maritza Herrera Nájera

EL ANÁLISIS de la relación entre las sensibilidades, emociones y vivencias permite comprender las bases socioestructurales que inciden en el ser y habitar de las y los sujetos, relacionados con la desigualdad social. Las políticas crean subjetividades y configuran estructuras que producen y reproducen modelos de sociedad e inciden en la conformación de políticas de los cuerpos existentes en el poder público, institucionalizadas. La matriz conflictual asociada a su conformación visibiliza las repercusiones en la posición, condición y capacidad de acción y disposición de los cuerpos que habitan y transitan en un mundo normalizador, desigual y global.

Desde el Grupo de Trabajo “Sensibilidades, Subjetividades y Pobreza” se buscó desarrollar aportes basados en indagaciones individuales y colectivas sobre los tres conceptos estructuradores que dan nombre al Grupo, desde América Latina, indagando problemáticas pre-pandemia y durante la pandemia de coronavirus (Covid-19). El objetivo de este libro es reflexionar respecto a las políticas sociales como constructoras de sensibilidades específicas, que anudan las tensiones entre pobreza, intervención estatal y gestión del conflicto social atravesado por la pandemia y la desigualdad.

El libro busca discutir y debatir respecto a las pobrezas en América Latina y su vínculo con la configuración de emociones y subjetividades. Para ello, se propone presentar resultados de investigaciones que trasladan una revisión y análisis de las políticas diseñadas e implementadas por los Estados con relación a los aislamientos, las cuarentenas y su significación e impacto en la pobreza. Se hace especial énfasis en el análisis diferenciado del impacto en las mujeres, el mundo urbano, el trabajo y las mercantilizaciones de la vida cotidiana.

Consta de siete capítulos divididos en tres secciones. En la primera sección se analizan las intervenciones estatales orientadas a mitigar los efectos de la pandemia mediante los comedores comunitarios y ollas populares. En ese contexto, Angélica De Sena y Andrea Dettano abordan intervenciones sobre la comensalidad y formas del comer, que, en tanto políticas sociales, inciden y operan sobre diferentes ámbitos y dimensiones de la vida social. Analizan los comedores comunitarios y merenderos como parte de las políticas alimentarias instrumentadas a partir de organizaciones sociales/comunitarias/barriales de distinto nivel de formalidad, con la pretensión de atender a las situaciones de pobreza frente al hambre, visibilizando como estas actividades suelen estar altamente feminizadas y llevadas adelante por beneficiarias de distintos programas sociales. Y se proponen identificar “tipos” de organizaciones que gestionan el comer en dos municipios relevantes de la Provincia de Buenos Aires, Argentina. A continuación, Aldana Boragnio visibiliza cómo durante el año 2020, los comedores populares o viandas semanales se multiplicaron rápidamente en todo el país —y en toda Latinoamérica— buscando que quienes no tienen garantizadas las condiciones de reproducción alcancen alguna previsibilidad en la ingesta cotidiana. Aunado a esto, visibiliza que gestionar el “dar de comer” requiere de prácticas específicas, como organizar bienes, recursos, servicios y acciones que hagan viable la comida cotidiana, como también las emociones ligadas a las prácticas nutricias hacia otros. De esta forma, en las prácticas del comer se cristalizan múltiples relaciones sociales vinculadas a la estructura social y, a través de las prácticas culinarias, se puede observar un entramado de relaciones que se constituyen como una práctica cotidiana esencial para la reproducción de quienes asisten a comedores barriales. Pero a la vez, se configura como una práctica que organiza la cotidianeidad de quienes llevan adelante estos espacios.

En la segunda sección, se presenta un análisis de las políticas sociales, las políticas del cuidado y la desigualdad, en donde se abordan temas relacionados a las vivencias, la configuración de emociones y las subjetividades. De tal cuenta, Rebeca Cena analiza políticas sociales con componente educativo y laboral, implementadas en la provin-

cia de Córdoba, Argentina, desde una sociología de los cuerpos/emociones. Problematisa conjuntamente la confianza y la desconfianza como elementos que pueden coexistir simultáneamente sin anularse ni desmentirse, visibilizando como operan como dimensiones relevantes para el análisis de los modos en que estas intervenciones estatales dialogan con los modos de ser, hacer y sentir de las poblaciones. Asimismo, Silvana Bitencourt y Cristiane Batista Andrade, abordan cómo en el escenario brasileño, la pandemia de Covid-19 ha exacerbado las desigualdades sociales que el país enfrenta desde hace muchas décadas, afectando, principalmente a las mujeres negras de clases populares, que se desempeñan en trabajos precarios e informales, tales como las empleadas domésticas, quienes a su vez realizan el cuidado de la reproducción social en sus familias.

Finalmente, la tercera sección aborda un análisis de las emociones al habitar en la ciudad y las experiencias del espacio urbano, en donde Victoria D'hers propone una re-construcción de las sensibilidades en torno al espacio urbano desde una sociología de los cuerpos/emociones, particularmente indagando en torno a la noción de encierro durante la pandemia y reflexionando sobre los encierros múltiples que operaban previo a la misma, en las mayorías que habitan en asentamientos populares y barrios pobres. Asimismo, Ana Lucía Cervio, aborda la experiencia del habitar en las ciudades como una “relación sensible” que actualiza los entramados prácticos y emocionales que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas, indagando la sensibilidad como una formación histórica, y la experiencia como un campo multisensorial socialmente definido, recuperando “memorias del habitar”, con énfasis en el sentido del olfato en habitantes de villas de emergencia y barrios precarios de la ciudad de Córdoba (Argentina). Finalmente, Eduardo Osiel Martell Hernández, desarrolla una propuesta asociada a la historia de las emociones para dar cuenta de los procesos sensibles asociados a la modernización del territorio del municipio de Ecatepec de Morelos, México, en la segunda mitad del siglo XX y primeros años del presente, mediante la re-lectura de las categorías sociológicas de “marginalidad” y “pobreza” desde las sensibilidades.

SECCIÓN 1

**PANDEMIA, COMEDORES
COMUNITARIOS Y OLLAS
POPULARES: UNA MIRADA
A LAS INTERVENCIONES
ESTATALES**

UNA TIPOLOGÍA POSIBLE DE COMEDORES, MERENDEROS Y OTRAS FORMAS DE ORGANIZAR LA GESTIÓN DEL COMER EN CONTEXTOS DE PANDEMIA EN BUENOS AIRES

Angélica De Sena y Andrea Dettano

*Flow de barrio, los wachine' sueñan con un escenario
De camino al comedor comunitario. (Thiago PZK)*

*Olla popular
de comedor comunitario
cura el dolor de panza
cuando más es necesario. (Esteban El As)*

INTRODUCCIÓN

Lo alimentario, la alimentación, el comer, la comida, excede la reproducción biológica de las personas e incluye un entramado de prácticas, sentidos y sentires involucrados en su concreción. Las sociedades capitalistas han situado lo alimentario en el ámbito privado de los sujetos y en la esfera del mercado, lo que supone y ubica al fenómeno en tanto aspecto central de la denominada Cuestión Social. De esta manera, la alimentación y el comer constituyen un fenómeno social complejo y multidimensional que involucra arreglos, cohesiones y conflictos entre distintos actores e instituciones. En vista de ello, desde aquí, observaremos unas particulares estrategias de la gestión del comer en la provincia de Buenos Aires: los comedores y merenderos.

Podemos identificar a estos espacios como intervenciones sobre la comensalidad que, en tanto políticas sociales, inciden y operan sobre diferentes ámbitos y dimensiones de la vida social. Con la pretensión de atender a las situaciones de pobreza frente al hambre, los comedores y merenderos reciben a diferentes poblaciones. Siguiendo los resultados de nuestras indagaciones, estas actividades suelen estar altamente feminizadas y, en no pocas ocasiones, llevadas adelante por

beneficiarias de distintos programas sociales que, así como intervienen sobre las “faltas” que identifican en la población, concentran a la vez la participación de múltiples actores y fuentes de recursos para su reproducción y continuidad. En vista de la complejidad de estos espacios elaboraremos una tipología, entendiendo a esta última como una herramienta que facilita el trabajo interpretativo y contribuye a la producción de teoría (Cohen y Gómez Rojas, 2011). Así, a partir de revisar los resultados de proyectos de investigación por medio de etnografías virtuales, realizadas durante la pandemia por Covid-19¹; se propone identificar los “tipos” de organizaciones que gestionan el comer en La Matanza y Mar del Plata, en tanto espacios geográficos que, por sus características, se vuelven relevantes de ser observados.

El partido de La Matanza es el más extenso y poblado de la provincia de Buenos Aires, se divide en 16 localidades y tiene tres espacios territoriales que expresan perfiles sociales, económicos y condiciones de vida distintas, así como diferente comportamiento en relación al empleo, siendo la zona más alejada de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires la que presenta un porcentaje de desempleo más elevado y peores condiciones de vida (Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo - PNUD, 2009; De Sena, 2019; De Sena, 2020).

La ciudad de Mar del Plata, cabecera del Partido de General Pueyrredón, es el segundo aglomerado urbano con mayor población de la Provincia de Buenos Aires (Departamento de Estudios Sociales y Demográficos - DESD, 2016) y, desde los años ochenta, presenta altos índices de NBI (Necesidades Básicas Insatisfechas) así como un importante aumento en las tasas de desempleo (López, Lanari y Alegre, 2001; Universidad Nacional de Mar del Plata, Grupo Estudios del Trabajo - UNMDP-GrET, 2019).

Para cumplir el objetivo propuesto, desarrollaremos la siguiente estrategia argumentativa: en primer lugar, haremos un recorrido conceptual sobre la problemática alimentaria y las políticas sociales en tanto intervenciones alimentarias; luego esbozaremos una conceptualización respecto a las tipologías para, a partir de la misma identificar tipos de organizaciones de la gestión del comer en los municipios bajo estudio. Se concluye que son cuatro los principales tipos de comedores y que, más allá de sus diferencias en cuanto a los modos de pro-

1 Nos referimos: a) “La cuestión social en el partido de La Matanza en contexto de pandemia”. Programa Vincular 2020. Resolución rectoral de la UNLaM Nro. 218/20. Secretaría de Ciencia y Tecnología. Universidad Nacional de La Matanza. Directora Angélica De Sena; b) “Políticas Sociales y prácticas alimentarias” Resolución N°2938. Programa de Reconocimiento Institucional de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires. Directora Andrea Dettano.

visión de recursos y a los actores que participan en su sostenimiento, todos comparten una larga trayectoria, cristalizando la centralidad de la problemática alimentaria.

PRÁCTICAS ALIMENTARIAS E INTERVENCIONES ALIMENTARIAS: COMEDORES COMO ESPACIOS DE GESTIÓN DEL COMER

Desde diversos campos disciplinares la alimentación constituye un conjunto de prácticas que involucran diferentes dimensiones: desde los procesos fisiológicos que implica la reproducción del organismo hasta la consideración de las relaciones y entramados sociales comprometidos en su consecución (Fischler, 1995; Contreras y García, 2005). Si bien las personas comemos en pos de responder a una necesidad biológica, los hábitos alimenticios se producen y reproducen socialmente. Históricamente fue la familia la que estructuró y organizó dichos hábitos (Entrena-Durán y Jiménez-Díaz, 2013) mientras que, desde hace ya algunas décadas, otros espacios, relaciones y dispositivos influyen en lo alimentario, en la gestión del comer, las costumbres, las prácticas y los gustos. De manera amplia, entenderemos a las prácticas alimentarias como el conjunto de acciones familiares, individuales y/o colectivas desplegadas a los fines de procurar los alimentos que incluyen la preparación y el consumo, pero también los modos de acceder a dichos alimentos (Ibáñez y Huergo, 2012).

La problemática alimentaria es compleja y abarca la producción, la distribución y comercialización, así como el consumo de alimentos y sus efectos sobre las condiciones históricas de reproducción de la población y de la fuerza de trabajo (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994). En el capitalismo los alimentos son un bien mercantilizado, por lo que el acceso a ellos está determinado por su disponibilidad en el mercado y por la capacidad de compra de los sujetos, proveniente de los ingresos que poseen y de las regulaciones de precios (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994; Sordini, 2020). En este sentido, el comer se sitúa como una práctica compleja que involucra cohesiones y conflictos. Aún más, “la comida” se consolida como un medio de lectura: de los conflictos de clases, de las luchas por el poder, de la división de los trabajos por sexo, de los antagonismos entre la comensalidad en espacios públicos y privados, de los choques culturales entre civilizaciones, entre otros aspectos (Letamendia, 2000, citado en Scribano, Eynard y Huergo, 2010, p. 25). Así, “(...) lo alimentario se inserta, a su vez, en un campo teórico de mayor nivel de generalidad que tiene que ver con las modalidades de reproducción del sistema capitalista en su conjunto” (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994, p. 179).

El acceso a los alimentos y la distribución de los nutrientes son la condición necesaria para la reproducción material y social de los

cuerpos, por lo que los procesos ligados a la alimentación serán el punto nodal que permite comprender el sistema cultural de la sociedad, al mismo tiempo que las relaciones sociales que se desarrollan en ella (Boragnio y Mairano, 2020). El acceso y consumo de alimentos traza lugares diferenciales: diferentes serán los platos que puedan ser puestos en la mesa —o retirados en un comedor comunitario—, desde los que “llenen la panza” hasta aquellos verdes, saludables y libres de agrotóxicos, entre muchas otras posibilidades (Rossi, 2020).

Ello involucra diferentes complejidades para la observación y análisis tendientes a delimitar el qué, con quiénes, cuándo y cómo en relación al comer. Qué alimentos se consumen, a qué nutrientes es posible acceder, cuáles son los modos de gestionar el alimento y que vivencialidades se inscriben en los diferentes modos de obtención de alimentos. En este sentido es que lo alimentario se constituye en tanto eje central de la denominada Cuestión Social, exhibiendo hiatos y fracturas asociados a los modos de reproducir la vida en el capitalismo (Castel, 1997); aumentando su complejidad a medida que crece la pobreza.

En este marco, recuperaremos un aspecto o dimensión central de la cuestión social: la cuestión alimentaria, en directa vinculación con las intervenciones del Estado para su atención. Dichas intervenciones —entendidas como políticas sociales— inciden sobre las condiciones de vida y presentan diversos espacios de actuación entre los que podemos encontrar las de la seguridad social, el equipamiento comunitario, diferentes medidas normativas, así como intervenciones asistenciales, dentro de las cuales quedan incluidas las de asistencia alimentaria (Faleiros, 2004). Independientemente del tipo de intervención y ámbito de actuación, asumen, en el presente siglo, algunos rasgos centrales: la masividad; la bancarización y monetarización; las pervivencias, en tanto modos de solapamiento y superposición de intervenciones a lo largo de décadas; las incertidumbres, asociadas a las modificaciones de los modos de organización del mundo del trabajo que traen aparejados nuevos riesgos sociales (De Sena, 2011; Dettano y Cena, 2021).

Si bien las intervenciones alimentarias, en Argentina, se ubican al inicio del siglo XX en el ámbito educativo con el objeto de atender la problemática de la mala alimentación en niños y niñas con la creación del servicio de copa de leche en 1906 y más tarde de los comedores escolares (Britos et al., 2003); diferentes autores señalan cómo la década del ochenta del siglo XX constituye un punto de inflexión en las estrategias alimentarias de los hogares en Argentina. Las últimas décadas del Siglo XX fueron escenario de una serie de factores que inciden sobre la capacidad de acceso a los alimentos: el aumento de

los precios de los mismos, la caída del salario y el aumento de la desocupación, combinando la caída de la capacidad de compra con unas políticas de asistencia que no logran compensar las pérdidas (Aguirre, 2004). El retorno democrático fue el comienzo de un proceso de empobrecimiento que, con variaciones, podemos observar aún en los escenarios actuales (De Sena, 2020), dónde alimentación, hambre y malnutrición se fueron consolidando como una problemática persistente que se ha reeditado en diferentes políticas alimentarias a las que se suman diferentes estrategias para gestionar el alimento, a saber: ollas populares, compras y comedores comunitarios, huertas comunitarias, entre otras alternativas (Santarsiero, 2013a; Scribano y De Sena, 2016; Cervio, 2019; Sordini, 2020).

Diferentes investigaciones exhiben como el aumento en la cantidad de programas e intervenciones alimentarias y su cobertura han logrado un relativo éxito en la disminución de la mortalidad infantil y cómo, independientemente de su modalidad, no han sido eficaces en garantizar una adecuada ingesta de nutrientes. Ello presenta, a su vez, diferentes tipos de consecuencias como problemas neurológicos, inmunológicos y de fertilidad, abonando la conformación de cuerpos débiles e instalando la participación en comedores y merenderos como forma y lugar de comensalidad (Scribano y De Sena, 2016). Para Lava (2014) algunos de los rasgos de estas variadas intervenciones podrían ser: su incidencia sobre el consumo familiar de alimentos; la definición de sus destinatarios/as desde la portación de una carencia; su institucionalización, sucediéndose en diferentes gestiones gubernamentales; su intención “desmercantilizadora” por medio de intervenciones directas o indirectas, así como el refuerzo de dietas monótonas, insuficientes y con baja densidad nutricional.

De este modo, los diferentes tipos de programas alimentarios constituyen el plexo de intervenciones que, junto con las transferencias de ingresos, programas sociolaborales, entre otros, exhiben la pervivencia de la necesidad de los mismos, así como su desarrollo a lo largo de, al menos, cuatro décadas. Aún más, en diferentes investigaciones hemos venido observando cómo, el dinero de los programas de transferencias de ingresos, aunque no estrictamente alimentarios, son utilizados casi en su totalidad para la compra de alimentos (Dettano, 2017, 2019; De Sena y Dettano, 2020; Sordini, 2018). De esta manera, lo alimentario pareciera posicionarse como el objeto central —de manera directa o indirecta— de las diferentes intervenciones.

SOBRE LOS COMEDORES Y MERENDEROS

Si bien en nuestro país los comedores emergieron espontáneamente como respuesta a la crisis económica a inicios de los años ochenta,

y luego con la hiperinflacionaria de 1989; ya desde sus inicios estuvieron en estrecha vinculación con los programas del Estado, ya que estos últimos fomentaron la emergencia de los espacios de participación comunitaria para contrarrestar el problema alimentario,² o bien apelaron a ellos en tanto *ejecutores privilegiados* (Herzer et al., 2005) de otros programas sociales (Santarsiero, 2013a; Sordini, 2020). Así, dichos espacios se fueron consolidando como una intervención territorializada de la asistencia alimentaria que persiste hasta hoy, aunque con una heterogeneidad que responde a los diferentes niveles de organización, continuidad y regularidad de acuerdo con los actores involucrados que se superponen en cada caso (diferentes niveles jurisdiccionales del Estado, organizaciones de la sociedad civil (OSC), iglesias, vecinos, empresas, entre otros), los contextos demográficos y socioeconómicos y las fluctuaciones de la política social alimentaria (Santarsiero, 2013b).

Así como presentan un recorrido que cuenta con algunas décadas, los comedores y merenderos también cuentan con un conjunto variado y diverso de producciones y desarrollos sobre su accionar. Algunos trabajos destacan cómo desde los comedores comunitarios el Estado promueve políticas sociales que configuran roles tradicionales de género a la vez que permitirían a las mujeres constituir un tipo de participación política (Russo, 2010); otros trabajos resaltan la solidaridad y la reciprocidad como elementos que caracterizan a estos espacios que combinan lugares y recursos, tanto públicos como privados. Asimismo, los definen en tanto “comunales”, que por fuera de lógicas mercantiles permiten subsistir a la falta de alimentos (Dinero Martínez, 2016). Otros escritos, centrados en el qué del comer y en la confluencia de actores en estos espacios, exhiben cómo en el caso mexicano, intervienen en los comedores empresas de la industria alimentaria y de bebidas, así como OSC, difundiendo un modelo del buen comer que incorpora alimentos procesados en la dieta (Torres Oregón y Lutz, 2016).

Clemente (2010) y Sordini (2016) desarrollan cómo en Argentina, lejos de resolverse la cuestión alimentaria, se expandió y se amplió su cobertura con la creación de programas de complementación a través de comedores comunitarios y/o entregas periódicas de alimentos por la acción de organizaciones y/o unidades domésticas que

2 Por ejemplo, el Programa Alimentario Nutricional Infantil (PRANI), de alcance nacional, preveía el fortalecimiento de los Comedores Infantiles (Lava, 2014); y el Programa Alimentario Integral de la Provincia de Buenos Aires, buscaba atender el problema alimentario a partir del otorgamiento de cheques a los comedores de organizaciones comunitarias (Grassi, Hintze y Neufeld, 1994).

organizan la necesidad de comer y su propio abastecimiento. Ierullo (2011), retoma las políticas implementadas en Argentina en el período comprendido entre los años 1984 y 2010, resaltando la descentralización de las mismas y el desarrollo de dos modalidades principales: la asistencia directa a familias y los programas de apoyo a comedores comunitarios, atravesados a su vez por el proceso de bancarización de las intervenciones estatales. Aludiendo a diferentes procesos de territorialización de las políticas sociales, —enfocada principalmente en intervenciones habitacionales—, Di Virgilio (2011) desarrolla el lugar de los comedores comunitarios como espacios de despliegue de formas colectivas de consumo. En tanto, Sordini (2020) analiza las preparaciones alimentarias de los comedores comunitarios y las estrategias de auto-organización que despliegan para cocinar las mujeres responsables de dichos espacios en barrios populares del Partido de General Pueyrredón en 2020; Dettano y Faracce Macía (2021) revisan las transformaciones que atravesaron los comedores y merenderos del municipio de La Matanza en contexto de pandemia por Covid-19 y observan cómo estos espacios —creados con anterioridad a dicho contexto— aumentaron la atención y la cantidad de personas recibidas. Carrasco y Pautassi (2015), desde un enfoque de derechos, observan el Plan Nacional de Seguridad Alimentaria (PNSA) y resaltan algunos aspectos críticos en la implementación del mismo (ciertos programas dentro del plan incluyen a los comedores comunitarios) como la subejecución presupuestaria, la insuficiencia del valor nutricional de las prestaciones, la falta de regularidad en entregas y criterios poco transparentes en la selección de titulares de las prestaciones. Herzer *et al.* (2005) desarrollan el caso de los comedores populares del barrio de la Boca en la Ciudad de Buenos Aires, y el lugar de las organizaciones sociales en la gestión de los mismos, su diálogo y accionar en relación al Estado en el contexto pre y post crisis de 2001 en Argentina. Santarsiero (2013b), en cambio, se centra en los comedores de un barrio de La Plata, describiendo el manejo de recursos, aportes, formas de organización y atención que incluyen los vínculos con el municipio, la relación con agrupaciones políticas y movimientos sociales y las distintas acciones solidarias intervinientes. Bonaldi (2006), por último, analiza el caso del Programa Apoyo a Grupos Comunitarios (PAGC) de la Ciudad de Buenos Aires —creado en 1986—, el cual tuvo como objetivo vehiculizar una estrategia más descentralizada de asistencia a la infancia apoyado en la labor de grupos comunitarios.

Ahora bien, los comedores en general, los comunitarios, merenderos, o copas de leche no se circunscriben únicamente a Argentina sino que presentan un amplio desarrollo en países de la región —que, en líneas generales se profundizan en las últimas décadas del siglo

XX— y confluyen en la necesidad de resolver un amplio espectro de problemáticas, donde si bien lo alimentario es central, también abarca otras cuestiones, como la alfabetización, capacitaciones, vestimenta, etc. Un aspecto central de estos espacios es la concentración de diversos tipos de actores, desde organizaciones sociales, iglesias, grupos de vecinos, grupos de madres, pequeños comerciantes, siempre en relación con actores que concretan donaciones y/o algún tipo de participación, por lo que podemos mencionar diversas y complejas lógicas de intereses cruzados presentes en los comedores comunitarios (Torres Oregón y Lutz, 2016; Dinegro Martínez, 2016). En vista de esta complejidad, es que la elaboración de una tipología se convierte en un recurso de suma utilidad, bajo el intento de reducir la complejidad de lo real, mediante la organización y articulación de los niveles teórico y técnico-metodológico de la investigación (Rentería, 2017).

MATERIALES Y MÉTODOS: ETNOGRAFÍAS VIRTUALES Y ELABORACIÓN DE TIPOLOGÍAS

El presente escrito, como se mencionó anteriormente, es el resultado de dos proyectos de investigación cuya estrategia consistió en la realización de una etnografía virtual (De Sena y Lisdero, 2015) para indagar acerca de diferentes vectores de la Cuestión Social en el Municipio de La Matanza y General Pueyrredón durante 2020 y 2021 en contexto de pandemia por Covid-19 y distintas formas de aislamiento o cuarentena. Más específicamente, el objetivo se centró en revisar las intervenciones alimentarias, así como las prácticas alimentarias y de consumo de los destinatarios de políticas sociales en ambos municipios. Para ello, en un primer momento, se realizó un registro de comedores y merenderos³ a través de la red social Facebook. Dicho registro se volcó en una matriz de análisis y contempló los siguientes componentes: nombre de la cuenta/perfil; cantidad de miembros del grupo de Facebook; fecha de creación de la página o perfil; carácter (público o privado, visible u oculto) de la página o perfil; cantidad de publicaciones por día; información/descripción del perfil/grupo/página; barrio o localidad; características de la organización (religiosa, política, etc.); nombre de la organización; descripción de las imágenes del perfil y portada; enlace de la página o perfil; fecha de registro; y, palabras de búsqueda utilizadas para llegar a dicho perfil o página. Como resultado, se registraron 180 comedores comunitarios y merenderos del Partido de La Matanza y 112 del Partido de General Pueyrredón.

3 Tanto como actividad principal o secundaria de la organización/grupo/institución.

En un segundo momento, se realizaron —también a través de la misma red social— 58 entrevistas virtuales a las personas que organizan y gestionan dichos comedores o merenderos. A partir del análisis de dicho material empírico elaboramos una tipología de comedores/merenderos, contemplando el origen de los mismos, la fuente de financiamiento y la antigüedad. Estas variables nos permiten atender a las particularidades, aspectos distintivos y en común entre estos espacios de gestión del comer, así como profundizar las miradas sobre los modos y estrategias de la intervención estatal. Al mismo tiempo, nos invita a hipotetizar sobre cursos de acción, entendiendo que no hay indicadores rígidos ni estáticos; pero que nos permiten construir una “síntesis” que deje espacio al potencial explicativo del objeto aquí tratado.

Bajo la pregunta de cómo captar las dimensiones de un concepto es que, es posible diseñar una tipología. Esta constituye un instrumento utilizado en la investigación social asociado a la medición como modo de clasificación y atribución de propiedades, involucrado principalmente en la etapa de organización e interpretación de la información (Cohen y Gómez Rojas, 2011; Sautú et al., 2005; Barriga, 2012; Rentería, 2017).

Desde Marx a Bourdieu pasando por Weber o Habermas, entre otros, muestran que las tipologías resultan ampliamente utilizadas en las ciencias sociales en general y en la sociología, en particular. Estas surgen de los datos y son fundamentales en la construcción de los marcos interpretativos. Como recurso heurístico, son útiles para comprender los fenómenos sociales, en tanto pueden considerarse un principio clasificatorio que pretende estructurar la complejidad multidimensional de los fenómenos sociales, conjugando la conceptualización y la base empírica a partir del principio de homogeneidad/heterogeneidad, y la combinación de atributos de la unidad de análisis; dejando como resultado un conjunto significativo de categorías o tipos de sociedades, instituciones, democracias, etc. (Cohen y Gómez Rojas, 2011; McKinney, 1968). Así, para Rentería (2017, p. 90) “Las tipologías (...) resumen en un conjunto reducido y significativo de categorías, a los individuos, grupos, instituciones, sociedades o cualquier otra unidad de análisis que es objeto de estudio”. Entendidas como el procedimiento analítico de inducción y referencia empírica en interacción entre el modelo teórico y metodológico, dan cuenta de su capacidad explicativa. De esta forma, “el tipo construido —a diferencia del tipo ideal en Weber— puede prestar el importante servicio de funcionar como puente entre la teoría sistemática sustantiva y los datos empíricos relativamente no estructurados” (McKinney, 1968, p. 85).

McKinney (1968, p. 14) se refiere a la “tipología constructiva” que consiste en “una selección, abstracción, combinación y (a veces) acentuación intencionales planteadas de un conjunto de criterios que tienen referentes empíricos que sirven de base para la comparación de casos empíricos”. La tipología constructiva se sitúa en un nivel de abstracción tal que engloba las diferentes formas concretas que ha tomado este recurso en la investigación social. Así, McKinney (1968, p. 33) elabora una *tipología de tipos* según las siguientes variables: “1) relación entre el tipo y la experiencia perceptual; 2) grado de abstracción involucrado en los tipos; 3) propósito del tipo; 4) ámbito temporal del tipo; 5) ámbito espacial del tipo, y 6) función que se requiere del tipo”. Las posibles variables propuestas por el autor, se resignificarán y cobrarán especificidad en cada tipología de acuerdo al objeto de estudio. Estas serán clasificaciones teórica y empíricamente fundamentadas que, no se reducirán a enumerar valores o atributos para cada tipo, sino que estarán conformadas en el diálogo constante entre teoría y material empírico. Ahora bien, el autor menciona que “(...) el tipo construido tiene su base empírica en las particularidades de la historia construida en forma general” (McKinney, 1968, p. 16); ello nos abre espacios a considerar la relevancia de analizar cada tipo en sus contextos y dinámicas topográficas. Así, “el tipo construido, es una selección, abstracción, combinación y (a veces) acentuación intencionales y planeadas de un conjunto de criterios que tienen referentes empíricos. Sirve de base para la comparación de casos empíricos” (McKinney, 1968, p. 37).

LOS ESPACIOS DE GESTIÓN DEL COMER: UNA TIPOLOGÍA POSIBLE

En los puntos anteriores hemos considerado la importancia de la *cuestión alimentaria*, en tanto eje central de la denominada Cuestión Social y los diversos modos de abordaje con los que ha contado y cuenta, la multiplicidad de actores, espacios y recursos que involucra y su desenvolvimiento a lo largo de décadas. Junto con ello, hemos reconstruido la potencia e importancia, en tanto recurso heurístico, de la elaboración de tipologías en la investigación social. La heterogeneidad y complejidad de la cuestión alimentaria y con ello de los comedores comunitarios y merenderos requiere aún revisiones en sus contextos. En situación de pandemia y aislamiento ensayamos modos de *observar* el quehacer de los comedores y merenderos comunitarios, posibilitando una mirada hacia diferentes escenarios que ofrecieron elementos que confluyen en la elaboración de la presente tipología.

Los espacios analizados, en su gran mayoría, iniciaron sus actividades con anterioridad a la pandemia; solo algunos pocos comenzaron a partir de la misma. Entre los motivos de su creación aparecen

diferentes aspectos que se comparten entre los distintos tipos: las problemáticas de los entornos próximos como el desempleo, el consumo de drogas, las diversas necesidades, el “no alcanza”, como un modo de descripción de la situación que refiere a los sujetos que asisten, así como una realidad de los comedores mismos que deben “estirar” los recursos para hacer que “sí alcance”.

Junto con ello, y tal como venimos observando en otras investigaciones, los diferentes tipos de intervenciones estatales que engloban las políticas sociales, exhiben una fuerte feminización (De Sena, 2014). Este rasgo se repite en las intervenciones bajo estudio en este escrito: los comedores y merenderos registran una fuerte feminización en su gestión y sostenimiento.

En cuanto al contexto de pandemia, es posible observar algunas cuestiones de interés. Los asistentes en todos los casos son del barrio a los que se suman personas de barrios cercanos —cuya distancia permita ir caminado— y se dan a conocer a partir del “boca en boca”. Si bien estos espacios —casi en su totalidad— preceden a la emergencia sanitaria, es en dicho contexto que se da un comportamiento inflacionario (Dettano y Faracce Macía, 2021), en términos del aumento de la cantidad de personas que asisten. En algunos casos, quienes gestionan estos espacios⁴, hipotetizan sobre la transitoriedad de dicho aumento:

Y sí, hay pobreza estructural y temporal, hoy las 2 están yendo al comedor (...) hay desocupados históricos y después están los cuentapropistas, jardineros, albañiles, cuidacoches que con la pandemia y el encierro quedaron económica y laboralmente relegado. (Merendero, General Pueyrredón, entrevista)

La antigüedad de estos comedores/merenderos es dispar, entre los más antiguos se encuentran aquellos mayores a 30 años mientras que algunos pocos poseen menos de un año; a partir de la pandemia del Covid-19 hemos hallado muy pocos “nuevos”, es decir que hayan iniciado sus actividades a partir de dicho evento⁵. Como ya se mencionó, en todos los casos han aumentado exponencialmente la cantidad de personas o familias que asisten, así como la movilidad de un barrio a otro para asistir.

La variable antigüedad incluida en la tipología elaborada habilita algunas reflexiones en relación a lo mencionado por Pérez Soria

4 En los fragmentos de entrevista recuperados, se conserva la escritura original de su entorno virtual de realización.

5 Es menester considerar que a partir de la pandemia del Covid-19 en La Matanza se menciona la intervención de la gendarmería en la cuestión alimentaria en comedores, iglesias, etc. (Scribano y Boragnio, 2021).

(2019, p. 2): “Puede ocurrir que alguna propiedad de la dimensión se mantenga igual en todos los casos, mientras las demás varían, esto no invalida la construcción de la tipología, sino que se debe explicar por qué se expresa de la misma forma en todos los casos”. Para el caso bajo estudio, en todos los tipos encontrados, la variable antigüedad permite observar que el origen no se corresponde con el comienzo de la pandemia y sí posiblemente con los altos porcentajes de pobreza sostenidos (De Sena, 2020). Esto exhibe el extenso y añejo trayecto de estos espacios y presenta consistencia con el recorrido realizado previamente sobre intervenciones alimentarias, dando cuenta de una problemática de al menos cuatro décadas⁶ y que preexiste a la situación de pandemia. Ello también permite que los diferentes actores puedan comparar la situación en cuanto a la distribución del alimento y la cantidad de asistentes antes y durante la pandemia:

21 años (refiere a la antigüedad del comedor). Primero estaba la ke yeva su nombre y mi papá, después mi abuela y ahora nosotros. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Hubo cambios bruscos, en 2015 teníamos 39 viandas diarias, en 2019 320 viandas diarias y hoy más de 400. (Merendero, General Pueyrredón, entrevista)

Al principio lo hacíamos los días sábados, solo para los niños y mamás, pero como pasó lo de la pandemia comenzamos hacer tres veces a la semana y era tanta la necesidad de la gente que ya muchos no podían ir a trabajar y no tenían para comer que lo abrimos todos los días de lunes a sábado tratando de pedir colaboración a la población (...) porque todo nos era poco. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

El funcionamiento es dispar, algunos funcionan todos los días, otros 2 o 3 veces por semana y en general mañana, mediodía, tarde y algunos pocos a la noche; por tanto, la cena resulta la comida menos asistida por parte de estas organizaciones. La feminización a la que se aludió respecto a las actividades dentro del comedor/merendero, refiere tanto a quiénes dan origen al espacio, quienes sostienen su continuidad y se ocupan de la organización interna de las tareas. Aparece no solo la mujer sino la mención a la mujer-madre: son las “mamás” las que ayudan en el comedor, cocinan y trabajan en el espacio mientras que

6 Al respecto puede verse la tesis para acceder al título de Doctora en Ciencias Sociales (UBA) de M. V. Sordini (2020), bajo la dirección de Angélica De Sena, “Políticas alimentarias, Emociones y Sociedad. Tres generaciones receptoras de programas alimentarios en el Partido de General Pueyrredón entre 1983 y 2018”.

la presencia del varón resulta en menor medida como colaborador y/o referente:

Hay una mamá que pela, la otra que corta, la otra que cocina, la otra que es encargada de repartir, son 3 o 4 mamás que vienen a ayudar. (Comedor, La Matanza, entrevista).

Somos un grupo de mamis del comedor y me ayudan voluntariamente. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Otro aspecto que aparece en diálogo con el aumento de asistentes que generó la pandemia es el constante “no alcanza” y los intentos de estirar lo que hay, así como tratar de conseguir más donaciones y recursos.

Cuando arrancó la pandemia teníamos 35 familias, antes teníamos 15 más o menos y ahora tenemos 20 y a veces 25 familias (...). Si cuando comenzó la pandemia venían de otros lados, de otros barrios digamos, ahora nos mantenemos con la gente del barrio. (Comedor, La Matanza, entrevista)

No, yo arranqué dando de comer a 100 niños en la mesa de nuestro comedor...y hoy tenemos 160 familias y desarrollo (se refiere al Ministerio de Desarrollo Social) solo nos da para 40 familias, imagínate *q asemos* estirar todo lo que nos da. (Comedor y merendero, La Matanza, entrevista)

Por último, respecto al tipo de alimentos que entregan, “las ayudas”, el tipo de donaciones y el “no alcanza” determinan qué se come; con una fuerte presencia de comidas tipo guiso y una escasez de verduras frescas y carnes, como una constante en todos los comedores/merenderos observados. A continuación, y sin pretensiones de exhaustividad, desarrollamos los cuatro tipos de comedores/merenderos elaborados a partir del material empírico.

ESPONTÁNEOS

Me venía a pedir pan el nene y siempre me quedaba por ahí a charlar con él, como le di dos veces, ya todos los días venía. “(nombre) me da pan”, (...) me decía, “me da pan”, me decía, “sí” le decía yo, “¿desayunaste?”, “no”, “bueno pasá”. Y él pasaba y yo le hacía la leche y después ya se sumó el hermanito de él, eh, y por ahí no tenía yo, porque en verdad no tenía para darle a todos. Entonces bueno, por ahí lo hacía pasar, o le daba el pan y se iban. Después ya a la hora de la comida venían, me decía que no comió entonces bueno. Y un día mi marido viene y me dice “¿qué, te gusta ayudar a los nenes, no?”, “sí” le digo, “me gusta”. Entonces me dice “¿qué, te gustaría poner una copa de leche, algo de eso?”, “sí” le digo, “bueno” me

dice, “déjame ver cómo hacemos y bueno, vemos”. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Este tipo de comedor/merendero es denominado así porque su surgimiento se vincula con la identificación por parte de alguno de sus organizadores/as de “una necesidad” en el propio barrio, por lo que comienzan a recibir niños y niñas para que tomen la merienda. Eso inicia un “boca en boca” que termina generando el aumento de asistentes y, en muchos casos, también de los turnos en donde se ofrece alguna comida, así como también se amplían sus actividades: recepción y entrega de ropa —el “roperito”—, actividades deportivas —“campeonatos de fútbol”—, apoyo escolar, clases de baile, etc. Este tipo de comedor/merendero parte entonces del reconocimiento de una o varias situaciones problemáticas a las que se decide responder y que dan lugar a que el espacio comience a funcionar y luego crezca siendo también un ámbito de socialización con otros niños y niñas. Los mueve a iniciar:

El motivo, por el hambre. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Yo decidí fundar el comedor por la necesidad que hay en los barrios y porque hay mucha gente olvidada entonces yo tomé la responsabilidad de trabajar y poder fundar el comedor para asistir a la gente no tan solo por un plato de comida sino con medicamento, ropa, pañales y todo lo que pueda llegar a conseguir mediante las donaciones. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Cuando mis hijos se cruzaron a un amiguito y les comenté que tenía hambre desde ahí decidimos con mi familia hacer algo, empezamos haciendo una olla popular los días sábados y domingos (...). (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Este tipo de comedores/merenderos suelen iniciarse en el “comedor” o alguna habitación de la casa de las personas que, frente al hambre, deciden gestionar el comer. Y, cuando no hay lugar en las propias viviendas entregan el alimento preparado o las viandas —en pandemia— en la vereda o en una esquina, haciendo uso del espacio público. En muchos casos también acceden a un lugar “prestado” para poder llevar adelante las actividades. A su vez, son los integrantes de la familia, vecinos, personas del barrio y también los propios asistentes, quienes llevan a cabo todas y cada una de las tareas que significa la gestión del comedor/merendero:

Yo lo hago en mi casa, no tengo un comedor aparte de mi casa, el comedor es el comedor de mi casa, la cocina, el baño es el baño de mi casa. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Nosotras vamos a repartir comida a las calles. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Entrevistadora: ...entonces lo llevás adelante vos con tu marido, ¿y alguien más?

Entrevistada: Sí, solo nosotros. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Somos 4 chicas, yo (nombre) responsable, (nombre), (nombre), y (nombre). Son las que me ayudan a cocinar, son personas que venían a buscar la comida y empezaron a ayudar y ya son siempre las mismas que ayudan. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Esta participación de las personas próximas, también opera en la consecución de los recursos del comedor/merendero. Aquí aparecen las diferentes estrategias para conseguir las donaciones a la vez que emerge la distancia que marcan sus organizadores con lo político, la política y/o el Estado. Aparece en estas organizaciones espontáneas un marcado interés por dejar en claro que los recursos no provienen del Estado, sino que la propia voluntad, la colaboración, el “hacerlo de corazón”, el ir juntando entre todos un poco, son las disposiciones que motorizan formas de provisión. Cuando aparecen o se reciben recursos, estos son, en general, adjetivados como escasos, siempre se “está pidiendo cosas”, pero se da lo que se puede. Una vez más, el “no alcanza” (De Sena y Dettano, 2020) se posiciona como una lógica que organiza la vida de amplios sectores de la población, ubicándolos en una gestión cotidiana de la escasez. Así, es que la *ayuda* y el *no alcanza* son la cara y ceca de la fórmula infalible en la gestión de la escasez, del hambre.

Empesamos hace 5 años sin ayuda del municipio con un grupo de madres solteras por eso se llama (nombre comedor) recién ace dos años que el municipio nos da para la copa de leche (...) Gestioné por comedor y solo me dieron copa de leche lo vasico. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Actualmente seguimos como empezamos con la ayuda de nuestros amigos. Familiares y conocidos (...) Lo único que nos gestiona es la ayuda. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Bueno nosotros estamos sin organización política, sin iglesia, recibimos ayuda de la gente. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Amigos de mi barrio nos organizamos por intermedio del grupo de WhatsApp; a las 2 ya estamos llenando para empezar a hacer la merienda y la cena,

de 2 a 8 de la noche estamos ahí. Ninguno cobra nada, cada uno lo hace de corazón, yo tengo mi trabajo. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Siempre estamos pidiendo donaciones por internet por Facebook, y se les da lo que se puede a los chicos. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

De este modo, prima la colaboración de los integrantes (generalmente mujeres) y sus “rebusques” para conseguir productos alimenticios de distinto tipo. Los productos frescos escasean (verduras y carnes), los vecinos, amigos y la propia red de relaciones llevan adelante un amplio abanico de acciones para poder abastecer el comedor, llegando a vender comida para comprar. En esta línea, los comedores y merenderos comunitarios de conformación espontánea —también se repite en los otros tipos—, pueden ser pensados en tanto espacios de consumo colectivo (Jelin, 1998). Las situaciones que originaron su creación — el hambre, las necesidades observadas en el barrio— dan cuenta de contextos en los cuales la producción y consumo de alimentos y otros bienes y servicios —como formas de organización de la vida cotidiana— deben apoyarse en redes de ayuda mutua, lazos de parentesco, redes barriales, entre otras inscripciones posibles que trascienden el espacio doméstico privado.

Ahora bien, dado que la sostenibilidad de estos espacios se da a partir de las donaciones también “espontáneas” de vecinos, de negocios de cercanía, de aquello que salen a buscar o piden por medio de las redes sociales, muchas veces el “no alcanza” ya mencionado, suele traer aparejado el dejar de brindar el servicio por falta de alimentos.

Nosotras salimos a buscar las donaciones, hacemos volantes y llevamos a los negocios, a los mercados, algunos negocios nos dan pan. A veces colaboramos entre compañeras, ponemos un poquito para poder comprar lo fresco, eh algunas familias también se acercan al comedor a traernos, también, cosas, así que también un poquito entre todos hacemos. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Nosotros un día elaboramos para vender y al otro día compramos para cocinar, hoy le doy comida a 40 familias. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Todo viene por donaciones, donaciones de mercadería vienen, de acá del mismo barrio, gente que te ve en el Facebook, que ve lo que necesitamos, eso, eso... (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Ahi días que no damos comida porque no tenemos. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Estos comedores que denominamos “espontáneos”, presentan mayores dificultades para acceder a las mercaderías por un motivo esencial: suelen ubicarse en terrenos fiscales (vivienda propia) y sin personería jurídica, ello dificulta el acceso a bienes por parte de organismos gubernamentales y también de empresas que deciden hacer donaciones a organizaciones de mayor porte, posiblemente —entre otros motivos— por la posibilidad de descargo impositivo.

No, no, con esto de la pandemia se hizo mucho más difícil porque la gente no colabora mucho, nos referimos a los negocios y todo eso. No, no, está muy complicado, y más que ellos se manejan mucho con ONG y a veces no nos ayudan en nada porque trabajan mucho con ONG así que no, se nos complica demasiado con esto de la pandemia. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Estos comedores pueden, a su vez, dividirse en:

- *Espontáneos puros*: se inician en la propia vivienda, cuentan solo con colaboraciones de donaciones privadas que ellos mismos buscan, sean de personas o empresas;
- *Espontáneos no puros*: es posible ubicarlos en dos tipos: a) aquellos que nacieron de modo espontáneo a partir de la detección de una necesidad por parte de alguna persona o grupo de personas del barrio que, esencialmente funciona en sus viviendas y que reciben donaciones de instituciones no gubernamentales (ONG, organizaciones territoriales políticas) y gubernamentales (Ministerio de Desarrollo Social, municipio, instituciones educativas) Entre sus integrantes hay receptores de algún programa social vinculado con alguna organización territorial/movimiento político. b) Similar al anterior pero su fundador/es forman parte de alguna agrupación política e inician con esta actividad con la intención de instalarse en un “campo” (*sensu* Bourdieu) del poder local y “manejo” de gente.

La mayoría están los chicos así, ahí en el merendero me...sí, los chicos me conocen. Hicimos en la casa de una compañera que tiene (...) yo no tengo en casa un lugar para hacer el merendero. Ella tenía lugar (...) Tiene un lugar adelante que estoy luchando para conseguir chapas para techar y tiene lugar adelante, hacerle un buen contrapiso, una copa, pa' que los chicos estén bien cómodos (...) cosa con otra compañera que tengo que trabaja políticamente...Nosotros formamos una... ¿cómo es?...es...una organización política. Todavía recién vamos a hacer el lanzamiento el 21 (...). Ya estamos haciendo mucho ruido. Tenemos mucha gente. (Merendero, La Matanza, entrevista)

Otra distinción observada en este tipo de comedor son tres grandes atributos: a) quienes son los responsables y fundadores del mismo, profesan y participan en algún grupo religioso de tipo evangélico, ello no significa que dicho grupo otorgue fondos o colaboraciones; b) otros son militantes de alguna agrupación política territorial; y c) el tercer grupo las dos cosas.

Porque aparte del comedor y la copa de leche tengo una iglesia evangélica. Somos pastores... (Comedor, La Matanza, entrevista)

ORGANIZACIONES POLÍTICAS TERRITORIALES

El segundo tipo de comedores/merenderos hallado refiere a espacios asociados a alguna organización territorial identificada con agrupaciones político-partidarias en donde, la gestión del comer, es una más de las actividades desarrolladas en el territorio. Observar este tipo de organizaciones nos permite indagar sobre los modos de presencia del Estado, sus estrategias de articulación de actores, de distribución y “bajada” de recursos y las redes formales e informales en las cuales se apoya para operar.

Entre sus características encontramos que inician sus actividades a partir de fondos esencialmente de la organización y del Estado local, provincial o nacional en distintas modalidades (mercadería, subsidios en pesos) y quienes las conforman son militantes y/o beneficiarias/os de programas sociales. Estas personas, no solo llevan adelante las tareas estrictamente vinculadas a la comida (preparación, limpieza, etc.) sino que también realizan múltiples actividades para reunir fondos: búsqueda de donaciones de personas físicas, organización de rifas, entre otras; siendo ellos mismos quienes aportan su trabajo y —en no pocas ocasiones— víveres. En algunas organizaciones se destaca la asamblea como estrategia de toma de decisiones. El lugar de funcionamiento puede ser diverso, desde la vivienda de alguna persona de la organización/movimiento/agrupación política, pasando por algún sitio del barrio (club) o de la organización, hasta la vía pública. Tal como señala Sordini (2020) para el caso en donde se utiliza la propia vivienda, se materializa una ampliación del espacio doméstico en la que el ámbito privado comienza a ser compartido con la comunidad. Por otra parte, mientras en el resto de comedores/merenderos se dan a conocer a partir del “boca en boca” y la asistencia de personas en busca de la vianda (aumento de manera espontánea), en este tipo se suma una estrategia de “promoción” adicional a través de cartelería elaborada por los integrantes.

Porque es un barrio humilde y había mucha necesidad la mayoría de las familias se manejaban con trueque de mercadería para sobrevivir y se iban a otros barrios alejados a buscar comida y a veces no llegaban a retirar y como yo trabajaba para la agrupación se dio la oportunidad para poner un comedor y yo ofrecí mi domicilio ya que sabía lo que sucedía en mi barrio. (Comedor, La Matanza, entrevista)

No, se cocina en una esquina no tenemos lugar propio acomodamos las mesas y las familias hacen la fila en la caye para venir a retirar sus viandas de comida. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Yo estoy a cargo del merendero lo tengo en mi casa. Y 100 personas están retirando. (Merendero, La Matanza, entrevista)

Entrevistadora: ¿Cómo se dieron a conocer como merendero?

Entrevistada: invitando a la gente de los barrios y poniendo carteles por todos lados invitándolos a venir. (Comedor, La Matanza, entrevista)

El comedor/merendero es una de las actividades que se realizan a las que se suman otras: apoyo escolar, actividades culturales, educativas de inclusión digital, comunitarias, referidas a la implementación de programas sociales, ropero, entre otras. Las estrategias de provisión de bienes y fondos son diversas: se sostienen a partir de donaciones —como ya se indicó— que ellos mismos gestionan y prestaciones del Estado nacional, provincial y municipal junto con donaciones de diversas instituciones, organizaciones sociales, culturales, etc. y; esencialmente aquellas entregadas por miembros de la agrupación/movimiento político de referencia que organizan las actividades políticas. Estos comedores/merenderos muestran mayores posibilidades de acceder a fondos o mercadería por parte de organismos públicos.

A diferencia del tipo anterior, aquí no se marcan distancias con el accionar o los recursos que podrían provenir del Estado o algún político, sino que aparecen los intentos de articulación para alcanzar alguna provisión. De esta manera, siempre existe un/a referente político asociado/a que obtiene recursos pero que los avatares políticos pueden obturar su gestión; ello puede llegar a “resolverse” asociándose con otra organización/movimiento político:

Entrevistadora: ¿Y cómo hicieron para que los ayudaran de desarrollo social?

Entrevistada: Un referente político nos ayudó a llegar hasta desarrollo. (Comedor, La Matanza, entrevista)

La que me coordina es (nombre de referente político). Ella me da la mercadería para todos los meses. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Los alimentos, la mayoría, como carnes, son donaciones que se fueron buscando negocio por negocio (...) Los purés de tomates son comprados con un fondo social que los compañeros colaboran y también ahora tenemos una ayuda nacional y provincial. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Estos últimos meses que el municipio bajó los recursos, hemos tenido que fijar en guisos con pollos y verduras, hamburguesas de lentejas con puré. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Nos ayudaba (nombre referente político) pero nos dijo que vallamos pidiendo en otro lado y nos empezó a ayudar (nombre movimiento político). (Comedor, La Matanza, entrevista)

Una cuestión interesante sobre aquellos que gestionan y llevan adelante estos espacios es que además de ser militantes, comparten características con la población asistida, como la recepción de programas sociales y la situación de desempleo o informalidad laboral.

Entrevistada: Yo vendo telas por wasap, y algunas cosas que confeccioné a mano esta cuarentena... y mi marido no tiene trabajo.

Entrevistadora: ¿Y ustedes tienen algún programa?

Entrevistada: Yo la asignación. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Este segundo tipo, hace posible continuar resaltando la diversidad de actores y prácticas que confluyen en el hacer cotidiano de los comedores y merenderos. Por un lado, las personas que inician con estos espacios de gestión del comer en sus casas, en la vereda, estableciendo vínculos con referentes políticos, reuniendo donaciones, juntando “ayudas”, cocinando, limpiando. Por otro lado, montar un comedor/merendero/copa de leche; se traduce en un modo de establecerse políticamente en el territorio; “darse a conocer” en el barrio como agrupación política o establecerse como referente o dirigente político.

El accionar del Estado en materia alimentaria tiene diferentes vías y estrategias para su concreción y también alberga objetivos disímiles. Su accionar incluye las diferentes y superpuestas intervenciones alimentarias vía transferencias de ingresos, pero también se afirma y opera a partir de estos espacios, apoyados en redes informales, en el uso del espacio público, de las casas de quienes gestionan, en el tiempo ocupado en sostener las ayudas cocinando, mostrando en las redes sociales el trabajo del comedor e invitando a colaborar.

COMEDORES Y MERENDEROS DE LAS IGLESIAS

Entre las múltiples actividades que se realizan desde los ámbitos religiosos, se ubican los comedores/merenderos. La gestión del comer

de estos espacios, se ubica como subsidiaria de otras actividades y en algunos casos nacen como principales. Con el advenimiento de la pandemia del Covid-19 crecieron en cantidad de asistentes y en algunos casos —no mayoritario— comenzaron a funcionar nuevos merenderos, en barrios diferentes, como parte de otros que ya estaban en funcionamiento. Suelen funcionar en algún lugar de la Iglesia, o también se inician en alguna institución barrial (sociedad de fomento u otra). Los propios fieles son quienes trabajan en estos espacios y salen a buscar donaciones, mientras que la autoridad religiosa es quien organiza las actividades y gestiona las donaciones y acceso a los bienes para abastecer al comedor/merendero.

Todos los hermanos de la igle donamos. Entre todos buscamos más donaciones también de conocidos. (Comedor, La Matanza, entrevista)

Una vez un grupo de personas organizaron una muestra de arte en fotos y nos donaron la recaudación a nosotros y otros dos comedores. Eso paso hace más de un año... Dios nos provee con gente buena que comparte lo que tiene. (Comedor, General Pueyrredón, entrevista)

Los fondos, al igual que los anteriores, provienen del estado nacional y/o municipal, de donaciones de personas, comercios, del barrio. Junto con ello, se resalta el carácter solidario de las iniciativas que en muchos casos se realizan por la red social Facebook y otras actividades puntuales para reunir recursos (rifas, entre otras).

Me ayudan mucho los padrinos solidarios, porque yo a veces hago en vivo, tengo el Facebook del comedor y hago en vivo y ponele que me llaman y me dicen, vení a buscar dos kilos de arroz (...) un kilo de fideos, dos kilos. O también de otro barrio que me ven, que tampoco les sobra pero me ayudan con aceite, una bolsa de papas, una bolsa de cebollas y así. No es que tengo padrinos solidarios que son adinerados. No, gente como yo... (Comedor, La Matanza, entrevista)

Las personas que colaboran dentro del comedor lo hacen como voluntarios y reciben algunos de los bienes que el mismo comedor otorga; por ello destacamos que en todos los tipos de comedores/merenderos, sus integrantes suelen pasar por situaciones de pobreza iguales o similares al resto de los asistentes.

ORGANIZACIONES NO GUBERNAMENTALES

Los comedores y merenderos que surgen de este tipo de organizaciones, nacieron bajo una problemática del barrio, alguna necesidad que se identificó, con el objeto de construir algún espacio recreativo

o realizar actividades barriales. En ese recorrido y frente a “la necesidad” comenzaron a funcionar como copa de leche, merenderos y luego comedor.

El financiamiento deviene de organismos públicos (nación, provincia y municipio) y de donaciones diversas del ámbito privado, tanto de empresas, negocios, personas individuales, así como de actividades que se realizan ad hoc: rifas, ventas de comida, objetos, etc. Una de sus características es que funcionan en espacios propios.

En este tipo de comedores/merenderos, también aparece —como en los espontáneos puros— cierto intento de distanciarse del Estado y de las organizaciones políticas, en muchos casos luego de haber sido parte de alguna, denunciando funcionamientos y lógicas de reparto de alimentos poco transparentes.

Lo dicho hasta aquí, nos permite comenzar a esbozar algunos elementos comunes en los dos municipios analizados y también ciertas particularidades. En ambos territorios se presentan estas formas de la gestión del comer, con una importante presencia de los estados municipales y una antigüedad que va desde más de tres décadas hasta algunos que comenzaron semanas previas a la pandemia de la Covid-19 y otros a partir de esta. Es decir que, en los últimos treinta años nunca dejaron de “abrirse” comedores/merenderos/copa de leche. Una distinción que hemos hallado, refiere a la mayor cantidad de aquellos que se referencian con una organización política en el municipio de La Matanza. A continuación, en la Tabla 1 sintetizamos la tipología elaborada a partir del material empírico.

Tabla 1
Tipología de comedores y merenderos en La Matanza y General Pueyrredón

Tipo de comedor/merendero	Origen	Fuente de financiamiento	Antigüedad (pre-pandemia/en pandemia)
Espontáneos	La identificación de una necesidad por parte de algún miembro del hogar (generalmente mujeres). Suele manifestarse en niños y niñas que piden comida en la calle	1) Recursos espontáneos que salen a buscar los integrantes; desde: a) donaciones de privados, en menor medida ONG; b) realización de actividades para juntar fondos (presenciales —hasta trueque— y también virtuales; 2) Gobierno nacional, provincial o municipal. Este último suele ser clave. 3) Narrativa ligada a cierta toma de distancia en relación al Estado	Más de 30 años Hasta meses

Organización/ Movimiento/ Agrupación política	Algún miembro de la organización / militante promueve su apertura a partir de detectar una necesidad en el barrio y/o militancia político partidaria	1) Gobierno nacional, provincial o municipal 2) Donaciones de privados, 3) Gremios/sindicatos	Esencialmente nacen en el último quinquenio. Algunos pocos comenzaron a inicios del año 2020 (pre-pandemia)
Iglesia/ Institución religiosa	Dentro de las actividades de la institución religiosa frente a la necesidad del barrio/zona en donde se ubica	1) Donaciones de distinto tipo del ámbito público, ONG y privado 2) El cura párroco /pastor es el gran promotor de la búsqueda de fondos/mercadería	Más de 30 años Hasta meses
ONG de tamaño medio/grande/	Son Organizaciones No Gubernamentales con distintas figuras jurídicas que nacen para actividades barriales y/o comunitarias y luego se establecen como comedor/merendero a partir de identificar alguna situación que lo requiere	Donaciones de distinto tipo del ámbito público, ONG y privado	Desde 26 a 2 años.

Fuente: Elaboración propia en base a etnografías virtuales realizadas

REFLEXIONES FINALES

El presente escrito ha posibilitado presentar algunos resultados de indagaciones realizadas por medio de etnografías virtuales en contexto de pandemia por Covid-19, observando modos, estrategias y alternativas de resolución de la cuestión alimentaria en los municipios de La Matanza y General Pueyrredón de la provincia de Buenos Aires. Lo alimentario presenta múltiples aristas, determina e incide en la reproducción biológica de los agentes a la vez que involucra sentidos,

variedad de prácticas e inscripciones para su consecución. Es así que, en Argentina, en las últimas cuatro décadas, los comedores y merenderos, junto con otros modos de asistencia alimentaria han crecido y asumido una gran presencia.

En vista de este crecimiento y complejidad, este escrito avanzó —a partir del análisis del material empírico y sin pretensiones de exhaustividad— en la elaboración de una tipología, como estrategia analítica que permite organizar la multiplicidad de atributos de estos espacios, sus homogeneidades y heterogeneidades. En primer lugar, las variables en las cuales los tipos elaborados presentan mayores diferencias —actores y fuentes de recursos— habilitan observar las tramas que tienen lugar en estos modos de gestión del comer, donde el Estado —en sus diferentes modos de participación— opera y se apoya. Ello nos permite reafirmar el lugar de “la comida” como medio de lectura, visibilización de conflictos, antagonismos, diferencias culturales y de los comedores/merenderos como espacios para la instalación en el campo político de un candidato o de una agrupación política, como sitios del “hacer política en el territorio”; pero se muestra otro lado del de solidaridad entre pares que pasan necesidades similares, el “mi marido tiene trabajo” suena como un plus que se presenta para intentar resolver aquello que la política/las políticas desde hace décadas no logra. En segundo lugar, la variable que mayor homogeneidad presenta en los diferentes tipos —antigüedad— permite resaltar el carácter estructural de la problemática alimentaria y su no novedad en relación a la pandemia.

Estos espacios y todos los actores involucrados en su hacer, en la gestión de recursos, en la actividad cotidiana de cocinar, armar viandas, con gran presencia en las redes sociales, se dan en diálogo con las múltiples intervenciones para la atención de lo alimentario, los programas de empleo, los de transferencia de ingresos; engrosando la trama de planes, programas y asistencias. En este marco, lo que continúa a modo de interrogante es el qué del comer: todos estos haceres, gestiones, búsquedas de donaciones persiguen que “haya algo para dar de comer”, de manera que la urgencia opaca la pregunta sobre el contenido nutricional de ese algo. Ello habilita, una vez más, la reflexión acerca de los cuerpos que se conforman y las energías disponibles y junto con ello, los usos de la gestión del comer.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre, P. (2004). *Ricos flacos y gordos pobres. La alimentación en crisis*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Barriga, O. (2012). Prólogo. En Gómez Rojas, G. y De Sena, A. (Comps.), *En clave metodológica. Reflexiones y prácticas de*

la investigación social (pp. 13-18). Buenos Aires: Ediciones Cooperativas.

- Bonaldi, P. (2006). Análisis de la implementación del Programa de Apoyo a Grupos Comunitarios (Cuadernos de CLASPO-Argentina n°12). Center for Latin American Social Policy. Disponible en: <http://lanic.utexas.edu/project/laop/claspo/cca/cca0012.pdf>.
- Boragnio, A. y Mairano, M. V. (2020). (Re) Pensando el consumo de alimentos, un análisis a partir de las ventas en supermercados en Argentina. En Dettano, A. (Ed.), *Topografías del consumo*. Buenos Aires: ESEditora.
- Britos, S. et al. (2003). *Programas alimentarios en Argentina*. Buenos Aires: CESNI.
- Carrasco, M. y Pautassi, L. (2015). Diez años del “Plan Nacional de Seguridad Alimentaria” en Argentina. Una aproximación desde el enfoque de derechos. *De Prácticas y discursos*, (5).
- Castel, R. (1997). *La metamorfosis de la cuestión social*. Buenos Aires: Paidós.
- Cena, R. y Dettano, A. (2020). Políticas sociales y emociones en el marco del Covid-19: sobre viejos “nuevos” debates e intersticios. *Cuadernos del pensamiento crítico latinoamericano*, (80). Disponible en: https://www.clacso.org/wp-content/uploads/2020/11/Cuaderno-PLC-N80-noviembre_2020.pdf
- Cervio, A. L. (2019). Política alimentaria, pobreza y emociones en la Argentina de los años 80. *Entramado*, 15(1), 62-77. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.18041/1900-3803/entramado.1.5141>
- Clemente, A. (2010). *Necesidades sociales y programas alimentarios. Las redes de la pobreza*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Cohen, N. y Gómez Rojas, G. (2011). Las tipologías y sus aportes a las teorías y la producción de datos. *Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación — ReLMIS*, (1), 36-46. Disponible en: <http://www.relmis.com.ar/ojs/index.php/relmis/article/view/9/12>
- Contreras, J. y García, M. (2005). *Alimentación y cultura: Perspectivas antropológicas*. Barcelona: Editorial Ariel.
- De Sena, A. (2011). Promoción de microemprendimientos y políticas sociales: ¿universalidad, focalización o masividad?, una discusión no acabada. *Pensamiento Plural*, (8), 5-36.
- De Sena, A. (2014). Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales. En De Sena A. (Ed.), *Las políticas*

- hecha cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales* (pp. 99-126). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A. (2015). *Caminos cualitativos*. Buenos Aires: CICCUS/ Imago Mundi.
- De Sena, A. (2019). Hogares receptores de programas sociales y emociones del Municipio de La Matanza. *RELACES*, (31), 48-63. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/31/30>
- De Sena, A. (2020). Pobreza y programas sociales en la Argentina de las últimas décadas. En De Sena, A. (Comp.), *Vulnerabilidad, pobreza y políticas sociales: abanico de sentidos en América Latina, Europa y China* (pp. 101-144). Buenos Aires: CLACSO/ CICCUS. Disponible en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/clacso/gt/20201217014006/Vulnerabilidad-pobreza.pdf>
- De Sena, A. y Dettano, A. (2020). Atención a la pobreza y consumo: las intervenciones del “no alcanza”. En Dettano, A. (Comp.), *Topografías del consumo* (pp. 139-178). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A. y Lisdero, P. (2015). Etnografía Virtual: aportes para su discusión y diseño. En A. De Sena (Ed.). *Caminos Cualitativos. Aportes para la investigación en Ciencias Sociales*. (pp. 71-100). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.
- Departamento de Estudios Sociales y Demográficos (DESD) (2016). *Proyecciones de población por Municipio provincia de Buenos Aires 2010-2025* (Ministerio de Economía de la Provincia de Buenos Aires). Disponible en: http://www.estadistica.ec.gba.gov.ar/dpe/images/Proyecciones_x_municipio_2010-2025.pdf
- Dettano, A. (2017). Prácticas de consumo y emociones de las destinatarias de programas de transferencias condicionadas de ingreso en la Ciudad de Buenos Aires. *Revista Novos Rumos Sociológicos*, 5(8). Disponible en: <https://periodicos.ufpel.edu.br/ojs2/index.php/NORUS/article/view/12590/8159>
- Dettano, A. (2019). Las políticas sociales del siglo XXI en la Ciudad de Buenos Aires: la mirada de los técnicos sobre los usos de las transferencias de dinero. *Digithum*, (24), 1-13. Disponible en: <http://doi.org/10.7238/d.v0i24.3170>
- Dettano, A. y Cena, R. (2021). Políticas Sociales en contexto de pandemia: dimensiones de la incertidumbre acerca del Ingreso Familiar de Emergencia en Argentina. *Sphera Pública. Revista de ciencias sociales y de la comunicación*, 1(21), 137-158

- Dettano, A. y Faracce Macía, C. (2021). Intervenciones alimentarias y pandemia en La Matanza: miradas desde una etnografía virtual (ponencia). *XIV Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires*.
- Dettano, A. y Flores, S. (2021). Comedores y merenderos comunitarios en La Matanza: notas de un registro etnográfico Virtual. *Boletín Síntesis Clave*, (157). Disponible en: https://cis.unlam.edu.ar/upload/sintesis/29_Sintesis_157.pdf
- Di Virgilio, M. (2011). Producción de la pobreza y políticas sociales: encuentros y desencuentros en urbanizaciones populares del área metropolitana de Buenos Aires. En: Salgado, J., Gutiérrez, A. y Huamán, J. (Comps.), *Reproducción de la pobreza en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.
- Dinegro Martínez, A. (2016). *Perú: revalorizando la gestión social de los comedores populares (Experiencias de Lima Norte)*. Lima: Impresiones Angélica EIRL.
- Entrena-Durán, F. y Jiménez-Díaz, F. (2013). La producción social de los hábitos alimenticios. Una aproximación desde la sociología del consumo. *Revista de Ciencias Sociales (RCS)*, 19(4), 683-693.
- Faleiros, V. (2004). Las funciones de la política social en el capitalismo. En Borgianni, E. y Montaña, C. (Comps.), *La política social hoy* (pp. 43-70). San Pablo: Cortez Editora.
- Fischler, C. (1995). *El (h)omnívoro. El gusto, la cocina y el cuerpo*. Barcelona: Anagrama.
- Grassi, E.; Hintze, S. y Neufeld, M. R. (1994). Asistencia alimentaria, estado y políticas alimentarias en América Latina y Argentina. En Grassi, E., Hintze, S. y Neufeld, M. R., *Políticas sociales, crisis y ajuste estructural: un análisis del sistema educativo, de obras sociales y de las políticas alimentarias*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Herzer, H. et al. (2005). Organizaciones sociales en el barrio de La Boca: cambios y permanencias en un contexto de crisis. *Estudios Demográficos y Urbanos*, 20(2), 269-308. México: El Colegio de México.
- Ibañez, I. y Huergo J. (2012). “Encima que les dan, eligen”, políticas alimentarias, cuerpos y emociones de niños/as de sectores populares. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, 8, 29-42. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/156>
- Ierullo, M. (2011). De bolsones alimentarios, comedores comunitarios y tarjetas para la compra de comida. Dilucidando

- los caminos de las políticas de asistencia alimentaria en la Argentina. *Revista Perspectivas de Políticas Públicas*, 1, 47-65.
- Jelin, E. (1998). *Pan y Afectos. La transformación de las familias*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lava, M. (2014). Un recorrido posible por las políticas alimentarias. El caso de los programas y planes nacionales argentinos desde la década del ochenta hasta la actualidad. En De Sena, A. (Ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción* (pp. 73-98). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- López, M.; Lanari, M. y Alegre, P. (2001). Pobreza y desigualdad en Mar del Plata. *Ciudad y Región*, 5, 55-66.
- McKinney, J. (1968). *Tipología constructiva y teoría social*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Pérez Soria, J. (2019). De cómo hacer tipologías y no morir en el intento. *Investigação Qualitativa em Ciências Sociais/ Investigación Cualitativa en Ciencias Sociales*, 3. Disponible en: <https://www.proceedings.ciaiq.org/index.php/CIAIQ2019/article/view/2384/2285>
- Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2009). Objetivos del Milenio en el Municipio de La Matanza. Desarrollo Metodológico y Estado de Situación 2009. Disponible en: https://www.cepal.org/MDG/noticias/paginas/5/44335/Objetivos_del_milenio_en_La_Matanza.pdf
- Rentería, M. (2017). Una aproximación a las tipologías en la investigación sociológica a partir de los estilos de vida de homosexuales masculinos en Lima. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (36), 89-117.
- Rossi, L. (2020). Alimentación en tiempos de crisis ecológica, entre el consumo responsable y el tejido de una nueva comunalidad alimentaria. En Dettano, A. (Comp.), *Topografías del consumo* (pp. 67-92). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Russo, M. D. (2010). *Participación política femenina en comedores comunitarios de dos villas de la ciudad de Buenos Aires* (Tesis de Licenciatura en Ciencias Antropológicas), Universidad de Buenos Aires.
- Salvia, A. y Poy, S. (2020). Impacto social de las medidas de aislamiento obligatorio por Covid-19 en el AMBA: informe de avance. Disponible en: <https://repositorio.uca.edu.ar/handle/123456789/10213>
- Salvia, A.; Britos, S. y Díaz-Bonilla, E. (2020). Reflexiones sobre las políticas alimentario-nutricionales de la Argentina, antes

- y durante la pandemia del Covid-19 (Documento de Trabajo de LAC n° 9). International Food Policy Research Institute. Disponible en: <https://doi.org/10.2499/p15738coll2.134026>
- Santarsiero, L. (2013a). Los comedores comunitarios como fenómeno social, político y alimentario en la Argentina de los últimos treinta años: una “guía práctica” para su comprensión. *Cuestiones de Sociología*, 1(9), 1-4.
- Santarsiero, L. (2013b). Comedores comunitarios en la ciudad de La Plata: Organización social e intervención alimentaria estatal en el espacio barrial. *Revista Pilquen* (Universidad Nacional del Comahue), 1(16), 1-13.
- Sautú, R. et al. (2005). *Manual de metodología*. Buenos Aires: CLACSO.
- Scribano, A. y Boragnio, A. (2021). The Hunger Games: A Look at Food interventions in the Context of Covid-19. En Korstanje, M. y Scribano, A. (Eds.), *Emotionality of Covid-19. Now and After. The war against a virus* (pp. 11-29). Nueva York: NOVA.
- Scribano, A. y De Sena, A. (2016). Cuerpos Débiles: energías, políticas alimentarias y depredación de bienes comunes. En Martins, P. H. y Araújo Silva, M. (Comps.), *Democracia, pós-desenvolvimento e gestão de bens comuns. Perspectivas da América Latina e do Caribe*. Recife: Anablume.
- Scribano, A.; Eynard, M. y Huergo, J. (2010). El hambre como problema colonial: Fantasías sociales y regulación de las sensaciones en la Argentina después del 2001. En Scribano, A. y Boito, E. (Comps.), *El purgatorio que no fue. Acciones profanas entre la esperanza y la soportabilidad* (pp. 23-52). Buenos Aires: CICCUS.
- Sordini, M. V. (2016). La cuestión alimentaria como cuestión social. Los programas alimentarios implementados entre 1983 y 2001 en Mar del Plata, Argentina. *Revista Azarbe. Revista internacional de trabajo social y bienestar*, (5), 49-58.
- Sordini, M. V. (2018). Las transferencias monetarias de ingresos y el consumo de alimentos en Ciudad de Buenos Aires, Argentina en: De Sena, A. (Ed.), *La intervención social en el inicio del siglo XXI: transferencias condicionadas en el orden global*. Ciudad de Buenos Aires: Estudios Sociológicos editora.
- Sordini, M. V. (2020). Comedores comunitarios: acceso a los alimentos y preparaciones posibles. Experiencias colectivas en la provincia de Buenos Aires. *Encrucijadas*, 20, 1-22.
- Torres Oregón, F. y Lutz, B. (2016). Papel de la industria alimentaria y de la sociedad civil en los comedores comunitarios de

SINHAMBRE. Casos de la Montaña y centro de Guerrero.
Espiral, Estudios sobre Estado y Sociedad, 23(67), 239-277.
Universidad Nacional de Mar del Plata, Grupo Estudios del Trabajo
(UNMDP-GrET) (2019). *Informe socio laboral del Partido de
General Pueyrredón*. Mar del Plata: UNMDP-GrET.

AYUDA, SOLIDARISMO Y BIENESTAR: SENSIBILIDADES EN TORNO A “DAR DE COMER” EN INICIATIVAS POPULARES ARGENTINAS DURANTE LA PANDEMIA DE COVID-19

Aldana Boragnio

INTRODUCCIÓN

Las crisis son una realidad recurrente en la historia argentina y, en su mayoría, estas siempre aparecen ligadas a la solidaridad. Así, la solidaridad aparece como un “sentir” argentino tanto en los discursos de los medios de comunicación como en diversidad de estudios, rankings y estudios (Cervio, Del Mónaco y Londoño, 2012).

La pandemia de Covid-19 llegó como una sorpresa para muchos y se impuso intempestivamente pasando de la novedad a las medidas de confinamiento y aislamiento obligatorio que no solo impactaron fuertemente en la estructura productiva, sino que modificaron de forma inmediata la vida cotidiana de un modo no conocido con anterioridad para muchos. El 20 de marzo de 2020, en Argentina, entró en vigencia el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (ASPO), lo cual configuró una nueva realidad que obligó a los sujetos no solo a transformar su vida cotidiana, sino que implicó poner en primer plano la situación económica, laboral y social del país.

En este contexto, en donde salud, economía y sociedad se presentaron en forma de un nudo gordiano, la cuestión alimentaria fue una problemática que emergió instantáneamente. Primero, quedó expuesta la posibilidad del faltante de los alimentos ante personas que nacieron en la era de la sobreabundancia, a la vez se desplegaba la fra-

gilidad del sistema alimentario, re-configurándose este como una actividad esencial (Arrúa y Fernández Ríos, 2020). Por otro lado, expuso claramente la necesidad de la asistencia alimentaria para una gran parte de la población. El comer es una práctica indispensable para la reproducción física, social y simbólica tanto del individuo como de la sociedad. Sin embargo, la organización geopolítica de los alimentos condiciona la disponibilidad y el acceso a los mismos, por lo que hoy encontramos diversas formas del hambre con relación a la localización geográfica, política y social de los sujetos.

Los datos presentados en este capítulo surgen de una investigación de diseño cualitativo que se llevó a cabo durante el segundo semestre de 2020, en la cual se indagó sobre las prácticas de ayuda ligadas al comer que se llevaban adelante a partir del ASPO. Para ello se realizaron entrevistas virtuales por Instagram a personas que participaban de comedores u ollas populares, merenderos y entrega de viandas. El modo de selección de la muestra fue a partir de una etnografía virtual en la cual se registraron una variedad de perfiles de la red social Instagram que indicaban estar llevando adelante alguna actividad ligada a “dar de comer” en el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA), Argentina. En esta categoría encontramos tanto personas individuales, pequeños grupos como organizaciones que llevaban adelante ollas populares, merenderos y viandas itinerantes. La búsqueda inicial se realizó a partir del seguimiento de *hashtags* específicos como fueron: #comedorescomunitarios, #comedoressociales; #ollaspopulares, #ollasolidarias, #merenderos.

El siglo XXI nos reclama acercarnos a él desde sus características propias, por lo tanto, se vuelve imprescindible hacerlo a partir de prácticas que se instalaron como parte de la vida cotidiana tan rápidamente que ni siquiera recordamos cuándo o cómo aparecieron. Los dispositivos móviles (teléfonos celulares, tablets, etc.) son una realidad que tienen impacto sobre las sensibilidades, sobre los sentidos y su estimulación, sobre las transformaciones en la cotidianidad, en la sociabilidad y en las formas de hablar/escuchar/escribir/leer, lo cual nos invita a pensar los modos en que las ciencias sociales podemos acercarnos a conocer la realidad y las prácticas de las personas desde estos mismos instrumentos (Boragnio et al., 2020). En este sentido, la etnografía virtual, anclada en los supuestos de la etnografía tradicional, se trata de una estrategia de indagación en la que “(...) el investigador o investigadora debe sumergirse en el mundo de la red” (De Sena y Lisdero, 2015, p. 72), buscando comprender los sentidos que se construyen a partir de la interacción en el espacio virtual entre los usuarios, que pueden ser perfiles personales, de servicios, empresas, marcas o *influencers* (Boragnio y Faracce, 2021).

El objetivo de este texto es exponer un primer análisis a la relación entre las prácticas del comer y la ayuda que, desde el solidarismo, se configuran como prácticas cognitivo-afectivas del bienestar en el mundo pandémico. No es objeto de estas páginas realizar una definición ni conceptualización de los sentires de la pandemia, sino que se presentan algunas reflexiones en torno a estos y a las prácticas de ayuda con relación a “dar de comer” en comedores populares —y otras instancias— durante este periodo.

La estrategia argumental será la siguiente: a) se exponen las conexiones entre comer/cuerpos/emociones como ejes centrales del locus del conflicto; b) se exhiben las conexiones entre ayuda, solidarismo y bienestar en el marco de una religión neo-colonial latinoamericana; c) se analizan las prácticas y sentires en torno a la relación ayuda/comer/hambre como realidad que quedó expuesta de forma contundente a partir del ASPO y, d) se presentan algunas conclusiones en torno al solidarismo y el “dar de comer” como una de los ejes centrales de la relación ayuda/bienestar en pandemia.

COMER/CUERPOS/EMOCIONES

Toda sociedad al establecer procedimientos de producción de alimentos, criterios de saciedad y las prácticas de sentimiento asociadas a ellos, de alguna manera, establece una política del hambre. La economía política asociada al capitalismo, al menos en los últimos 400 años, se propuso ser una regulación científica de la escasez como un “fenómeno natural”. La declaración de emergencia social y aislamiento obligatorio impactó de inmediato en la estructura productiva, la gestión laboral y el consumo, provocando que emergiera a la luz la informalidad y la precariedad existente en el país. Así, las acciones gubernamentales que se llevaron adelante sobre la pandemia, a todos los niveles, han incorporado intervenciones dirigidas a los sectores más pobres y empobrecidos del país.

El comer no solo es central en la reproducción y disponibilidad social de los cuerpos, sino que lo orgánico/cognitivo/afectivo se entrelaza en la producción y reproducción de los cuerpos/emociones.¹ Por lo tanto, al hablar de cuerpos nos referimos a cuerpos biológicos que necesitan ingerir alimentos y nutrientes para su reproducción, pero también a la falta de ellos y a las emociones que se configuran a partir

1 La barra (/) implica la posibilidad de escribir e inscribir las conexiones/desconexiones que implican cuerpos y emociones y nos permite captar/comprender que ver, gustar, oler, oír, sentir, percibir, pensar, desear, actuar son momentos complejos, indeterminados y nodales por donde se traman las múltiples relaciones sujetos/sociedad (Scribano, 2012).

de la disponibilidad y apropiación de las energías cotidianas (Scribano y De Sena, 2016).

Desde una sociología de los Cuerpos/Emociones, entendemos que:

Los cuerpos son tales, dada su conexión con el entorno/ambiente (condiciones materiales de existencia) a través de (y por) los complejos procesos que se generan en la interacción entre (con y desde) el cerebro/sistema nervioso central/nutrientes/energías. b) En el cerebro se “alojan” (de modo complejo e indeterminado) los procesos de construcción social de los cuerpos y las emociones mediados por un conjunto de modularidades interactivas entre las “causas” químicas y eléctricas de los sistemas de vida que articulan las capacidades que poseen nutrientes/energías para posibilitar/obturar, producir/reproducir y/o equilibrar/desequilibrar la existencia de esos cuerpos/emociones. c) La distribución y apropiación desigual de nutrientes/energías modelan las potencialidades que el sistema neurofisiológico tiene para “mantener” los estados de vida posibles de los sujetos en calidad de agentes sociales. d) Los procesos de estructuración social al “modelar” las conexiones posibles entre impresiones/percepciones/sensaciones/emociones y cerebro/energías/ambiente son variables co-bordantes de las formas posibles de los cuerpos/emociones. (Scribano, 2012, p. 97)

A partir de esta conceptualización es posible observar los límites de la sociedad que se hacen cuerpo, en tanto que los cuerpos serán producidos y reproducidos con los límites de las condiciones materiales de existencia que la sociedad distribuye desigualmente entre los sujetos. En este sentido, la relación cuerpos/entorno/nutrientes es esencial ya que potenciará/obturará las capacidades perceptivas, emocionales y cognitivas de esos cuerpos. Las emociones permitirán al sujeto sentir(se), lo que le otorga la capacidad de acción, entendiéndola como “tendencias de acción en lugar de acciones específicas” (Von Scheve y Slaby, 2019, p. 10). Pero, las emociones no son el resultado de una única causa/motivación, sino que son el resultado de una constelación de interacciones previas entre múltiples factores (Scribano, 2018).

Por otro lado, hablar de cuerpos implica hablar de una política de los cuerpos, entendida como las estrategias que una sociedad acepta para dar respuesta a la disponibilidad social de los individuos. En este caso, el sujeto y sus condiciones materiales de existencia se interconectan en una tensión dialéctica con el resultado de sentirse-en-cuerpo, mientras que la política de los cuerpos organizará las prácticas y estrategias socialmente aceptadas para dar respuesta a la necesidad cotidiana de comer en su relación cuerpos/entorno/nutrientes.

Toda política de los cuerpos implica una política de las sensibilidades, la cual regula los modos en que los actores experimentan los

estados de sentirse y sentir el mundo. En este sentido, la política de las sensibilidades está ligada al

(...) conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas tendientes a la producción, gestión y reproducción de horizontes de acción, disposición y cognición. Estos horizontes se refieren a: 1) la organización de la vida diaria (día a día, vigilia / sueño, comida / abstinencia, etc.); 2) información para clasificar preferencias y valores (adecuado / inadecuado, aceptable / inaceptable, soportable / insoportable) y 3) parámetros para la gestión del tiempo / espacio (desplazamiento / ubicación, paredes / puentes; disfrute). (Scribano, 2018, p. 10)

Esta interconexión nos permite entender que la relación cuerpo/alimentación/emociones es un nodo central de la estructuración de las sensibilidades ya que el comer elabora, inscribe y reproduce las posibilidades de vivir y narrar el mundo a partir de las potencialidades y obturación que se anidan en la distribución de los nutrientes y las energías, al constituir las posibilidades de sentirse-en-el-mundo a partir de un-cuerpo.

Ahora bien, si hablamos del comer, nos referimos a una práctica que los sujetos realizan durante toda su vida y que, en condiciones ideales, deben repetir un par de veces al día. Las personas necesitan alimentarse para mantener el mínimo estado de reproducción de los procesos orgánicos que constituyen lo que se llama cuerpo. Pero, a la vez, hay que tener en cuenta que esta práctica es posible de ser llevada adelante a partir de un complejo sistema de relaciones que compone desde la producción del alimento hasta la ingesta misma. Y que, a la vez que ineludible, es sumamente flexible e implica una serie de actividades que requieren de un tiempo y un espacio.

Por otra parte, el comer se encuentra en plena relación con el hambre. El hambre es un fenómeno variable que tiene diversos matices y entre los principales que podemos identificar encontramos el hambre aguda, el hambre crónica y el hambre oculta. El hambre aguda es un fenómeno intermitente pero no continuo. Por su parte, el hambre crónica, es persistente y prolongado y puede ser cualitativo o cuantitativo. En cambio, el hambre oculta, se refiere a la desnutrición basada en la falta de micronutrientes esenciales para el desarrollo biológico, psicológico y social de las personas (De Castro, 1962). Estos tres tipos de hambre coexisten en todo el mundo, ubicándose en mayor o menor medida en algunos países y extendiéndose diferencialmente entre los estratos sociales. Pero lo relevante del hambre no es solo sus diferenciaciones, sino que, en la actualidad, es un hecho principalmente social que en su extensión en el tiempo genera conse-

cuencias en el cuerpo de las personas que la padecen y en el proceso de estructuración social.

Ubicando la caracterización realizada por De Castro en el contexto del cuerpo, encontramos una propuesta de conceptualización en torno al hambre desde una visión de la sociología de los cuerpos/emociones que enfatiza su carácter relacional. En este sentido, entendemos el hambre individual como la falta de nutrientes experimentada por el cuerpo individual para la reproducción de ese organismo. Esta hambre se promulga a nivel de las relaciones entre los individuos, las organizaciones sociales y el medio ambiente. Luego, el hambre subjetiva afecta la “autorreflexividad del yo”, vinculando las consecuencias del hambre en el orden de la “identidad” y se representa en el campo de las relaciones del ser humano consigo mismo y en la autoimagen encarnada de los sujetos. Y, por último, el hambre social, la cual tiene un impacto en la presentación social del sujeto y en la relación ser humano-otros (Scribano y Eynard, 2011). En síntesis, entendemos que “el hambre individual se refiere a la relación entre el ser humano y el medio ambiente, y el hambre subjetiva se refiere a la relación del ser humano, mientras que el hambre social articula los otros dos planos en conexión con una vida vivida en sociedad” (Scribano y Boragnio, 2021, p. 14).

Ante los distintos tipos de hambre y sus consecuencias, es importante hacer hincapié en que los cuerpos existen en conexión con el medio ambiente, a partir de los procesos que ocurren en la interacción entre el cerebro, el sistema nervioso central, los nutrientes y las energías. Es en este sentido que sostenemos que la energía corporal está directamente ligada a los nutrientes, por lo que, a mayor deficiencia nutricional, menor posibilidad de acción. A su vez, “las energías sociales están estrechamente relacionadas con las energías corporales, ya que, a mayor deficiencia nutricional, mayor probabilidad de estructurar un conjunto de relaciones humanas débiles” (Scribano y De Sena, 2016, p. 116).

Por ello, es necesario tener en cuenta que la disponibilidad de recursos alimentarios altera las cantidades y las cualidades energéticas que cada individuo tiene a su disposición, permitiendo que estos cuerpos se reproduzcan y estén socialmente disponibles. Así, la relación comer/hambre configurará en los cuerpos potencialidades de los posibles estados de vida de los sujetos como agentes sociales. Esto define al hambre como una experiencia central de la vida que resalta las intersecciones y redes entre cuerpos/emociones por su carácter socialmente construido.

POLÍTICA ALIMENTARIA Y POBREZA

En Argentina, desde la década de 1970, la pobreza se ha manifestado como un problema de gran magnitud. A comienzo de la década del ochenta, los niveles de pobreza se dispararon, con incrementos marcados por crisis económicas y ha impactado entre el 20% y el 35% de la población según el período medido. Ante esto, es necesario hacer hincapié en que, a excepción de la crisis político-económica de 2001, los niveles de pobreza siempre encontraron un nuevo techo, más alto que la medición anterior (De Sena, 2020). Los últimos datos del Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) referentes a 31 aglomerados urbanos, que involucran a una población de 28.500.000 personas, indican que, para el segundo semestre de 2020, el porcentaje de hogares por debajo de la línea de pobreza alcanzó el 31,6%, lo que representa el 42% de la población. Dentro de este conjunto, el 10,5% de las personas (7,8% de los hogares) se puede distinguir por debajo de la línea de indigencia (Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC), 2021).

Directamente asociado a los procesos de incremento de la pobreza se encuentra la reproducción de las diversas formas de hambre. Desde mediados de los ochenta, se diversificaron las políticas sociales alimentarias como formas de respuesta, regulación, normatividad, normalización y mitigación de conflictos (Grassi, 2003; De Sena, 2011). En 1984 se implementó el Programa Nacional de Alimentos (PAN), que consistía en entregar bolsas de alimentos a las familias que presentaban algún riesgo nutricional. El PAN fue el primer programa gubernamental estrictamente relacionado con la alimentación y si bien fue concebido como un programa de emergencia de dos años, se mantuvo activo —y casi duplicando su distribución— hasta finales de 1989. Hasta la fecha, el PAN es considerado el hilo conductor de los programas alimentarios argentinos, por su alcance, cobertura y modo de implementación (Sordini, 2018).

Luego, a partir de la década de los noventa comenzaron a implementarse los Programas de Transferencia Condicional de Efectivo como modalidad de atención a la pobreza, pero manteniendo y diversificando los referidos a la alimentación, por lo que, en esos años, se observa el inicio de la superposición de programas (Chahbenderian y Dettano, 2018). Desde diciembre de 2019, el Plan Argentina contra el Hambre es la política alimentaria a nivel nacional y “se apoya en el fortalecimiento de las acciones que lleva adelante el Programa Nacional de Seguridad Alimentaria y Nutricional. Implica la promoción y fortalecimiento del Acceso a la Canasta Básica de Alimentos” (Ministerio de Desarrollo Social, s/f). Dentro de este programa, se encuentra la Tarjeta Alimentar, que es una tarjeta precargada que permite comprar alimentos —excepto bebidas alcohólicas— y está destinada a madres o padres con

hijos e hijas hasta los 6 años que reciben la Asignación Universal por Hijo (AUH), las mujeres embarazadas que, a partir de los 3 meses posteriores al embarazo, reciben la Asignación por Embarazo y las personas con discapacidad que reciben la AUH.

Con la pandemia de Covid-19 y el ASPO se profundizaron tanto la cobertura de los programas sociales ligados a la alimentación existentes como la cantidad de personas que los solicitaron.²

ENTRE LA AYUDA Y EL SOLIDARISMO

La palabra solidaridad refiere a la “adhesión circunstancial a la causa o a la empresa de otros” (RAE, 2020). En este sentido, la solidaridad como instancia de apoyo es una acción circunstancial, pero las “acciones solidarias” tienen una larga historia en Argentina y una trayectoria que no deja de actualizarse. Podemos encontrar acciones que van desde el Fondo Patriótico Malvinas Argentinas realizado en 1982, pasando por la donación de centavos para redondear el vuelto en la compra cotidiana para múltiples y diversas asociaciones, hasta la donación virtual a causas promovidas, publicitadas y organizadas a través de las redes sociales.

Específicamente, las prácticas de “dar de comer”, en las que nos centramos en este texto, se configuran con relación a la historia de las políticas alimentarias y tienen una trayectoria mucho más estable que la ocurrencia de la pandemia. Como nos dice una entrevistada:

Tengo el comedor desde 2001 y por mucha necesidad lo abrí con señoras del barrio. (Mujer, 52 años, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, entrevista)

Ligada a las tragedias naturales, sociales y bajo la lógica caritativa de la iglesia, las prácticas solidarias se conformaron como un complejo conjunto de prácticas de ayuda que se configuran como sistema del sentir social argentino hace varias décadas.³ Al sostenerse en el tiempo y reproducirse, vuelve necesario reflexionar sobre ellas a la luz del siglo XXI.

2 “Con el objetivo de seguir acompañando a las familias que más lo necesitan y garantizar el acceso a una alimentación saludable, desde el Gobierno Nacional ampliamos el alcance y cobertura de la Tarjeta Alimentar a niñas y niños de hasta 14 años, e incrementamos su monto a \$12.000 para madres de tres hijos o más. A través de esta política pública buscamos cuidar los ingresos de las familias argentinas” (Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses), 2021). Para más detalles ver As.com (19 de mayo de 2021).

3 Para profundizar ver Scribano y Boragnio (2021) y Cervio, Del Mónaco y Londoño Mora (2012).

Siguiendo a Scribano, el solidarismo, en tanto práctica de “ayuda”, se trata de una práctica social que centra su accionar en “la mercantilización de la relación entre dar-recibir y la elaboración de vínculos que dejan intactas las ‘razones’ que ‘justifican’ las prácticas del donante, auto-gratificándolo” (Scribano, 2009, p. 176) de modo que al único que beneficia es al que da. En este sentido, analizando la historia de la solidaridad/ayuda, el solidarismo se constituye, ya no como una práctica circunstancial, sino como “una relación de sutura de las ausencias inscriptas en un sujeto llevada adelante por otro u otros sujetos, que deja indemne los procesos que causan dichas ausencias” (Scribano, 2014, p. 80).

A partir de la etnografía virtual y las entrevistas virtuales que realizamos a quienes estaban detrás de los perfiles de Instagram pudimos conocer que la mayoría de las ollas y comedores populares que registramos comenzaron como una iniciativa entre amigos a la que se le sumaron conocidos y/o gente del barrio. Si bien también entrevistamos a algunas organizaciones que venían funcionando desde antes de la pandemia, en su mayoría, estas actividades aparecieron una vez establecido el ASPO, centrándose en “dar de comer” como la necesidad más urgente. En el siguiente fragmento de entrevista podemos observar lo dicho hasta aquí:

Esta iniciativa la estamos llevando adelante con dos amigas más y las tres somos voluntarias de la Fundación SÍ desde principios del 2015. Durante el primer año y medio íbamos dos horas los sábados a un parador de Costanera Sur en el que había familias en situación de calle, pero desde septiembre del 2016 vamos (también los sábados de 10 a 12) a un Comedor a hacer actividades con niñxs y adolescentes (entre 3 y 16 años). Este año no llegamos a ir al comedor por la pandemia (es una actividad que hacemos entre abril y diciembre) y en un principio nos manteníamos comunicadxs para saber cómo seguían lxs chicxs y Blanca, la dueña del comedor, nos contó que se había duplicado la cantidad de gente que estaba yendo a buscar comida y no le estaba alcanzando para todxs. Fue por esto que en junio les dijimos a nuestrxs amigxs si se copaban cocinando para el comedor la cantidad de viandas que ellxs pudieran y logramos hacer una primera entrega de 350 platos de comida. Como esta iniciativa salió bien, decidimos hacerlo 2 veces al mes (por una cuestión de logística) y creamos una página de Instagram para darle más difusión y que todxs lxs que quisieran cocinar se pudieran sumar también. (Mujer, 25 años, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, entrevista)

Como nos indica la entrevistada, las mujeres implicadas en esta iniciativa ya tenían el conocimiento de las necesidades y demandas y de los modos de obtener ayuda de otros y gestionarla, pero, como novedad, aparece Instagram como una plataforma para la difusión y

el contacto con quienes estén dispuestos a sumarse, ya sea cocinando como donando alimentos, dinero y/o tiempo.

La aparición de las redes sociales en primer plano para la organización, coordinación y gestión de la ayuda vuelve necesario investigar a partir de metodologías que nos permita acercarnos a los nuevos fenómenos a partir de usar las tecnologías ya no como nuevas sino como fenómenos instalados en la cotidianeidad de la vida.⁴ Acercarnos al siglo XXI desde el siglo XXI es una necesidad esencial para la sociología, a partir de la cual se vuelve imprescindible “(...) revisar las escisiones binarias entre ‘lo virtual/lo real’, ‘lo online/lo offline’ en la comprensión de las experiencias que se traman en nuestras sociedades” (De Sena y Lisdero, 2015, p. 98). El ciberespacio no es un “lugar” diferente, sino que se comprende como un nuevo espacio social, en el que se configuran sentidos, sentires y significados que “cruzan una y otra vez la frontera entre lo online y lo offline” (Hine, 2004, p. 21) conformando así un espacio de continuidad en el que se encuentran dinámicas de interacción específicas, con su propia lógica, pero que son prácticas culturales históricamente situadas. En este sentido, Instagram es un espacio más en donde la práctica de solidarismo se produce y consolida como un espacio de difusión y almacenamiento de las imágenes de la ayuda, en donde la acción se difunde y se presenta desde lo que se muestra. En este sentido Instagram se consolida como la plataforma ideal para una sociedad que mira, escucha y toca con unos cuerpos/emociones parlantes y miradores que buscan experiencias a partir de un régimen escópico que se centra en la emocionalización (Scribano, 2017, 2020).

El tiempo y su disponibilidad aparecen como ejes interesantes para tener en cuenta, los cuales son necesarios continuar profundizando. La disponibilidad de tiempo libre ante la limitación de las actividades presenciales que se dieron por el decreto de ASPO permitió que mucha gente se acerque a organizaciones ya establecidas o comience a generar instancias propias de ayuda a los otros.

(...) estoy ayudando a los comedores porque cuando comenzó la cuarentena directamente me acerqué, porque no estaba trabajando en el área social, a armar este proyecto porque sabía que iba a ser necesario, porque se venía una jodida y con un grupo de amigos nos pusimos a ver de qué manera ayudar (...). (Mujer, 29 años, Provincia de Buenos Aires, entrevista)

Pregunta: ¿Cómo la estás pasando vos en este momento?

4 Para profundizar ver Boragnio et al. (2020), Boragnio y Faracce (2021), y Dettano y Cena (2020).

Respuesta: Por un lado, me siento privilegiada por tener un sueldo fijo del Estado y poder seguir trabajando; por otro lado, el trabajo se ha desorganizado y eso resulta muy estresante. Me sorprendió cuánta gente hay que quiere colaborar y no sabe cómo hacerlo. Cuando le facilitas las cosas se manifiesta una enorme solidaridad. (Mujer, Provincia de Buenos Aires, entrevista)

Entre las formas más repetidas que tomó la ayuda de “dar de comer” a otros, pudimos ver que la multiplicación de instancias de comer se dio de diversos modos. Por un lado, encontramos ollas populares y viandas que se multiplicaron en cantidad de raciones y por otro, ayudas a las familias que se extendían más allá de la entrega de un plato de comida. Entre estos, los que más se repitieron fueron la entrega de bolsones de comida para el hogar.

Las ayudas se organizaron por el tiempo disponible, pero con el conocimiento de las “demandas” ante lo “necesario”.⁵ De modo que las personas entrevistadas pusieron en juego su creatividad y originalidad no solo para pasar el tiempo y el aislamiento sino para colaborar con quienes más necesitaban, sea esto haciendo móvil una cocina o cocinando una parte de la comida que se entregaría a alguien que no sería posible conocer más que por una fotografía compartida en redes sociales.

(...) estamos a cargo del departamento de Midland Solidario que el 9 de julio cumplió un año. Empezamos con el tema de las ollas luego de la cuarentena sabiendo que hay muchas familias del barrio de libertad que la estaban pasando mal. Así que empezamos a hacer ollas populares tratando de poder acompañar a nuestros pares en estos momentos más difíciles, ¿no? Hacemos las ollas los días miércoles, viernes y sábados. También asistimos a muchas familias con bolsones de mercadería y colaboramos con comedores y merenderos de Pontevedra. La verdad que lo hacemos porque tenemos empatía por la gente que más lo necesita y porque somos un grupo de colaboradores que piensa en el que peor está, ¿no? A veces estamos encerrados en una burbuja y miramos únicamente para adelante y no vemos a los que tenemos al lado entonces decidimos acompañar de esta manera, nos hace muy bien ser solidarios. También para el mes de la niñez recaudamos juguetes y bolsas de golosinas y pudimos compartir con los merenderos alrededor de 600 bolsas con juguetes y golosinas para que les lleguen a los chicos, ellos asisten, la verdad es que fue un mes de mucho trabajo, pero fue una misión cumplida. (Mujer, 46 años, Provincia de Buenos Aires, entrevista)

5 En adelante, emplearemos el uso de comillas en letra cursiva para señalar las categorías y conceptos empleados por las y los entrevistados.

La necesidad se extiende, se multiplica, se reproduce rápidamente, mucho más rápido que lo que se pueden reproducir las raciones “estirando un guiso”.⁶ Pero la ayuda se puede estirar hasta donde alcancen los recursos y el cuerpo. La mayoría de las instancias de “dar de comer” que se mencionaron en las entrevistas se organizan en desayunos, almuerzos y meriendas, los cuales suelen darse en días específicos de la semana. Como podemos ver, la necesidad es constante pero las ayudas tienen días y horarios.

Como podemos observar en el fragmento último, muchas personas que llevan adelante estos espacios y estas iniciativas lo toman como una “*misión*”, como un “*proyecto*” personal que les retribuye bienestar con relación al trabajo que implica. Quienes “dan de comer” ponen a disposición de otros su tiempo, sus contactos, sus posibilidades de organización y gestión, lo cual implica un gran esfuerzo durante su cotidianeidad. Pero como retribución a su “*trabajo*”, a sus acciones, encuentran el bienestar de “*ser solidarios*”, de “*ayudar*”.

La lógica del dar —que en este caso toma la forma primaria nutricia de “dar de comer” — se configura como una de las condiciones para el bienestar en la cotidianeidad de la pandemia. Así, ayudar y dar se articulan junto al bienestar individual que implica ayudar a otros sin posibilidades de una acción que modifique la situación de expulsión social que estructuralmente acorrala a millones de argentinos y argentinas. En este sentido, es posible observar que

(...) la solidaridad se transforma para algunos argentinos en una forma de vida a través de la cual la expresión “me siento bien” comienza a ser tributaria del acto de “dar” a esos que “más lo necesitan”, verbalizándose una suerte de empatía a distancia con el sujeto (anónimo o no) receptor de la contribución de que se trate. (Cervio, Del Mónaco y Londoño, 2012, p. 2)

Si bien entendemos que el bienestar y la ayuda aparecen como elementos complementarios en las experiencias expuestas, el bienestar surge de “un plus dialéctico entre goce, disfrute y placer que el solidarismo focaliza e instituye en la repetición de otorgar placer compulsivo al donante” (Scribano, 2009, p. 182). En este sentido, la ayuda a los otros no solo es una práctica que genera bienestar en quien la lleva adelante, sino que la misma posibilitó, durante el ASPO, una organización de la vida cotidiana que se sumó a los privilegios individuales a considerar. Como resultado, se abrió la posibilidad de iniciar y continuar la acción de ayuda poniendo en primer plano la relación yo/

6 “Estirar” es una expresión que refiere a alargar una comida cualquiera, considerando así un rendimiento mayor en raciones.

otros frente a una acción apremiante como es el hambre. Como nos dice una entrevistada:

Bueno, no es que estoy colaborando ahora, estoy colaborando desde que me volví a vivir a Argentina desde Chile, en realidad siempre estuve ligada a algún tema de servicio. En esta ocasión el comedor es de niños y bueno, el merendero era de niños y se transformó en una olla popular. ¿Por qué lo hago? porque no puedo creer que con la abundancia que tiene la tierra para que todos tengamos alimentos y las necesidades básicas satisfechas sigamos teniendo situaciones como las que estamos teniendo y que venimos teniendo hace muchísimos años. (Mujer, 47 años, Provincia de Buenos Aires, entrevista)

Desde la década del 80, el hambre se configuró como tema central que preocupaba a varios gobiernos y, además de ser una bandera política, hoy, retoma el lugar central como problema establecido al que la política no pudo —ni puede— darle solución. Por lo cual, la ayuda individual se vuelve central para el sostenimiento de las instancias de ayuda, aunque no alcance, aunque solo sea “algo”.

Somos grupo de vecinxs organizados auto convocados durante el ASPO para colaborar con distintos puntos de nuestra ciudad, ante la creciente demanda a cubrir de una necesidad básica como el hambre que empieza a causar serios efectos en los barrios populares. La necesidad es muy grande. El estado no llega, o bien, llega tarde. Cuesta mucho mantener la iniciativa propuesta en pie ante la falta de recursos. No estamos sujetos a ninguna agrupación política. Todxs quienes participamos tenemos una ideología marcada y muchxs militan en espacios. Nos auto organizamos ante una necesidad básica que sufre el pueblo argentino. (Mujer, 30 años, La Plata, entrevista)

Los programas aplicados por los gobiernos, lejos de solucionar el problema de la alimentación, denotan una trama que sostuvo en el tiempo no solo la dependencia de los destinatarios a estos y la reproducción de desigualdades sino, también, un aumento en el número de personas que necesitan intervenciones estatales. De esta forma, podemos observar que, en Argentina, desde hace mucho tiempo, existen políticas alimentarias que atestiguan con su mera presencia que el hambre está siempre en alguna de las modalidades antes expuestas, configurando así el contexto pre-pandémico de un problema estructural que quedó expuesto claramente durante el ASPO: la distribución desigual de los alimentos y los nutrientes.

CONCLUSIONES

El comer y sus prácticas poseen un carácter dinámico, son factibles de reajustarse en función del contexto, pero siempre dentro del sistema sociocultural que le da sentido. La cuestión alimentaria como una crisis urgente viene atravesando la historia argentina desde fines de la década del 80, pero el confinamiento y aislamiento decretado por la propagación del Covid-19 dio lugar a un replanteamiento de las prácticas alimentarias y de comensalidad, configurando a las prácticas del comer como un nodo central en la cotidianeidad pandémica. En este caso, el comer se reorientó al interior del hogar, pero en una sociedad que tiene miles y millones de estos en la imposibilidad de sostener el comer como una práctica cotidiana.

Por otro lado, el comer se organiza a partir de parámetros para la gestión tiempo/espacio. En este sentido, en el periodo de aislamiento y confinamiento, cuando el tiempo/espacio público quedó imposibilitado de habitar para muchos —mientras otros tantos lo habitaban sin posibilidad de autonomía ni decisión— el tiempo/espacio doméstico se reconfiguró y multiplicó. En este momento, el cocinar volvió a ser el eje principal de la vida cotidiana (Boragnio, 2021) y el tiempo nuevo disponible permitió recorrer otros caminos posibles ayuda y de acción en torno a esta; sea reproduciendo lo que en otros momentos se realizaba o generando algo nuevo. Este período de confinamiento y aislamiento, con relación al tiempo y espacio, permitió, en algunos casos, re-ordenar las prioridades y las acciones acercando a muchas personas a crear y sumarse a propuestas de ayuda a los otros. Así, a partir de la acción del “dar de comer” se buscó la ayuda y contención de los otros, a la vez que el bienestar y la satisfacción propia, generándose sentimientos de satisfacción y orgullo.

Mientras que las prácticas del comer implican y expresan sociabilidades y vivencias diversas, el “dar de comer” se configuró como un conjunto de prácticas cognitivas-afectivas que no solo tienden a la llenar la panza saciando el hambre. Sino que el “dar de comer”, organizó la vida diaria de quienes estaban en aislamiento, siendo que les proveyó una “misión”, un “proyecto” para sus días como una práctica de reconocimiento del otro. Pero, a la vez, estas acciones reproducen prácticas de solidarismo que, en articulación con las prácticas del comer, producen y reproducen los horizontes de acción, disposición y cognición posibles.

A partir del comer, se moldean las condiciones de vida y de reproducción de esta —en tanto los nutrientes configuran los cuerpos y las emociones— al mismo tiempo que los modos de experimentar el comer y de experimentar al cuerpo, se definen los alimentos posibles y su gusto, se configuran comensalidades y se tramam relaciones

sociales. En este sentido, las consecuencias de la única posibilidad de comer como una práctica de ayuda se hacen evidentes en la estructuración de las sensibilidades, a partir de regímenes que constituyen prácticas de solidarismo como modos particulares de regular, ordenar y producir prácticas de ayuda como acciones compensatorias de la insuficiencia o la falta de acción de Estado. Así, la solidaridad naturalizada como potencia del que más tiene deviene solidarismo como exceso que da lugar a la anulación de sus propios fundamentos configurando a la ayuda como una práctica de bienestar.

Como pudimos observar, la no presencialidad obligada de muchas actividades dispuestas por el ASPO puso en presencia permanente la necesidad de los más pobres y precarizados de la sociedad y, ante esto, la trayectoria de ayuda de quienes fueron entrevistados se articuló con la trayectoria de necesidad que tiene la Argentina y que quedó expuesta sin tapujos durante la pandemia. Pero, esta realidad pandémica no solo afectó —y afecta— las prácticas alimentarias y de comensalidad de las personas, sino que configura las emociones ligadas a estas. El confinamiento dejó expuesto el lazo social que modifica la naturaleza para hacerla cuerpo y que construye la comensalidad como único modo de comer humano. Como sostiene De Sena, “los procesos de desigualdad y expulsión generados en la estructuración de una sociedad basada en la mercantilización de la vida provocan rupturas conflictivas que deben ser remediadas sistemáticamente” (2014, p. 155) y la ingesta de alimentos es una de las principales rupturas que se configuraron a partir de los años ochenta y se reproduce en la actualidad.

Más allá de lo destacable de las acciones de ayuda llevadas adelante por los y las entrevistadas y de las consecuencias positivas que tuvieron en las personas que pudieron ser ayudadas en tiempos tan acuciantes de la pandemia, no hay que perder de vista que las prácticas de “dar de comer” registradas a través de la etnografía virtual, se estructuran como prácticas de solidarismo que se constituyen en

(...) un conjunto de prácticas que operan como mecanismo de sutura de las diferencias y desigualdades entre clases. Dichas prácticas se caracterizan, entre otros rasgos, por: invertir el lugar de lo colectivo y lo individual, borrando sus diferencias; diluir los regímenes de cooperación social, reemplazados por ficciones culpabilizantes; dejar a los sujetos que reciben en situación iterativa de donatario; reemplazar la presencia estatal por la acción privada; y re-inaugurar la filantropía y la beneficencia privada como mecanismos de atención de carencias. (Scribano, 2014, p. 81)

El estudio de las prácticas del comer concentra en sí mismo las disputas por la apropiación de los nutrientes, lo cual se puede observar a

partir de las diversas políticas del hambre que fueron gestionadas desde los imperios y hoy se gestionan desde los Estados. Por lo cual, los entramados de conflicto y de poder que conforman el comer a nivel micro-social aparecerán como diluidos, invisibilizados, ocultos y, para hacerlos visibles, es necesario tensionarlos con el nivel macro-social en torno a las políticas del hambre. Así, podemos entender como el solidarismo, a partir del “dar de comer” como práctica individual que genera bienestar a unos, apacigua las posibilidades de cambio a partir de la misma práctica de ayuda como respuesta inmediata ante lo apremiante de la necesidad de verse comprometida la existencia corporal y la reproducción social.

Las líneas presentadas en estas páginas nos permiten continuar profundizando la interconexión en la relación cuerpo/alimentación/emociones como nodo central de la estructuración de las sensibilidades, ya que el comer elabora, inscribe y reproduce las posibilidades de vivir y narrar el mundo a partir de las potencialidades y obturación que se anidan en la distribución de los nutrientes y las energías, al constituir las posibilidades de sentirse-en-el-mundo a partir de un-cuerpo. Por delante queda un largo camino de análisis de las prácticas de “dar de comer”, sus estrategias, su planificación, preparación, consumo y sensibilidades cotidianas para así poder ahondar en las relaciones entre cuerpo/alimentación/emociones del siglo XXI post-pandémico, con el interés final de poder acercarnos a las transformaciones en la relación cuerpo/alimentación/emociones, en el conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas y en sus condiciones de posibilidad.

BIBLIOGRAFÍA

- Administración Nacional de la Seguridad Social (Anses) (2021). *Tarjeta Alimentar*. Disponible en: <https://www.anses.gob.ar/tramite/tarjeta-alimentar>
- Arrúa, A. y Fernández Ríos, D. (2020). Covid-19 y cadena de suministro de alimentos: estatus y perspectivas. *Investigaciones y Estudios — UNA*, 11(2), 43-55. Disponible en: <https://revistascientificas.una.py/index.php/rdgic/article/view/751>
- As.com (19 de mayo de 2021). Tarjeta Alimentaria y AUH: Cuánto es el máximo monto que puedo llegar a cobrar y requisitos. Disponible en: https://argentina.as.com/argentina/2021/05/19/actualidad/1621447770_233529.html
- Boragnio, A. et al. (2020). Etnografía virtual: un acercamiento a las sensibilidades desde el siglo XXI (Documento de Trabajo n°13). Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES), Estudios Sociológicos Editora.

- Boragnio, A. (2021). Sensibilities of eating inside: emotions and food practices in a time of pandemic. En Scribano, A. y Korstanje, M. (Comp.), *Emotionality of COVID19: now and after, the War against a Virus*. New York: NOVA.
- Boragnio, A. y Faracce Macia, C. (2021). Taking Care of Yourself at Home: use of e-commerce about food and care during the Covid-19 pandemic in the city of Buenos Aires. En Korstanje, M. (Comp.), *Socio-economic effects and recovery efforts for the rental industry: Post-Covid-19 strategies* (pp. 45-71). IGI Global.
- Cervio, A.; Del Mónaco, R. y Londoño Mora, P. (2012). Solidaridad y felicidad: dos estados del "sentir argentino". *Boletín Onteikén*, (14). Disponible en: <http://onteikén.com.ar/boletin-14>
- Chahbenderian, F. y Dettano, A. (2018). Los programas sociales en la Ciudad de Buenos Aires: ¿una convivencia no muy feliz? En Cena, R. (Comp.), *Políticas sociales y cuestión social en la Argentina del siglo XXI*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- De Castro, J. (1962). Geopolítica del hambre. Ensayo sobre los problemas alimentarios y demográficos del mundo. Buenos Aires: Solar Hachette
- De Sena, A. (2011). Promoción de micro-empresarios y políticas sociales: ¿universalidad, focalización o masividad?, una discusión no acabada. *Revista Pensamiento Plural*, 8(1), 5-36. Disponible en: <http://pensamentoplural.ufpel.edu.br/edicoes/08/02.pdf>
- De Sena, A. (2014). Las mujeres ¿protagonistas de los programas sociales? Breves aportes a la discusión sobre la feminización de las políticas sociales. En De Sena, A. (Ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción. Lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Sociales.
- De Sena, A. (2020). Pobreza y programas sociales en la Argentina de las últimas décadas. En De Sena, A. (Comp.), *Vulnerabilidad, pobreza y políticas sociales: abanico de sentidos en América Latina, Europa y China* (en prensa).
- De Sena, A. y Lisdero, P. (2015). "Etnografía Virtual: aportes para su discusión y diseño", en: De Sena, A. Caminos cualitativos. Aportes para la investigación en ciencias sociales. Buenos Aires: Ediciones CICCUS. pp.71-100.
- Dettano, A. y Cena, R. (2020). Precisiones teórico-metodológicas en relación a la definición de Entorno en Etnografía Virtual para el análisis de políticas sociales. *Tsafiqui-Revista Científica en Ciencias Sociales*, (15), 57-72. Disponible en: <https://revistas.>

ute.edu.ec/index.php/tsafiqui/article/view/precisiones-teorico-metodologicas-en-relacion-etnografia

Grassi, E. (2003). Políticas de asistencia focalizadas en el desempleo y la pobreza. En Grassi, E., *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame v. 1* (pp. 221-302). Buenos Aires: Espacio Editorial.

Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: Editorial UOC.

Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (2021).

Incidencia de la pobreza y la indigencia en 31 aglomerados urbanos (Informe técnico, vol. 5 n° 59). Disponible en:

https://www.indec.gov.ar/uploads/informesdeprensa/eph_pobreza_02_2082FA92E916.pdf

Ministerio de Desarrollo Social (MDS) (s/f). Plan Argentina contra el Hambre. Disponible en: <https://www.argentina.gob.ar/argentina-contra-el-hambre>

RAE (2020). Diccionario de la Lengua Española. Disponible en: <https://dle.rae.es>

Scribano, A. (2009). Sociología de la felicidad: el gasto festivo como práctica intersticial. *Yuyaikusun*, Departamento académico de Humanidades de la Universidad Ricardo Palma, num. 2, Lima, pp. 173-189.

Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad - RELACES*, (10), 93-113. Disponible en: <http://www.relaces.com.ar/index.php/relaces/article/view/237>

Scribano, A. (2014). El don: entre las prácticas intersticiales y el solidarismo. *Sociologías*, (36), 74-103. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.1590/15174522-016003605>

Scribano, A. (2017). Instaimagen: mirar tocando para sentir. *RBSE Revista Brasileira de Sociología da Emoção*, 16(47), 45-55.

Disponible en: <http://www.cchla.ufpb.br/rbse/ScribanoDossie.pdf>

Scribano, A. (2018). *Emotion, space, and society: a language of sensibilities* (en prensa).

Scribano, A. (2020). Consumo digital y sensibilidades de plataforma: algunas pistas para su análisis. En Dettano, A. (Ed.), *Topografías del consumo*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.

Scribano, A. y Boragnio, A. (2021). The Hunger Games: A look at food interventions in the context Covid-19. En Scribano, A. y Korstanje, M. (Eds.), *Emotionality of Covid-19. Now and after, the War against a Virus*. New York: NOVA.

- Scribano, A. y De Sena, A. (2016). Cuerpos débiles: energías, políticas alimentarias y depredación de bienes comunes. En Martins, Paulo Henrique y de Araújo Silva, Marcos (Orgs.), *Democracia, pós-desenvolvimento e gestão de bens comuns. Perspectivas da América Latina e do Caribe* (pp. 115-128). San Pablo: Annablume.
- Scribano, A. y Eynard, M. (2011). Sociologando: hambre individual, subjetivo y social (reflexiones alrededor de las aristas límite del cuerpo). *Boletín Científico Sapiens Research*, 1(2), 65-69. Disponible en: <https://www.srg.com.co/bcsr/index.php/bcsr/article/view/35>
- Sordini, M. V. (2018). ¡Nació con un PAN bajo el brazo! La transición a la democracia: entre el derecho y el subsidio a la alimentación. *Unidad Sociológica*, 12(3), febrero 2018-mayo 2018 I Buenos Aires.
- Von Scheve, C. y Slaby, J. (2019). Emotion, emotion concept. En Slaby, J. y Von Scheve, C. (Eds.), *Affective societies: Key concepts*. New York: Routledge.

SECCIÓN II

**POLÍTICAS SOCIALES,
POLÍTICAS DEL CUIDADO Y
DESIGUALDAD: VIVENCIAS Y
SUBJETIVIDADES**

POLÍTICAS SOCIALES, CONFIANZA Y DESCONFIANZA: EXPLORACIONES DESDE LAS SENSIBILIDADES EN CONTEXTOS DE DESIGUALDAD

Rebeca Cena

INTRODUCCIÓN

Las políticas sociales son elementos vertebradores (Cena, 2020) en las sociedades contemporáneas, al menos las del Sur Global (De Sena, 2018). Ello por su carácter masivo (De Sena, 2011) al alcanzar a grandes sectores de la población y por su pervivencia (Dettano, 2020) al mostrar una persistencia en el tiempo y en los territorios como modo de producción y reproducción de la vida. Las políticas sociales, adicionalmente, han sido centrales para el abordaje de las problemáticas expresión de la cuestión social en el escenario de la pandemia por SARS-CoV-2, pues para el caso argentino estas se han implementado y anunciado casi simultáneamente se declaraba el Aislamiento Social, Preventivo y Obligatorio (Cena, 2020).

En este escrito se comprende a las políticas sociales como procesos en producto y productos en proceso (Cena, 2018), al impactar y ser el resultado de determinados modelos de sociedad (De Sena, 2014; Titmuss, 1974) y estructura social (Adelantado, 2000), implicando particulares interacciones entre orden sistémico y mundo de la vida (Barba-Solano, 1995). Estas intervenciones estatales, abordan y disputan sentidos en torno a las diversas problemáticas del mundo social desde un esquema de valores compartido (Donati y Lucas, 1987), o proponiendo determinadas imágenes del mundo que, como

esquemas de división y clasificación (Cena, 2014; Scribano, De Sena y Cena, 2015), retoman y redefinen cuestiones, identifican sujetos, cursos de acción posibles y bienes/servicios a transferir, por lo que, en tanto políticas de Estado condensan las posibilidades de nominar, significar y hacer. Esto, tal como han señalado Tonkens, Grootegoed y Duyvendark (2013), Macauslan y Riemenschneider (2011) y De Sena y Scribano (2020) conlleva estudiar los modos en que estas intervenciones impactan y producen modos de sentir.

Bajo ese paraguas analítico, en este capítulo se analizan las políticas sociales de transferencias de dinero, implementadas en la provincia de Córdoba, Argentina, desde una sociología de los cuerpos/emociones. Se trabaja con entrevistas realizadas a personas receptoras de intervenciones estatales en el contexto de Pandemia por SARS-CoV-2 y se exploran las sensibilidades sociales que permiten advertir los complejos entramados entre confianza y desconfianza. Las Ciencias Sociales se han ocupado extensamente de su desarrollo y comprensión. Solo por mencionar aquí algunos trabajos, se han analizado en relación al dinero (Simmel, 1977), la democracia (Rosanvallon, 2006), el secreto (Simmel, 2014), las condiciones de habitabilidad (Cervio, 2019), las políticas públicas (Offe, 1999), el acceso a datos informáticos (Voutssás Márquez, 2017), los programas sociales (Cervio y De Sena, 2017), las asociaciones civiles (Herreros Vázquez, 2004), en la administración pública (De Zuani y Ruiz, 2015; Güemes, 2014), en los espacios urbanos (Bauman, 2006), la confianza social (Brange Flores, 2014), en la ciencia (Barber, 1987), entre otros.

La confianza se ha identificado como la base de todo vínculo social, siendo un fenómeno central para la teoría social (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006). Relacionada al entendimiento mutuo producto de la “fusión de horizontes comunes” que se trazan y acumulan por y a partir de una experiencia vital compartida, (Bauman, 2006) la confianza se incorpora, se hace cuerpo. Ha sido abordada, asimismo, a partir de su anverso constitutivo: la desconfianza. Entre estas categorías no existen polarizaciones, ni pares antagónicos, sino que forman parte de un *continuum* complejo, en el que las condiciones de producción y reproducción de la vida acontecen. Confianza y desconfianza se problematizan conjuntamente, al no ser términos contradictorios, coexisten simultáneamente sin anularse ni desmentirse. En lo que es el ciclo vital de la política social, estas son dimensiones relevantes para el análisis de los modos en que estas intervenciones estatales dialogan con los modos de ser, hacer y sentir de las sociedades.

METODOLOGÍA

Este escrito emerge de una investigación¹ orientada a analizar las políticas sociales de transferencias de ingresos con componentes de empleo y educativos en cuatro centros urbanos del interior de la provincia de Córdoba, Argentina: Villa María, Villa Nueva, San Francisco y Bell Ville. Villa María y Villa Nueva y San Francisco se encuentran dentro de los cuatro principales conglomerados de la provincia de Córdoba, que, junto con Gran Córdoba, Río Cuarto-Las Higueras concentran alrededor de 2 millones de personas (55% de la población de la provincia) (OCDE, 2019). En el caso de la ciudad de Villa María y Villa Nueva representan un 78% del departamento General San Martín, y San Francisco un 30% del departamento de San Justo (OCDE, 2019) y en el caso del Bell Ville concentra el 32% población del total departamental.

La unidad de análisis fueron las políticas sociales de corte nacional, provincial y/o municipal, implementadas en las ciudades mencionadas en el período 2020-2021. Para la selección de las intervenciones estatales con las que trabajar nos hemos concentrado en aquellas de transferencias de ingresos y que adicionalmente incluyeron algún componente de empleo y/o educativo. Otro criterio de selección fue centrarnos en aquellas que en sus objetivos se orientaran a la cuestión laboral, inserción laboral, desempleo, informalidad, la no finalización del secundario, salario mínimo, vital y móvil. Las unidades de observación fueron cada uno de los documentos, normativas, resoluciones, páginas web nacionales, provinciales y/o municipales de las políticas sociales analizadas y cada uno de los actores estratégicos que participan del ciclo vital de la política social. Se trabajó con análisis documental (Taylor y Bogdan, 1994; Valles, 2000; Solanilla, 2007) y entrevistas mediadas por aplicaciones (Orellana López y Sánchez Gómez, 2006; Quattrini, 2018), siendo la muestra direccionada no probabilística, variada y confirmativa (Hernández Sampieri, Fernández Collado y Baptista Lucio, 2014).

1 Que nuclea dos proyectos denominados “Políticas sociales en educación y trabajo: un mapeo de las percepciones de las juventudes en la provincia de Córdoba” en la Universidad Nacional de Villa María y “Los Programas de Transferencias de Ingresos en Córdoba: definición de problemas, implementación y vida cotidiana en cuatro ciudades del interior de la provincia” Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.

CONFIANZA/DESCONFIANZA COMO PARTE CONSTITUTIVA DE LA CUESTIÓN SOCIAL

Los conceptos de confianza y desconfianza se vinculan desde diversos niveles analíticos con las políticas sociales. En principio, podríamos identificar 3 vínculos significativos. En término de su abordaje estructural, veremos que (a) con relación al concepto de cuestión social, la confianza y la desconfianza son dimensiones constitutivas de dicha formación histórica y social; y (b) las políticas sociales intervienen frente a esa ruptura constitutiva e inaugural de la cuestión social, de allí la centralidad de estas en el manejo del conflicto y la cohesión social (Faleiros, 2000) y, por lo tanto, de la confianza y la desconfianza en el régimen de acumulación. En adición a los dos vínculos mencionados, en lo que es el ciclo vital de la política social, (c) la confianza y la desconfianza operan como dimensiones relevantes para el análisis de los modos en que estas intervenciones estatales dialogan con los modos de ser, hacer y sentir. A partir entonces de los 3 vínculos mencionados, es que abordaremos en este escrito dichas nociones con el propósito de mostrar la complejidad a partir de la cual las políticas sociales suponen, son el resultado y producen sociedad.

Respecto al primero de los sentidos, el vínculo entre confianza y desconfianza se encuentra íntimamente relacionado la cuestión social. En dicha línea es menester destacar los desarrollos de Donzelot (2007) sobre la cuestión social, atravesada por la promesa y el temor en la conformación de la República; los ejes analíticos trabajados por Offe (1990) con relación a las lógicas de distribución de los poderes entre las esferas de lo político y lo económico; y a Rosanvallon (2006) respecto a la esperanza y el desencanto en las formas de organización de la vida a partir de la cuestión social:

Históricamente, la democracia se ha manifestado efectivamente siempre en su doble vertiente de promesa y problema: promesa de un régimen acorde a las necesidades de la sociedad, fundadas en la realización de un doble imperativo de igualdad y autonomía; problema de una realidad a menudo bien lejos de haber podido satisfacer semejantes nobles ideales. El proyecto democrático no ha cesado así de resultar incompleto (ya fuese groseramente pervertido, sutilmente recortado o contrariado de manera puramente mecánica) desde el mismo momento en que fue proclamado. (...) De ahí que el desencanto haya acompañado constantemente a las esperanzas que provocaron la ruptura con los mundos de la heteronomía y el despotismo. El principio electoral de construcción de la legitimidad de los gobernantes y la expresión de la desconfianza ciudadana frente a los poderes vienen históricamente de la mano. (Rosanvallon, 2006, p. 221)

Con este primer abordaje, el concepto de cuestión social alude a que los modos de organización de la vida se han enfrentado siempre al problema de una estructura profundamente desigual y a la promesa de una formalidad que anuncia igualdad, situación que genera un desajuste entre una serie de expectativas y las experiencias de vida (De Sousa Santos, 2006). De ahí que el desencanto, la desilusión haya acompañado este modo de organización de la vida (Donzelot, 2007) de la mano del principio electoral de legitimidad de los gobernantes y la expresión de la desconfianza de la ciudadanía frente a las brechas, escisiones, aporías (Castel, 1997; Grassi, 2003) expresadas a partir de problemáticas específicas.

En este marco interpretativo estructural, las políticas sociales intervienen afectando las expresiones de la cuestión social y desempeñando un rol central en la conformación de las sociedades a partir de dicho momento histórico (Faleiros, 2000). Pues en tanto intervenciones estatales poseen la potencialidad de suturar (Grassi, 2003) —no cerrar— las escisiones, aporías (Castel, 1997) de la cuestión social. En ese sentido, operan en las arenas de la confianza/desconfianza, regulando los niveles de conflicto y cohesión social en el régimen de acumulación capitalista (Offe, 1990). En otras palabras, las políticas sociales —regulando los límites de su definición (Cena, 2014) — abordan los problemas expresión de la cuestión social producto de la puja de diversos intereses en juego, afectando los niveles de conflictividad social y de confianza/desconfianza en este modo de organización de la vida, haciendo posible su persistencia a lo largo del tiempo. De allí que no sea una novedad la masividad de las intervenciones estatales en las sociedades contemporáneas (De Sena, 2011) y en el escenario pandémico (Cena, 2020).

En relación con el tercero de los niveles analíticos aludidos, la confianza se posiciona como una “institución invisible” (Rosanvallon, 2006, p. 222) que desempeña tres funciones nodales. En primer lugar, como un economizador institucional que permite generar procesos de internalización —bajo la forma de presuposiciones— de todo un conjunto de mecanismos de control, presentación de pruebas y verificación de los comportamientos. En este sentido cuando hay confianza se genera un ahorro en los mecanismos de control o en los recursos a ellos vinculados (Rosanvallon, 2006; Offe, 1999) y, al mismo tiempo, se hacen cuerpo, se internalizan, se incorporan en tanto horizonte de sentido compartido en la vida de los sujetos. En segundo lugar, la confianza permite presuponer comportamientos futuros (Simmel, 2014), esto quiere decir, se vuelve expectante respecto a qué podrán y que no podrán hacer otros transmitiendo la sensación de continuidad en el tiempo. Este segundo sentido en que Rosanvallon (2006) aborda el

concepto de confianza, es similar al recuperado por Bauman (2006) y Barber (1987). Pues se vincula a las expectativas socialmente aprendidas e incorporadas acerca de lo que las personas esperan unas de otras, de las instituciones que las rodean, así como del orden que establece el entendimiento fundamental en sus vidas (Barber, 1987). En tercer lugar, permite advertir la profundidad de la legitimidad otorgando un carácter moral (ser digno de confianza) y substancial (confiar en vistas a la preocupación por el bien común).

Confianza/desconfianza pueden encontrar diferentes espacios y objetos. Sztompka (1999) identifica objetos primarios de la confianza, clasificando 5 categorías que refieren a) las relaciones de cercanía y familiaridad, de personas allegadas, b) confianza depositada en los roles sociales, lo que implica que el papel que la persona desempeña en la sociedad la vuelve en principio confiable/desconfiable, c) las instituciones y los procesos institucionales que involucran, d) los sistemas posicionados como expertos o abstractos (telecomunicaciones, tráfico aéreo, energía, agua, transportes, etcétera, y e) los sistemas sociales. Estos elementos a partir de los cuales analizar la confianza, permiten identificar su centralidad en las sociedades contemporáneas e incluso como un elemento de los procesos de cohesión y regulación del conflicto, a partir de las políticas sociales en los regímenes de acumulación capitalista.

Una vez realizado este bosquejo inicial que nos muestra la estrecha vinculación entre confianza/desconfianza, cuestión y políticas sociales, es necesario adentrarnos en las particularidades del concepto que nos convoca. Para ello, retomamos los aportes que realiza Adams (2005) respecto a la diferencia entre confianza y certeza o seguridad. Este último concepto —que no es el que aquí trabajamos— se encuentra íntimamente relacionado a un referente específico y está influenciado por probabilidades. Mientras que confianza tiene un alcance más amplio, se caracteriza por falta de información y ser un “salto de fe” a lo desconocido, de allí su vinculación con algún grado de incertidumbre. Tal es así que la confianza emerge solo en una situación donde hay riesgo, incertidumbre, vulnerabilidad y dependencia de otra persona o del accionar de otro, de allí su potencialidad para el análisis de las políticas sociales. “La confianza se ha descrito como el ‘grado de creencia en una hipótesis dada’ (Griffin y Tversky, 2002) (...) (y posee) dos componentes principales: 1) la hipótesis dada, y 2) nivel de creencia o certeza que uno tiene en esa hipótesis o decisión” (Adams, 2005, p. 3). En este sentido, el acto de confiar —o no— se encuentra afectado por factores interpersonales y contextuales que le otorgan sentido.

La diferencia entre seguridad o certeza y confianza radica en el grado de conocimiento a partir del cual puede ser tomada una decisión. La seguridad o certeza implica un conocimiento específico sobre un referente finito. La confianza no se reduce a eventos pasados, sino que implica atribuciones más amplias sobre el referente. Para Adams (2005) la principal diferencia entre estos términos no se reduce al uso o no de la razón y la fe. Lo que define a la confianza es la capacidad de atribución, interpretación causal y extrapolación más allá de la evidencia. Lo que entra en juego es la atribución de intencionalidad. La confianza va desde los hechos (razón) hacia la fe (interpretación, extrapolación), formando parte así de un proceso más amplio de impresiones. El juicio es cognitivo, emocional y motivacional. Al igual que Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar (2006) la confianza se encuentra conformada por componentes cognitivos, afectivos y normativos. Para Luhmann (2005) ambas son expectativas positivas que pueden conducir a la decepción. Confianza implica aceptar que existe un riesgo, requiere del antecedente situacional del riesgo y surge en un contexto donde las personas reconocen y aceptan que son vulnerables a resultados negativos. En la misma dirección, Scribano (2019, p. 112) sostiene que “la confianza se estructura en torno a tres factores claves: creer, tomar riesgos, dar por sentado/estar seguros”.

Esta diferencia entre seguridad o certeza y confianza es central para este escrito, dado que nos permite ilustrar la complejidad de esta categoría para la comprensión de las sociedades contemporáneas afectadas por las políticas sociales. Más allá de este par de conceptos, interesa además adicionar las vinculaciones entre confianza y desconfianza.

Una aproximación rápida al concepto de confianza podría hacer nos pensar que es una directa ausencia de desconfianza. No obstante, ya significativos estudios han afirmado que no son términos contradictorios, que pueden coexistir simultáneamente sin anularse ni desmentirse (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006), y que una es el anverso constitutivo de la otra (Cervio, 2019). De allí la importancia de algunos estudios que han abordado la confianza social y la disposición a desconfiar simultáneamente (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006). Para Offe (1999) la confianza es el residuo que queda después de que la propensión a desconfiar resultó ser infundada. La “desconfianza” no es lo opuesto a la confianza, sino la actitud en la que las suposiciones cognitivas se prueban y analizan continuamente para regular la asignación de confiar. Cuando se presentan situaciones de desconfianza, se movilizan toda una serie de actividades (invirtiendo tiempo, recursos, normativas y disposiciones) para saldar la brecha entre comportamiento y la credibilidad o la

fianza del otro (Offe, 1999), por ello, “la confianza se puede medir mediante bajas inversiones en información, monitoreo y sanción donde existen riesgos de incumplimiento” (Levi 1996, p. 7 en Offe, 1999: 4).

La confianza —y su anverso constitutivo la desconfianza— encuentran así espacios a partir de los cuales problematizar las políticas sociales involucrando todo su ciclo vital: desde el diseño de las intervenciones estatales, su ejecución por parte de agentes estatales y no estatales, su recepción por parte de personas receptoras, su evaluación, etc. Con este paraguas analítico, es posible analizar al menos dos elementos centrales: las conformaciones institucionales (Offe, 1999) (lo que nos permite poner en diálogo con los conceptos que aquí nos convocan el diseño de la política social) y los actores que influyen en su ciclo vital (personas receptoras, agentes estatales, agentes de la sociedad civil, sector empresarial, etc.).

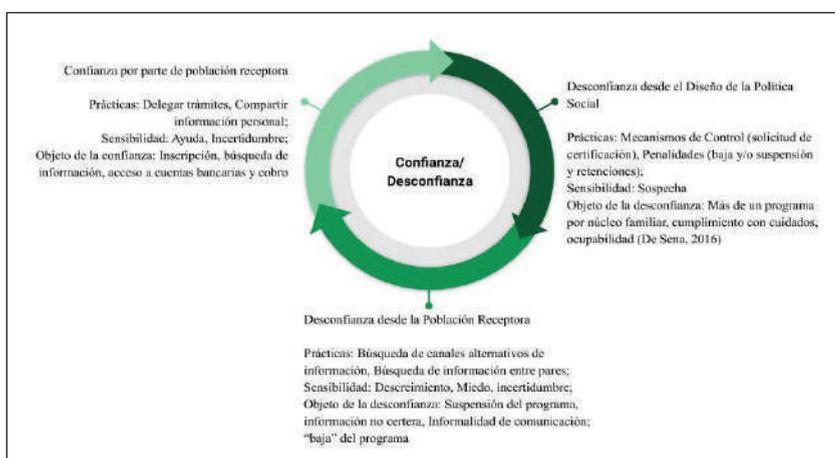
La desconfianza, desde este punto de vista no es simplemente la ausencia de la confianza. Tal como hemos afirmado “en las personas co-existen expectativas positivas y negativas con respecto a las conductas de las personas. Al ser la confianza y la desconfianza conceptos independientes, existirían elementos que aumentan y disminuyen la confianza y otros elementos que aumentan y disminuyen la desconfianza” (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006, p. 12). La invitación, entonces, es a superar las falsas dicotomías, quitando valoraciones positivas y/o negativas a cada uno de los términos e incluso a romper con lo que se asume desde el sentido común. Con esta serie de aproximaciones se comprende que la confianza no es un fenómeno unidimensional o dicotómico, pues una tentación en su abordaje ha sido caer en cierto reduccionismo (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006).

La confianza, al estar conformada por componentes cognitivos, afectivos y normativos, se encuentra estrechamente relacionada al manejo de la complejidad y la incertidumbre. “Luhmann (1996) plantea, puesto que los seres humanos tienen una limitada capacidad de procesamiento de información y que la realidad se muestra abierta a complejas posibilidades, que es necesario limitar las opciones y que las personas deben optar por confiar o por desconfiar. Ambas posibilidades pueden ser ventajosas o perjudiciales de acuerdo con las circunstancias” (Yáñez Gallardo, Ahumada Figueroa y Cova Solar, 2006, p. 12). En este punto al igual que Schutz y Luckmann (2009) la confianza sirve para el manejo de la complejidad de lo social y además se vincula con otra serie de sensibilidades como, por ejemplo: el miedo (Bauman, 2006; Cena, 2019), la incertidumbre (Dettano y Cena, 2021) y la espera.

ALGUNAS NOTAS ANALÍTICAS CON RELACIÓN A LA CONFIANZA/DESCONFIANZA EN LAS INTERVENCIONES ESTATALES

Tomando como invitación el abordaje de la confianza y la desconfianza como un continuum, sin establecer distinciones excluyentes, dicotómicas y/o antagonicas, es que se propone el siguiente diagrama. El recorrido con relación a las políticas sociales podría presentarse a partir del continuum entre confianza/desconfianza tomando como criterio organizador el diseño de la intervención estatal, la población receptora y los “otros” actores involucrados.

Diagrama 1
Confianza y desconfianza en las políticas sociales



Fuente: elaboración propia.

La confianza sustituye a los recursos de control social y ayuda a economizar “los costos” involucrados en cualquier tipo de interacción. Ello implica que cuando existe confianza, no es necesario monitorear a aquellos en quienes se puede confiar, ni se requiere comprar lo que confía ofrecerán voluntariamente, ni existe la necesidad de obligar a actuar o comportarse de determinada manera (Offe, 1999). Cuando no hay confianza, entonces, emergen y toman visibilidad una serie de mecanismos tendientes a acreditar, sancionar y monitorear el ser y hacer dentro de las intervenciones estatales.

En las políticas sociales, este tipo de controles implican y afectan desde aquellas medidas vinculadas a lo que hemos denominado condicionalidades en las intervenciones estatales de transferencias de ingresos (De Sena, Cena y Dettano, 2019), pasando por las penalidades

que suelen incorporar (retención de un porcentaje de la transferencia hasta tanto se acredite el cumplimiento de la condicionalidad y/o baja de la política social ante su incumplimiento) hasta las prácticas de las propias personas receptoras vinculadas al monitoreo, búsqueda de canales formales e informales para hacer el seguimiento de una determinada política social.

Tanto la confianza como la desconfianza se encuentran íntimamente vinculadas, y la confianza comienza allí donde se abandonan los diversos medios y mecanismos de seguimiento, donde las personas renuncian al impulso de calcular, hacer cumplir y monitorear. La presencia de confianza alivia a los actores de la sospecha y la vigilancia (Sztompka 1999, p. 43) y las costosas medidas para controlar cada detalle del comportamiento de los demás. Bajo este paraguas analítico la desconfianza puede observarse en el diseño de una política social Argentina, como la Asignación Universal por Hijo. Un programa de transferencias condicionadas de ingresos, masivo en su implementación (De Sena, 2011) que les solicita a las familias receptoras que acrediten determinados cumplimientos con relación a los cuidados sociales de las niñeces y juventudes presentes en el hogar:

Hasta los cuatro (4) años de edad —inclusive—, deberá acreditarse el cumplimiento de los controles sanitarios y del plan de vacunación obligatorio. Desde los cinco (5) años de edad y hasta los dieciocho (18) años, deberá acreditarse además la concurrencia de los menores obligatoriamente a establecimientos educativos públicos. f) El titular del beneficio deberá presentar una declaración jurada relativa al cumplimiento de los requisitos exigidos por la presente y a las calidades invocadas, de comprobarse la falsedad de algunos de estos datos, se producirá la pérdida del beneficio, sin perjuicio de las sanciones que correspondan. (AUH, 1602/20)

La desconfianza en tanto control de condicionalidades excede el establecimiento de normas y regulaciones, para instalarse así en una política de la sospecha de las personas destinatarias, una sospecha desigualmente instalada en términos de clase (para un análisis de a quiénes le solicitan o retienen importes con relación a las niñeces y juventudes, ver De Sena, Cena y Dettano, 2019). La confianza de esta manera se puede medir mediante bajas inversiones en información, monitoreo y sanción y su anverso constitutivo la desconfianza cuando diversas estrategias, medidas de control y penalizaciones se hacen presente. Continuando con la misma intervención estatal se sostiene que:

El ochenta por ciento (80%) del monto previsto en el primer párrafo se abonará mensualmente a los titulares de las mismas a través del sistema

de pagos de la Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES). El restante veinte por ciento (20%) será reservado en una Caja de Ahorro a nombre del titular en el Banco de la Nación Argentina percibido a través de tarjetas magnéticas emitidas por el banco, sin costo para los beneficiarios. Las sumas podrán cobrarse cuando el titular acredite, para los menores de cinco (5) años, el cumplimiento de los controles sanitarios y el plan de vacunación y para los de edad escolar, la certificación que acredite además, el cumplimiento del ciclo escolar lectivo correspondiente. La falta de acreditación producirá la pérdida del beneficio. (AUH, 1602/20)

La sanción o penalidad es uno de los mecanismos que implementan las políticas sociales para saldar las distancias entre confianza/desconfianza. Tanto las retenciones como las sanciones (dar de baja) son un modo de monitorear la acción y las expectativas, constituyen disposiciones que obligan a cumplir o que pretenden acreditar, dar crédito, certificar la veracidad de los actos, volviendo a las personas receptoras “merecedoras” de las transferencias estatales.

Estas medidas se han justificado como un modo para lograr apoyo y aceptabilidad a las transferencias por parte de las poblaciones (Fiszbein y Schady, 2009). Las condicionalidades están basadas en el criterio de la desconfianza —so pretexto de tranquilizar a los no receptores de las transferencias (Cecchini y Madariaga, 2011)— en tanto que en algunos casos se realiza una retención porcentual del monto hasta que las condicionalidades sean cumplimentadas. Adicionalmente, las contraprestaciones dialogan con la ocupabilidad (De Sena, 2016) en tanto estrategia que superpone, supone y refuerza el “estar haciendo algo” en el vínculo que supone la intervención estatal. El no ser digno de confianza, particularmente en las políticas sociales, implica que se requieran estrategias que salden, que suturen esa falta de fiabilidad, sobre todo cuando es aplicado desigualmente de acuerdo con el lugar que se ocupe en la estructura social.

Ahora bien, si continuamos con el continuum que significa la confianza y la desconfianza, como puede observarse en el Diagrama 1, la desconfianza emerge con fuerza cuando se diseñan, ejecutan e implementan mecanismos de monitoreo particularmente en las políticas sociales, porque como ya han documentado otros escritos (Danani, 2009), el encontrarse en condiciones de pobreza o desigualdad nunca ha sido razón suficiente para ser destinatario de una política social. Si en la cita precedente la acreditación del cumplimiento con los cuidados sociales se encuentra en íntima vinculación y desigualmente distribuida en términos de condición y posición de clase, en la cita que compartimos a continuación la desconfianza emerge con relación a las juventudes y la conformación de un hogar diferente al de origen: “Cuando el solicitante tenga menos de 25 años, deberá acreditar un

domicilio de residencia distinto al de sus padres para que se lo asimile a un grupo familiar unipersonal” (MTEySS, 2020).

El encontrarse en condiciones de pobreza, se ha complementado con cuestiones etarias, de género, de lugar de residencia, de mínimas y máximos a quienes cubrir (como cantidad de meses, cantidad de hijos e hijas, etc.). En el extracto que compartimos, el Ingreso Familiar de Emergencia, una política social de transferencias de ingresos implementada en Argentina durante el año 2020 en el contexto de pandemia sostenía una serie de restricciones y sospechas con relación a la población joven. Este requisito no solamente desconoce las condiciones de hacinamiento, asentamientos precarios y más de un núcleo familiar en una misma locación, sino que también proyecta una mirada sobre la población destinataria que desconoce que las juventudes se encuentran particularmente afectadas por las condiciones de pobreza y desempleo, las condiciones de hacinamiento en Argentina y la creciente proporción de población joven en las políticas sociales (Cena, 2020). Adicionalmente, la sospecha, la desconfianza permea el diseño de la política social al suponer, proyectar y sostener determinadas expectativas con relación a los comportamientos de la población receptora. En este caso, con relación a la “cantidad” de receptores susceptibles de incorporarse al IFE.

Por otro lado, las instituciones son dignas de confianza, en la medida en que emergen razones para confiar en aquellos que están involucrados en ellas, en este caso, aquellos agentes estatales que se encuentran afectados e involucrados en la interpretación, ejecución y acción de las instituciones. Los programas de transferencias de ingresos con componente laboral durante la pandemia en la provincia de Córdoba, Argentina, se vieron suspendidos durante un período de tiempo. La modalidad de informar tal suspensión —más allá de la interrupción misma de la transferencia de ingresos— implicó que se despertara el descreimiento, la desconfianza con relación a la política social:

Quando arrancó la pandemia al principio seguíamos trabajando desde casa, pero creo que fue una semana, y después ya nos mandaron un mensaje de texto muy informal, diciendo que se daba de baja el plan hasta nuevo aviso. No nos dijeron más que eso, bueno ahí el grupo este que te digo, algunos les llegó un mail, a algunos un mensaje de texto como a mí. Al principio no me lo creí porque era un mensaje de texto que tenía todas las palabras abreviadas, no era nada oficial. (E27, entrevista)

Cuando se presentan situaciones de desconfianza, se movilizan toda una serie de actividades invirtiendo tiempo, recursos y disposiciones para saldar la brecha entre comportamiento y la credibilidad o la

fianza del otro (Offe, 1999). En el caso de la población receptora de las intervenciones estatales, cuando la información escasea o no es certera, cuando la desconfianza se hace presente, emergen una serie de mecanismos y estrategias vinculadas a la búsqueda de información, compartir dudas e inquietudes, identificar estrategias a seguir, etc. Tal es la situación de los grupos de Facebook y WhatsApp que nuclean a un número masivo de personas receptoras (Dettano y Cena, 2020) de políticas sociales con el propósito de saldar las situaciones de desconfianza:

La verdad... eeeh, no. Nadie nos informó nada, ni siquiera la asistente social de acá, todo lo que yo me pude ir enterando fue por un grupo que había por Face (se refiere a Facebook) de los planes. Por MI, Pila² y todo eso y que ahí bueno, todos nos íbamos comentando y nos íbamos asesorando unos con otros, pero no, no, no recibí información de nadie. (E13, entrevista)

El vínculo entre confianza/desconfianza con relación a las políticas sociales, se vincula a las expectativas socialmente aprendidas e incorporadas acerca de qué esperar, cómo conformar las expectativas con relación a la intervención estatal, pero también, con relación a las otras personas recetoras, otros canales de información, otros actores estratégicos. La desconfianza, desde esta perspectiva, se posiciona como una categoría susceptible de rastrear en las políticas sociales, que involucra una serie de prácticas que, como la vigilancia, el resguardo y la sospecha, dialogan con otro tipo de situaciones como los miedos y la incertidumbre. La desconfianza se expresa en la sospecha respecto a continuidad o no de una política social en el contexto de pandemia y el miedo:

Sí, me dijeron por el tema de la pandemia y no te dan mucho lugar para explicarte. Sí, es raro porque no creo que de la provincia dejen de mandar lo que están mandando estudiantilmente, pero bueno, uno tampoco se puede poner a cuestionar eso, porque si se quieren poner en desgraciados, por así decirlo, te dicen “bueno, pero vos ya tenés otra situación económica y no te lo mereces”, y te lo sacan. (E2, entrevista)

La desconfianza, es esa sensación que se presenta, en general, cuando se des-conoce el modo de proceder del otro y cuando el otro posee “antecedentes” que atentan contra su capacidad de fianza (Cervio, 2019),

2 Refiere a dos programas de la Provincia de Córdoba: Pila (Programa de Inclusión Laboral para Adultos Varones) y al Por Mí — Programa de Experiencia Laboral de jornada corta para mujeres.

o cuando su comportamiento resulta, *a priori*, impredecible, no acorde a lo socialmente esperado. La desconfianza se ha ido constituyendo en una categoría social y analítica central para explorar las sensibilidades de las poblaciones que participan de las políticas sociales, en tanto no solo involucra las prácticas de resguardo personal, sino que también moviliza otros sentires como la incertidumbre, la falta de certezas, el miedo, preformando el ser receptor de una política social. Retomar la desconfianza desde una sociología de los cuerpos/emociones, permite advertirla como sensación y como “forma de socialización” (Cervio, 2019), en tanto saber hacer compartido, un horizonte común en el marco de las políticas sociales.

Estas expresiones de desconfianza conviven asimismo con instancias de confianza y “saltos de fe” entre aquellos que influyen en el ciclo vital de la intervención estatal. Dentro de los actores no estatales, podemos comenzar por los grupos de Facebook y de WhatsApp de receptores de programas sociales que comparten inquietudes, capturas de pantalla de sus cuentas bancarias, datos personales etc., pasando por el sector socio-productivo que participa como espacio de desempeño de las contraprestaciones (Cena, 2020), hasta aquellos actores no estatales involucrados en los procesos de asesoramiento, inscripción y difusión de información de las políticas sociales. En el fragmento de entrevista que compartimos a continuación actores no estatales, involucrados individualmente en la gestión de la política social en el contexto de pandemia, aluden a las relaciones entre confianza y desconfianza:

Claro, lo que necesitábamos sí o sí era poder ingresar a “mi ANSES”, mucha gente tenía —ya contaba con una clave— pero nunca habían sabido por qué la tenían realizada. Entonces, yo les solicitaba que necesitaba el DNI y enseguida me lo pasaban, la gente no es que desconfiaba. Por ahí uno piensa, pasar una foto del DNI es medio complejo; pero yo, automáticamente, la gente me pasaba la foto, les pasaba yo una foto anotando los datos de lo que la página me solicitaba. La confianza era mutua, yo con ellos y ellos conmigo, gracias a dios no tuvimos inconvenientes. Pero siempre y cuando ellos se vean beneficiados, por eso mismo la confianza, porque veían que el trámite estaba realizado. (E17, entrevista)

La confianza suele ser ciega en ese momento, no te piden mucha explicación al respecto; “necesito la foto de tu documento”, fa (sonido de onomatopeya), tomá la foto de mi documento, “necesito tu CUIL”, muchos no sabían el CUIL, entonces también el proceso de buscar el CUIL. (E5, entrevista)

El ser parte, participar de una política social, también implica una diferenciación con relación a la posibilidad de ser o adquirir confianza. Pues la confianza o no, ya lo dijo Offe (1999), también es diferente (y los riesgos de confiar o no, y la posibilidad de saldarlos) con relación a lugar que se ocupe en la estructura social. La confianza, como “salto de fe” convive con la incertidumbre en tanto modo de ser y estar en el mundo, marcado por la falta de fianzas, de certezas (Dettano y Cena, 2021). Con este horizonte, emerge como objeto de confianza/desconfianza también el proceso de inscripción y acceso al cobro.

REFLEXIONES

El propósito de este escrito fue analizar las políticas sociales de transferencias de dinero, implementadas en la provincia de Córdoba, Argentina, desde una sociología de los cuerpos/emociones. Lo primero a subrayar es la centralidad de las políticas sociales en las sociedades contemporáneas. Ello no solamente porque en Argentina desde febrero de 2020 se han implementado diversas medidas que podrían ser conceptualizadas bajo el paraguas de las políticas sociales y que muestran justamente ese carácter vertebrador, sino porque intervenciones similares venían implementándose en Argentina y se han llevado a cabo en otros países del Sur Global (De Sena, 2018).

A contraluz de la pandemia se vuelve nodal observar algunas constantes, como por ejemplo algunos sentires y vivencias con relación a las intervenciones estatales como aquellas atravesadas por la confianza y la desconfianza. Tener que demostrar el merecimiento, acreditar el cumplimiento y respaldar las prácticas vinculadas al trabajo y al cuidado (como se ha expuesto previamente) forma parte de los modos de ser/estar en las políticas sociales y de los modos en que estas también suponen un modo de ser destinatario. Adicionalmente, ser parte de la población receptora de las políticas sociales implica experimentar la desconfianza frente a una potencial baja, penalización o suspensión de un programa social. Experimentar la desconfianza moviliza diferentes prácticas que hemos visto van desde la identificación de canales paralelos para saldarla hasta la experimentación de emociones como el miedo o la inseguridad de reclamar. En este punto, recuperar la problematización de la desconfianza desde la sociología de los cuerpos/emociones, habilita a tensionarla como “forma de socialización”, en tanto saber hacer compartido, un horizonte común en el marco de las políticas sociales. Estas situaciones de desconfianza conviven con espacios compartidos de confianza, de “saltos de fe” frente a la incertidumbre y el riesgo, que involucran en este caso a actores otros que influyen también en el ciclo vital de la intervención estatal.

El *continuum* entre confianza y desconfianza es una forma de estar, habitar y vivenciar las políticas sociales. Ello se traduce en una manera de experimentar el presente atravesado por la incertidumbre, el miedo, la desconfianza frente a las políticas sociales como componente central de reproducción de la vida en contextos de desigualdad. En este escenario, junto al miedo y la incertidumbre, la desconfianza se posiciona como un modo de “resolver”, de saldar las expectativas que supone el ser receptor de una política social en contexto de desigualdad. Ante el desconocimiento respecto al desenvolvimiento de la intervención estatal, la desconfianza emerge como una sensación que se hace cuerpo, se internaliza y permea las prácticas cotidianas tendientes a evitar la exposición del conflicto social. Como tal, orienta las expectativas comunes, direcciona cómo manejarse y comportarse con relación a la intervención estatal y los agentes estatales, e intensifica otro tipo de prácticas vinculadas a la búsqueda de vías y canales alternativos para saldar, achicar, compensar la falta de certidumbre.

BIBLIOGRAFÍA

- Adams, B. (2005). Trust vs. confidence (Informe). HumanSystems Inc./DRDC. Disponible en: <https://cradpdf.drdc-rddc.gc.ca/PDFS/unc48/p524541.pdf>
- Adelantado, J. (2000). Las políticas sociales (manuscrito no publicado). Barcelona.
- Administración Nacional de la Seguridad Social (ANSES) (2009). Asignaciones Familiares. Decreto 1602/2009. Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/155000-159999/159466/norma.htm>
- Barbalet, J. (2009). A characterization of trust and its consequences. *Theory and society*, 38(4), 367-382.
- Barba-Solano, C. (1995). La política social desde una perspectiva sociológica. *Espiral Estudios sobre Estado y Sociedad*, 2(4): 27-41.
- Barber, B. (1987). Trust in science. *Minerva*, 25(1-2), 123-134. Disponible en: <https://doi.org/10.1007/BF01096860>
- Bauman, Z. (2006). *Confianza y temor en la ciudad. Vivir con extranjeros*. Barcelona: Arcadia.
- Brange Flores, A. (2014). *La confianza social en América Latina. Una aproximación sobre los determinantes individuales y contextuales de la confianza generalizada en Latinoamérica* (Tesis de Magíster en Sociología), Pontificia Universidad Católica de Chile. DOI: 10.13140/2.1.1028.6406

- Castel, R. (1997). *La Metamorfosis de La Cuestión Social*. Buenos Aires: Paidós.
- Cecchini, S. y Madariaga, A. (2011). *Programas de transferencias condicionadas: balance de la experiencia reciente en América Latina y el Caribe*. Cepal.
- Cena, R. (2014). Imagen Mundo y Régimen de sensibilidad. Un análisis a partir de las políticas sociales de atención a la pobreza implementadas en Argentina. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (RELACES)*, 6(14), 81-93.
- Cena, R. (2018). Políticas Sociales desde un abordaje de la complejidad: programas de transferencias condicionadas de ingresos, juventudes y trabajos de cuidados sociales en la provincia de Córdoba. En Cena, R. (Comp.), *Políticas sociales y cuestión social en la Argentina del siglo XXI* (pp. 157-182). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cena, R. (2019). Políticas Sociales y Emociones en el Siglo XXI: reflexiones sobre el miedo en las poblaciones destinatarias de programas sociales. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 13(2).
- Cena, R. (2020). Pandemia por Covid-19 y los desafíos de avizorar/ocultar problemas sociales. Un análisis desde las políticas sociales como grafías. *AZARBE, Revista Internacional de Trabajo Social y Bienestar*, (9), 93-102.
- Cervio, A. (2019). Desconfianza e interacciones urbanas. Un abordaje desde las sensibilidades sociales. En Cervio, A. y Bustos García, B. (Comps.), *Confianza y políticas de las sensibilidades* (pp. 71-105). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, A. y Bustos García, B. (2019). Confianza y esperanza. Una introducción (posible) a las sensibilidades sociales. En Cervio, A. y Bustos García, B. (Comps.), *Confianza y políticas de las sensibilidades* (pp. 13-27). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, A. y De Sena, A. (2017). Desconfianza y programas sociales en contextos urbanos. Algunas “escenas” en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires. En Camarena Luhrs, Margarita (Coord.), *Vida y vivencia en las ciudades de hoy* (pp. 95-132). México: UNAM.
- Danani, C. (2009) “La gestión de la política social: un intento de aportar a su problematización” (pp. 25-51). En Chiara, Magdalena y Di Virgilio, Mercedes (Org.), *Gestión de la política social. Conceptos y herramientas*. Universidad Nacional de General Sarmiento. Buenos Aires Ed. Prometeo

- De Sena, A. (2011). Promoción de microemprendimientos y políticas sociales: ¿Universalidad, focalización o masividad? Una discusión no acabada. *Pensamento Plural*, (8), 37-63.
- De Sena, A. (2014). *Las políticas hecha cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A. (2016). La ocupabilidad como forma de política social. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 10(2).
- De Sena, A. (2018). *La intervención social en el inicio del Siglo XXI: transferencias condicionadas en el orden global*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- De Sena, A. y Scribano, A. (2020). Social policies and emotions: a look from the Global South. En De Sena, A. y Scribano, A., *Social policies and emotions* (pp. 1-11). Cham: Palgrave Macmillan.
- De Sena, A.; Cena, R. y Dettano, A. (2018). Entre los programas de transferencias condicionadas de ingresos y las asignaciones familiares: disputas por los sentidos alrededor de la Asignación Universal por Hijo para Protección Social en Argentina. *Revista del CLAD Reforma y Democracia*, (72), 233-264.
- De Sousa Santos, B. (2006). *Renovar la teoría crítica y reinventar la emancipación social*. Buenos Aires: CLACSO.
- De Zuani, E. y Ruiz, R. E. (2015). Confianza en la administración pública Argentina. Relación con indicadores internacionales. *Revista Escuela de Historia*, 14 (1), 1-20. Disponible en: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=638/63847647005>
- Dettano, A. (2020). *Políticas sociales y emociones: (per)vivencias en torno a las intervenciones estatales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Dettano, A. y Cena, R. (2020). Precisiones teórico-metodológicas en relación a la definición de Entorno en Etnografía Virtual para el análisis de políticas sociales. *Revista Tsafiqui*, (15), 57-72. Disponible en: <https://revistas.ute.edu.ec/index.php/tsafiqui/article/view/precisiones-teorico-metodologicas-en-relacion-etnografia/555>
- Dettano, A. y Cena, R. (2021). Políticas Sociales en contexto de pandemia: dimensiones de la incertidumbre acerca del Ingreso Familiar de Emergencia en Argentina. *Sphera Publica*, 1(21), 137-158.

- Donati, P. y Lucas, A. (1987). La política social en el estado de bienestar: el desafío de los sistemas complejos. *REIS*, (37), 57-68.
- Donzelot, J. (2007). *La invención de lo social: ensayo sobre el ocaso de las pasiones políticas*. Ediciones Nueva Visión.
- Faleiros, V. (2000). Las funciones de la política social en el capitalismo. *La política social hoy*, 103-118.
- Fiszbein, A. y Schady, N. (2009). Transferencias monetarias condicionadas: reducción de la pobreza actual y futura. *The World Bank*.
- Fukuyama, F. (1990). ¿El fin de la historia? *Estudios públicos*, (37), 5-31.
- Grassi, E. (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal: la otra década infame*. Buenos Aires: Editorial Espacio.
- Güemes, M. (2014). El papel del Estado y el impacto de las políticas públicas en la creación-destrucción de la confianza social: Latinoamérica y Argentina bajo la lupa (Disertación Doctoral, Universidad Complutense de Madrid).
- Güemes, M. y Hernández-Bonivento, J. (2014). Confianza, instituciones informales y políticas públicas, una compleja relación pendular. *Gestión y Análisis de Políticas Públicas*, (12).
- Hernández Sampieri, R.; Fernández Collado, C. y Baptista Lucio, P. (2014). *Metodología de la investigación*. México: McGraw Hill.
- Herreros Vázquez, F. (2003). Las fuentes de la confianza social. *Revista Internacional de Sociología*, 61(35), 151-175.
- Herreros Vázquez, F. (2004). ¿Por qué confiar? Formas de creación de confianza social. *Revista mexicana de sociología*, 66(4), 605-626.
- Lozano, J. (2003). En torno a la confianza. *CIC, Cuadernos de Información y Comunicación*, 8, 61-70.
- Luhmann, N. (2000). Familiarity, confidence, trust: Problems and alternatives. *Trust: Making and breaking cooperative relations*, 6(1), 94-107.
- Luhmann, N. (2005). *Confianza*. Barcelona: Anthropos Editorial.
- Mac Auslan, I. y Riemenschneider, N. (2011). Richer but resented: What do cash transfers do to social relations?" *IDS Bulletin*, 42(6), 60-66.
- Mediavilla, P. (2016). La confianza en cuestión. Aproximación crítica a las teorías contemporáneas (Disertación Doctoral, Universidad Carlos III de Madrid).

- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (MTEySS) (2020). Resolución 8/2020. Disponible en: <http://servicios.infoleg.gob.ar/infolegInternet/anexos/335000-339999/335963/norma.htm>
- OCDE (2019). *How's life in the province of Córdoba, Argentina?* París: OECD Publishing. Disponible en: <https://doi.org/10.1787/97f189b1-en>
- Offe, C. (1990). *Contradicciones en el Estado del Bienestar*. Madrid: Alianza Editorial.
- Offe, C. (1999). How can we trust our fellow citizens? *Democracy and trust*, 52, 42-87.
- Orellana López, D. M. y Sánchez Gómez, C. (2006). Técnicas de recolección de datos en entornos virtuales más usadas en la investigación cualitativa. *Revista de Investigación Educativa*, 24(1), 205—222. Disponible en: <https://revistas.um.es/rie/article/view/97661>
- Quattrini, D. (2018). Entrevistas por WhatsApp. Algunas reflexiones metodológicas sobre las sensibilidades de los emprendedores dinámicos. En Gandía, C. et al. (Comps.), *Metodologías de la investigación: estrategias de indagación II* (pp. 177-196). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Rosanvallon, P. (2006). Democracia y desconfianza. *Revista de estudios políticos*, (134), 219-237.
- Sánchez, C. (2012). La confianza: aproximaciones teóricas y propuesta sistémica para su abordaje en las ciencias sociales. *Século XXI: Revista de Ciências Sociais*, 2(1), 168-199.
- Schutz, A. y Luckmann, T. (2009). *Las estructuras del mundo de la vida*. Buenos Aires: Amorrortu/Editores
- Scribano, A. (2019). El amor filial como acción colectiva y confianza. *Sociologías*, 21(52), 104-131. Disponible en: <https://doi.org/10.1590/15174522-91368>
- Scribano, A.; De Sena, A. y Cena, R. (2015). Social policies and emotions in Latin America: A theoretical approach to their analysis. *Corvinus Journal of Sociology and Social Policy*, 6(2)
- Simmel, G. (1977). *Filosofía del dinero*. Madrid: Instituto de Estudios Políticos.
- Simmel, G. (2014). El secreto y la sociedad secreta. En Simmel, G. *Sociología: estudios sobre las formas de socialización* (pp. 371-423). México: Fondo de Cultura Económica.
- Solanilla, M. (2007). La metodología cualitativa para la investigación en ciencias sociales. Una aproximación “mediográfica”. *Intersticios. Revista sociológica de pensamiento crítico*, 1(1).

- Sztompka, P. (1999). *Trust: A sociological theory*. Cambridge University Press.
- Taylor, S. y Bogdan, R. (1994). *Introducción a los métodos cualitativos de la investigación*. Barcelona: Paidós Ibérica.
- Titmuss, R. (1974). *Política Social*. Barcelona: Ariel.
- Tonkens, E.; Grootegoed, E. y Duyvendark, J. (2013). Introduction: Welfare state reform, recognition and emotional labour. *Social Policy and Society*, 12(3), 407-413.
- Valles, M. (2000). *Técnicas cualitativas de investigación social*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Voutssás Márquez, J. (2017). *Confianza e información digital: bibliotecas, archivos y web*. México: Instituto de Investigaciones Bibliotecológicas y de la Información, UNAM.
- Yáñez Gallardo, R.; Ahumada Figueroa, L. y Cova Solar, F. (2006). Confianza y desconfianza: dos factores necesarios para el desarrollo de la confianza social. *Universitas Psychologica*, 5(1), 9-20.

EMPREGO DOMÉSTICO NA PANDEMIA DA COVID-19 NO BRASIL: CONDIÇÕES DE TRABALHO, VIOLÊNCIAS E CUIDADO FAMILIAR

Silvana Maria Bitencourt e Cristiane Batista Andrade

*“Os dias voam
E os meses passam
E os anos se vão
E eu aqui na mesma situação:
D.O.M.É.S.T.I.C.A”
Preta Rara*

INTRODUÇÃO

A ideia inicial das autoras de analisar o trabalho doméstico remunerado no Brasil surgiu a partir das experiências delas com o trabalho de cuidado, pois é um tema desenvolvido por ambas. Assim, ao aprofundarmos as pesquisas sobre a mercantilização do cuidado familiar, o trabalho doméstico desempenhado, sobretudo, pelas mulheres negras (Andrade, Martins e Bitencourt, 2021) aparece como uma das formas de subsistência e de exploração ao longo de toda a história da escravidão dos povos africanos, tema recorrente em pesquisas sobre o trabalho de mulheres negras (Davis, 2016; Collins, 2019).

Dessa maneira, ao entrarmos em contato com as produções dos feminismos negros e/ou decoloniais, a perspectiva da racialização do trabalho remunerado doméstico é importante para o diálogo teórico nos estudos sobre o cuidado: “São extremamente necessárias mais pesquisas de orientação feminista negra que investiguem o impacto das intersecções de raça e gênero nas experiências de trabalho das mulheres negras da classe trabalhadora” (Collins, 2019, p. 124), pois elas, atualmente, estão, em sua maioria, no emprego doméstico, no cenário brasileiro.

Portanto, como mulheres brancas feministas, é importante situarmos o nosso lugar enquanto acadêmicas, este que ainda é mar-

cado pela branquitude, na qual a discussão sobre os privilégios de ser branco/a ainda é, de modo geral, incipiente ou negado na academia. E, nesse sentido, repensar a nossa formação enquanto feministas e brancas é reconhecer as inúmeras contradições e, especialmente, as explorações capitalistas e o racismo vividos pelas mulheres não brancas, como as negras e indígenas. Outrossim, cabe redirecionar a perspectiva de um feminismo que não tome o lugar de outras mulheres, mas que valorize as suas produções e, assim, suas pautas, conquistas e avanços, como no caso dos feminismos negros.

Ao optarmos pelas análises do emprego doméstico no Brasil, é impossível fazê-las sem o contexto histórico dos processos de colonização e de escravização dos povos originários e negros que os exploraram, os violentaram e os mataram, inclusive, em nome do desenvolvimento capitalista (Quijano, 2005; Davis, 2016; Borges, 2021). E, em se tratando das explorações e exclusões do sistema capitalista contemporâneo, as desigualdades sociais recaem, em especial, nas mulheres negras (Carneiro, 2011; Davis, 2016; Borges, 2021).

Dessa forma, a partir do referencial teórico dos estudos feministas e decoloniais, este texto tem como objetivo analisar as situações do trabalho doméstico e o cuidado familiar na pandemia da Covid-19, no Brasil. Para o desenvolvimento do texto, realizamos uma parte introdutória com a problematização do tema do trabalho doméstico e a sua precariedade, assim como as contribuições dos estudos feministas de mulheres negras e decoloniais, pois permitem elucidar as questões de como se configuram as condições precárias de trabalho e os lugares destinados às mulheres negras no Brasil.

Em seguida, apresentamos os caminhos que nos levaram às análises de mídias jornalísticas sobre as vivências de trabalhadoras domésticas na pandemia e seus inúmeros desafios para, posteriormente, analisarmos as precárias condições de trabalho, o racismo e outras violências vividas por elas, e o cuidado de si, de seus filhos e familiar.

O EMPREGO DOMÉSTICO NO BRASIL: VESTÍGIOS DA ESCRAVIZAÇÃO, PRECARIIDADE E A NECESSIDADE DE SUBSISTÊNCIA FAMILIAR NA PANDEMIA

O processo de escravização dos povos originários e africanos com a colonização das Américas trouxe “novas configurações histórico-estruturais” (Quijano, 2005, p. 118), uma vez que os europeus, ao colonizarem em nome do desenvolvimento econômico, político e cultural, estratificam os seres humanos em raças. E, nesse sentido, o processo de dominação e de exploração segregou os colonizadores (brancos), tidos como os “superiores”, e os escravizados/colonizados (povos originários e africanos) como os “inferiorizados”. Não sem razão, este

histórico foi vivido nas Américas e deixou marcas na sua constituição, como o racismo e a divisão racial do trabalho, pois negros, indígenas e mestiços foram escravizados e forçados a trabalharem até a exaustão e morte, sem o direito e condições sociais de estarem em postos de trabalho destinados aos homens brancos (Quijano, 2005).

Com isso, o contexto histórico da colonização afetou, sobretudo, os negros, então, a eles cabiam “os empregos vis, manuais e não intelectuais” (Collins, 2019, p. 107). E as mulheres negras, que sempre trabalharam ao longo da história tanto na esfera da produção (escravização) quanto nos espaços familiares, como os cuidados com os filhos e familiares, não recebiam salários, logo, não gozavam de direitos humanos fundamentais, pois não eram tratadas como cidadãs, e sim como “corpos estranhos”. A ciência moderna ocidental, por meio de suas teorias naturalistas do século XIX, colaborou com seus discursos a fim de afirmar a inferioridade física, intelectual e emocional de corpos que não se enquadravam na referência branca, europeia, cristã e masculina (Martins, 2004; hooks, 2020). Seus filhos aprendiam, desde muito cedo, o trabalho na agricultura e na lavoura, e estavam, de certa maneira, sem que elas quisessem, sendo preparados como mão de obra para o sistema capitalista, que sempre os exploraram (Davis, 2016; Collins, 2019).

É importante considerarmos as repercussões da branquitude nesse processo de colonização e de escravização, já que a elite branca usufruiu delas, mesmo que sequer fossem visibilizadas, pois há interesses econômicos a favor de um grupo: o dos brancos. Ou seja, a branquitude opera para a manutenção da exploração e do exercício do poder: “Então, é importante, tanto simbolicamente quanto concretamente, para os brancos, silenciar em torno do papel que ocuparam e ocupam na situação de desigualdades raciais no Brasil” (Bento, 2014, p. 28), o que apaga e/ou silencia os privilégios brancos ao longo do tempo.

Portanto, reconhecer os privilégios brancos (Bento, 2014) na sociedade capitalista é pensar em quem pode ou não fazer o isolamento social nesse momento pandêmico. Se há a discriminação e a divisão racial e sexual do trabalho (Gonzalez, 2020), isso implica pensar nos corpos que podem fazer o isolamento social e aqueles que não podem. No caso das empregadas domésticas, em sua maioria negras, estas continuam a cuidar exaustivamente das casas que não são suas, assim como dos filhos que não são seus, em atividades precarizadas, extenuantes e com pouca valorização social (Andrade, Martins e Bittencourt, 2021).

E, assim, não sem razão, o emprego doméstico é considerado um tipo de trabalho penoso, intenso e opressor, que congrega grande par-

te da força de trabalho das mulheres negras (Davis, 2016). No Brasil, de acordo com os dados nacionais, em 2020, havia 4,9 milhões de trabalhadores domésticos (92% são mulheres), as mulheres negras somaram 3 milhões, ou seja, 65%. Ressaltamos que houve a diminuição dos contratos formais de trabalho de um ano para outro, ou seja, subiu de 73% (2019) para 75% (2020) as trabalhadoras que não possuíam carteira assinada nesse período. Na mesma perspectiva de precarização do trabalho, houve diminuição salarial de um ano para outro: de 924 reais, em 2019, para 876 reais, em 2020. Além disso, são as mulheres negras que recebem 15% a menos (Departamento Inter-sindical de Estatística e Estudos Socioeconômicos [DIEESE], 2021).

O trabalho doméstico é desvalorizado e isso tende a impactar diretamente a vida dessas mulheres, causando letargias para mudanças efetivas que este tipo de trabalho precisa, considerando que muitas trabalham ainda na informalidade, submetendo-se para conseguir obter renda para pagar aluguel, água, luz e comprar alimentos, por exemplo. A grande maioria tem baixo grau de escolarização, e o setor doméstico apresenta-se como uma saída para a sobrevivência (Duarte, 2020).

Atualmente, para que as mulheres brancas possam desempenhar o trabalho na esfera produtiva, o que já vem sendo discutido na literatura, as mulheres das classes média e alta compram o trabalho doméstico de mulheres negras, pobres e de baixa escolarização (Hirata, 2016; Carneiro, 2011, 2020) para construírem suas carreiras profissionais.

É certo que empregar uma mulher com este perfil socioeconômico no emprego doméstico contribui para a sua sobrevivência. Contudo, tal relação social, historicamente produzida entre um ideal de feminilidade burguesa e os “corpos estranhos” que foram historicamente silenciados (hooks, 2017), reafirma uma sociedade marcada por desigualdades de gênero entre as próprias mulheres e a permanência de uma estrutura social movida por uma lógica capitalista, racista e patriarcal (hooks, 2020), na qual a análise de gênero fica comprometida sem o diálogo efetivo com outros marcadores sociais, como classe e raça (Gonzalez, 2020).

A lógica pautada na herança escravocrata tem contribuído para explorar mulheres negras, oferecendo o mínimo para continuarem trabalhando, muitas vezes, sendo exploradas sem garantia de direitos trabalhistas, decidindo se submeterem à informalidade para sobreviver, logo, sem uma perspectiva de um projeto futuro para si e para os seus filhos (Hirata, 2016; Davis, 2016). Logo, considerando o número de diaristas que as famílias brasileiras contrataram, não garantindo direitos trabalhistas assegurados para estas, algumas, além de serem

pobres e negras, também já estão com idade avançada e com doenças crônicas causadas pelo tipo de trabalho “pesado” que executam.

Nesse sentido, a pandemia do novo coronavírus, que emergiu no Brasil em março de 2020, tem extrapolado as desigualdades sociais entre brasileiros/as, já que o país retornou ao mapa da fome, do qual tinha saído em 2014 (Fontana, 17 de julho de 2020). Certamente este resultado é um sinal da introdução violenta de uma política neoliberal endossada e executada pelo atual governo que, desde o início da pandemia, sustenta o discurso que a “economia não pode parar” (Caponi, 2020; Gomes et al., 2020). Logo, a saúde da população tem ficado em segundo plano (Tavares, 20 de abril de 2020). O resultado da ineficiência de uma política de saúde eficaz para o enfrentamento da pandemia é que, em 27 de julho de 2021, somaram-se mais de 550 mil mortes de brasileiros/as pelo vírus. Ademais, ressaltamos que as trabalhadoras domésticas não foram prioridade no Programa Nacional de Imunização (PNI) para a vacinação contra a Covid-19.

Os números refletem também muitos/as outros/as brasileiros/as que estão sem seus entes por uma morte que poderia ser evitada, que hoje pedem justiça, publicando suas dores a partir das mídias sociais e jornalísticas, por exemplo, indo de encontro aos movimentos para o *impeachment* do atual presidente.

A execução de um plano nacional de imunização iniciou-se no Brasil tardiamente, em janeiro de 2021, pois a prioridade da vacina para salvar a população foi camuflada mediante um discurso governamental que apostava no tratamento precoce por meio do *Kit Covid-19*, assim como na ideia violenta de uma “imunidade de rebanho”, que garantiria que, se o/a cidadão/ã se contaminasse, criaria a tal proteção para a doença e logo seria viável toda população se contaminar.

Nesse contexto, diversas *fake news* se propagavam, colocando não apenas os/as apoiadores/as convictos/as da política do atual governo a fim de descartar a necessidade da vacina, como também a população pouco informada acerca da eficácia da vacina.

Consideramos que, desde o início da pandemia, a pobreza e o racismo são evidenciados, reatualizando-se a partir das relações sociais mantidas e estabelecidas mascaradas mediante o mito da democracia racial (Carneiro, 2011). Como exemplo, dois casos emblemáticos foram de mulheres que trabalhavam no setor doméstico (Bitencourt, 2020): uma contaminada pela empregadora, que voltou da Itália e, mesmo já apresentando sintomas da doença, não avisou a empregada, que foi a óbito na cidade do Rio de Janeiro. O outro caso foi de uma mãe que, por não ter com quem deixar seu filho, Miguel, de cinco anos, saiu para trabalhar com ele e, em um momento do dia, foi levar

o cachorro da empregadora passear, esta não cuidou do menino, que caiu de um prédio alto da cidade de Recife.

Estes dois casos de óbitos se atualizam a partir de outras mortes de mulheres pobres e negras que trabalham no setor doméstico. Estas que, desde o início da pandemia, vivenciam ainda mais inseguranças e vulnerabilidades frente à sobrevivência e ao sustento de suas famílias.

Refletir sociologicamente sobre quem são essas mulheres brasileiras que realizam o trabalho doméstico para sobreviver e, muitas vezes, tem que vivenciar condições de trabalho abusivas nas casas de famílias brasileiras de classes médias e altas apresenta-se como um desafio para denunciar as falhas e as lacunas do pensamento feminista liberal, que adotou um ideal de feminilidade branca e burguesa, tomando como premissa que pensar no gênero seria suficiente para libertar todas as mulheres das amarras do patriarcado, uma vez que todas atingiriam a igualdade social e política, e entrariam na sintonia de uma sororidade feminista (hooks, 2020), algo que não se concretizou.

De acordo com bell hooks (2020), que aposta na premissa de um feminismo para todo mundo, seria incoerente pensar na proposta feminista sem a necessidade de enfrentar todas as formas de exploração sexista, racista e patriarcal. Assim, é fundamental refletir o gênero a partir da raça e classe: “enquanto mulheres usarem poder de classe e de raça para dominar outras mulheres, a sororidade feminista não poderá existir por completo” (hooks, 2020, p. 36).

Lélia Gonzalez (2020) parte da ideia de que o feminismo brasileiro teve uma repercussão em termos teóricos e práticos, que merecem ser reconhecidos como pautas feministas que se consolidaram a partir de um debate público e reivindicatório, como a questão dos enfrentamentos das violências contra a mulher, sexualidades, direitos reprodutivos etc. Contudo, a autora chama atenção para os esquecimentos da questão racial das feministas brasileiras, algo que as americanas fizeram, isto é, inseriram a questão racial no debate.

Sendo que, no contexto da pandemia da Covid-19, estes equívocos originários do pensamento feminista brasileiro de primeira fase, ou seja, o “refluxo” provocado pelo não reconhecimento do recorte racial em seus pressupostos, trouxe a crítica sobre o que as feministas brancas estavam tomando como foco para analisar o que é ser mulher. Essas feministas alimentaram a ideia naturalizada de uma feminilidade burguesa, que não correspondia à realidade das mulheres negras na família e no mercado de trabalho, pois as trabalhadoras domésticas não foram incluídas na ideia de “igualdade” de gênero em um primeiro momento (Carneiro, 2020).

Considerando tudo que já ocorreu e tem ocorrido com esta categoria profissional durante a pandemia da Covid-19 no Brasil (Duarte,

2020), a situação vivida por essas trabalhadoras denuncia toda a desigualdade social, racial e de gênero que as mulheres pobres, negras e com baixo grau de instrução precisam se submeter para continuar sobrevivendo, perdendo, muitas vezes, a própria vida ou perdendo filhos (Pinheiro, Tokarski e Vasconcelos, 2020).

OS CAMINHOS DA PESQUISA

A pesquisa de cunho qualitativo visa analisar, por meio de mídias jornalísticas nacionais on-line, os depoimentos de empregadas domésticas que estão trabalhando ou que perderam seus empregos em decorrência da pandemia. Desse modo, pretendemos investigar as dificuldades dessas trabalhadoras, as condições de trabalho, o racismo, os estigmas e violências sofridas, e o cuidado de si e familiar.

A pesquisa de abordagem qualitativa procura analisar as vivências e percepções (Minayo, 2017) de trabalhadoras domésticas na pandemia da Covid-19 no Brasil. Por meio do uso de mídias jornalísticas brasileiras, procuramos por reportagens que abordassem a temática do emprego doméstico e as dificuldades e os desafios pelos quais as trabalhadoras domésticas têm passado desde o início da pandemia, no contexto brasileiro.

O uso de mídias jornalísticas tem sido um recurso na pandemia da Covid-19, visto que, em decorrência do isolamento social, ter acesso às trabalhadoras têm sido um desafio (Vedovato et al., 2021; Andrade et al., 2020) para a realização de pesquisas in loco. Ressaltamos que todas as reportagens são de acesso livre, gratuitas e estão disponíveis on-line. A pesquisa, por utilizar as mídias jornalísticas que são de acesso livre e público, dispensa a análise ética. De acordo com a Resolução MS/CNS Nº. 510/2016, os dados de acesso irrestrito não necessitam da apreciação de Comitês de Ética em Pesquisa, uma vez que todos os nomes são omitidos nesta pesquisa.

O levantamento das reportagens foi realizado por meio do uso do Google Notícias, em outubro de 2020, no qual, ao colocarmos como critério de busca “emprego doméstico e pandemia”, apareceram inúmeras notícias sobre o tema pesquisado em, praticamente, todos os estados brasileiros. Dessa forma, após a coleta de cerca de 18 documentos e a realização da leitura flutuante deles, selecionamos 12, pois foram os que mais forneceram conteúdos e depoimentos que pudessem ser explorados na discussão. Cabe ressaltar que os documentos excluídos da pesquisa foram retirados por apresentarem conteúdos similares aos que permaneceram.

Em seguida, de acordo com a metodologia da Análise de Conteúdo de Bardin (Bardin, 2016), após a leitura flutuante, selecionamos, no conjunto das reportagens, as unidades temáticas, a saber: a) Con-

dições de trabalho, racismo e outras violências no emprego doméstico, e b) Emprego doméstico e o cuidado de si e da família na pandemia.

RESULTADOS E DISCUSSÃO

Das 12 reportagens selecionadas, podemos verificar que alguns jornais são de abrangência nacional; outros, de cunho político e denunciativo, e outros, de abrangência local. Sobre o “lugar de fala”, algumas matérias apresentam relatos das próprias trabalhadoras; algumas não se identificam com medo de retaliação; outras apenas utilizam de fontes de pesquisa e de institutos que trabalham diretamente com a causa das domésticas, como é o caso da ONG Instituto Doméstica Legal.

Também constatamos que há muitas consultas feitas às representantes sindicais do emprego doméstico no Brasil. Tais falas expõem as questões trabalhistas que a categoria profissional enfrenta ainda no país. Conforme a presidente do sindicato das domésticas enfatizou: “O setor está em queda livre: a cada 10 atendimentos feitos pela entidade, 8 são de domésticas desempregadas no período. Para nossa categoria, a pandemia ainda está fazendo estrago, o número de doméstica desempregadas está crescendo” (Folhapress, 12 de outubro de 2020).

A partir da leitura do material escolhido, elaboramos o quadro 1, onde estão os principais resultados da pesquisa.

Quadro 1

Nome da mídia jornalística, data e título da reportagem, principais temas abordados, discursos dos empregadores/as e das trabalhadoras domésticas

Nome e data da reportagem	Título da reportagem	Principais temas abordados	Discursos de empregador/a na pandemia	Discursos das trabalhadoras domésticas
<i>Folha Press</i> 12/10/2020	Trabalho doméstico perde 500 mil postos.	Desemprego, demissões e suspensão de contratos de trabalho.	Dispensaram as trabalhadoras devido à diminuição da renda na pandemia. Medo de serem contaminados pelas empregadas domésticas, especialmente crianças e idosos/as.	Perda da renda na pandemia e necessidade de obter ajuda financeira para outras pessoas para pagar as contas.

<p><i>G1</i> 26/06/20</p>	<p>Empregadas domésticas, vítimas da pandemia na América Latina.</p>	<p>Desemprego. Perda total ou parcial de renda. A informalidade intensificou a vulnerabilidade destas trabalhadoras, grande maioria negra e da periferia; algumas, mesmo expostas ao risco, continuaram trabalhando. Cita os casos emblemáticos das trabalhadoras domésticas: uma de 63 anos que foi a óbito no Brasil; o caso do menino Miguel.</p>	<p>Empregador justifica que, devido à pandemia, não poderá mais pagar o serviço.</p>	<p>Perda de renda.</p>
<p><i>O pioneiro</i> 01/07/2020</p>	<p>Pandemia acentua inexistência de garantias para trabalhadoras domésticas.</p>	<p>Pandemia e necessidade de medidas protetivas; impedimento de continuarem trabalhando; informalidade; pouca organização trabalhista ou sindical. Grupo de risco e desemprego.</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Perda de renda, por trabalharem na informalidade, saíram sem pagamentos. Mesmo trabalhando mais dias que uma diarista, a falta de seguridade social impediu receber seus direitos.</p>
<p><i>Agência Brasil EBC.</i> 01/06/2020</p>	<p>Vulnerabilidade de trabalhadoras domésticas aumenta na pandemia.</p>	<p>Vulnerabilidade; informalidade, sem cobertura de direitos trabalhistas. Situações de violências: racismo, assédio moral e sexual, desvalorização de suas atividades pela sociedade, estigmatização e baixos salários. Sobrecarga de trabalho.</p>	<p>Empregadores verbalizam os riscos de as empregadas transmitirem o vírus às suas famílias, pois elas usam transporte público. Renda reduzida, que fez suspender o contrato de trabalho da doméstica e, no caso de trabalhadora com carteira assinada, redução da jornada e do salário.</p>	<p>Sentem que não têm direitos assegurados devido à informalidade no setor.</p>

<p><i>Agência Pública</i> 05/06/20</p>	<p>Trabalhadoras domésticas enfrentam coação de patrões durante pandemia.</p>	<p>Coação de empregadores. Pernoitar na casa do empregador para não usar transporte público. Ameaça de perder o emprego na pandemia, preconceito no emprego. Perda de renda. Falta de direitos assegurados. Medo de morrer e não ter salário para as necessidades básicas. Levar filhos/as para o ambiente de trabalho, expô-los às famílias que não são suas. Feminização da pobreza. Sobrevivência e exclusão social.</p>	<p>Apresenta o caso de uma trabalhadora que dorme na casa da patroa com a filha, mas não receberá aumento salarial.</p>	<p>Pelo fato de ter que dormir na casa da empregadora, sem aumento salarial, tem consciência que está sendo explorada, contudo, se sujeita para não ficar sem emprego.</p>
<p><i>Metrópoles</i> 15/08/2020</p>	<p>Na pandemia, 24 mil empregadas domésticas perderam o emprego no DF.</p>	<p>Desemprego. Mulheres são maioria no emprego doméstico e são chefes de família. Medidas protetivas tanto para o empregador como para o empregado. Medo de passar fome e medo de se contaminar.</p>	<p>Não há informações</p>	<p>Com a pandemia, perdeu renda. Medo de se contaminar.</p>
<p><i>Notícias UFMG</i> 01/09/2020</p>	<p>Trabalhadoras domésticas estão entre os grupos mais vulneráveis durante a pandemia. Professor dá dicas de como evitar o contágio durante o trabalho e a ida e volta para casa.</p>	<p>Empregadas domésticas correm risco de serem contaminadas. Faxineiras e diaristas se expõem mais ao vírus, pois vão em mais casas.</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Não há informações.</p>

Emprego doméstico na pandemia da Covid-19 no Brasil: condições de trabalho...

<p><i>IG</i> 12/04/2020</p>	<p>Domésticas reivindicam direito a salário e quarentena em meio à pandemia.</p>	<p>Domésticas reivindicam direito a isolamento social e a permanência de salários. Informalidade.</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Trabalhadora doméstica, que teve seus direitos garantidos, gravou um vídeo para apoiar as demais colegas na quarentena.</p>
<p><i>O Globo</i> 13/07/2020</p>	<p>Casos de abusos à trabalhadora doméstica crescem durante pandemia da Covid-19.</p>	<p>Ter que dormir no emprego ficar mais de um mês sem ver filhos e netos. Jornada de trabalho estendida na casa do empregador Exploração. Abusos e violências Trabalho escravo</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Não há informações.</p>
<p><i>Agência Senado</i> 28/5/2020</p>	<p>Equiparação de direitos faz cinco anos, mas Covid-19 agrava desrespeito às domésticas.</p>	<p>Desemprego na pandemia sem direitos trabalhistas assegurados.</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Empregadora só percebeu como o trabalho é intenso na pandemia depois que teve que realizá-lo.</p>
<p><i>O Globo</i> 02/04/2020</p>	<p>Trabalhadoras domésticas e diaristas falam das dificuldades que enfrentam em meio à pandemia.</p>	<p>Trabalho na pandemia sem direito ao isolamento. Trabalhadoras com medo de se contaminarem e seus familiares do grupo de risco. Caso do primeiro óbito na cidade do Rio de Janeiro foi de uma empregada doméstica de 63 anos. Necessidade de continuarem trabalhando e a exposição ao vírus. Mães, chefes de família, que perderam a renda, pois viviam com a renda das diárias que faziam.</p>	<p>Alguns empregadores pagam a diarista e as dispensam para protegerem do vírus ou pagam transporte particular para levá-las e buscá-las no serviço.</p>	<p>Não há informações.</p>

<p><i>Jornal do Nordeste</i> 25/04/2020</p>	<p>Empregados domésticos buscam outras formas de renda durante pandemia.</p>	<p>Desemprego. Perda de renda parcial. Medo de se contaminarem. Algumas apresentam doenças pela idade e pelo tipo de trabalho, mas não se afastaram do trabalho.</p>	<p>Não há informações.</p>	<p>Não há informações.</p>
---	--	--	----------------------------	----------------------------

Fonte: Produzido pelas autoras, 2021.

CONDIÇÕES DE TRABALHO, RACISMO E OUTRAS VIOLÊNCIAS NO EMPREGO DOMÉSTICO

No Brasil, o emprego doméstico é reverberado pela história da colonização e dos papéis destinados às mulheres no mundo do trabalho. Ou seja, se de um lado, as brancas se constroem por meio das ideologias de esposas que cuidam de suas famílias e “não trabalham fora”, por outro, às negras realizaram, ao longo do tempo, o trabalho reprodutivo de cuidado de seus familiares que, ao mesmo tempo, foi sendo conciliado com a própria atividade de cuidado das famílias brancas e com o trabalho no campo e na lavoura (Nascimento, 2021).

Desse modo, o emprego doméstico, atualmente, ainda é uma atividade precarizada e racializada que as mulheres negras, em sua maioria, realizam, mas nem sempre estas possuem os direitos trabalhistas assegurados, como férias, décimo terceiro salário, carteira de trabalho assinada, direito ao afastamento no trabalho por motivo de saúde e as leis de seguridade social, além disso, muitas desenvolvem problemas de saúde, como as doenças musculoesqueléticas, emocionais e as relativas ao sono (Andrade, Martins e Bitencourt, 2021). Portanto, ainda é comumente encontradas trabalhadoras domésticas diaristas, que são aquelas que realizam atividades em várias residências durante a semana e, mesmo assim, não possuem carteira de trabalho assinada.

A afirmação acima é corroborada pelos dados nacionais do DIEESE (2021), já que 75% das trabalhadoras, no ano de 2020, não tinham vínculo de trabalho formal, sendo que as informais chegam a receber 40% a menos. Além disso, observamos uma diminuição da renda mensal dessas trabalhadoras que, no ano de 2019, recebiam, em média, R\$ 924 e, em 2020, R\$ 876, em pleno momento pandêmico (DIEESE, 2021).

Tais achados são afirmados pelas reportagens, pois são relatadas as instabilidades e as descontinuidades das atividades desenvolvidas

pelas trabalhadoras domésticas, o que coloca em risco a sua renda familiar:

Em uma das casas, fui mandada embora porque o orçamento dos patrões caiu, eles trabalham com empresas que foram afetadas pela pandemia (Trabalhadora doméstica, Folhapress, 12 de outubro de 2020).

Se eu dependesse desse auxílio emergencial do governo, eu já teria morrido de fome. As pessoas não têm o que comer, não têm o que vestir ou o que beber, não tem álcool em gel para passar na mão (Trabalhadora doméstica, Agência Brasil EBC, 1 de junho de 2020).

Se houve a perda dos postos de trabalho, é evidente que o desemprego afetou a vida dessas mulheres, pois são relatados os casos de dívidas e a ausência de renda para a subsistência:

Quando começou a pandemia, todos os meus clientes desmarcaram comigo. Então, procurei novos, porque tenho duas filhas, pago aluguel e temos que comer, pagar as contas (Trabalhadora doméstica, Metrôpoles, 15 de agosto de 2020).

Estou com quatro contas de água para pagar, três de luz e sem dinheiro. Está complicado o negócio. A parte mais sofrida é a periferia da cidade, que as pessoas não têm o que comer, não têm o que vestir ou o que beber, não tem álcool em gel para passar na mão. Os ricos têm dinheiro, podem comprar, podem pedir no mercado para entregar e nós que não temos, o que vamos fazer? Vamos morrer à mingua? (Trabalhadora doméstica, Agência Pública, 5 de junho de 2020).

Outro ponto a ser destacado é sobre as diaristas que, segundo uma reportagem (Notícia da UFMG, 1 de setembro de 2020), possuem um risco maior de contágio para a Covid-19, já que o fato de irem em mais casas para trabalharem as coloca em maior tempo para os seus deslocamentos em lugares diferenciados. Com isso, podemos afirmar que a informalidade e as instabilidades no emprego, vividas por essas mulheres, exacerbam as precárias condições de vida e da saúde na pandemia.

Além disso, como afirmado por uma trabalhadora: “Vamos morrer à mingua?”, ressaltamos que, em meados do ano de 2020, os líderes de oposição do atual governo incentivaram a criação do auxílio emergencial para o acesso à renda básica mensal, destinado às pessoas mais pobres e vulneráveis (Larcher, 25 de março de 2020). Logo, foi preciso um movimento, sobretudo, dos partidos de esquerda, para que a renda fosse assegurada para os/as brasileiros/as a fim

de enfrentarem a pandemia com menor impacto, no que diz respeito à subsistência.

Concordamos que a pandemia exacerbou as desigualdades sociais e as precárias condições de trabalho das empregadas domésticas, fato esse já influenciado pela reforma trabalhista brasileira do ano de 2017, no governo de Temer: “Todas estas contradições estão reavivadas com o processo recente de desmonte de direitos, e no cenário pós-pandemia prefigura-se o aviltamento de práticas de exploração e retrocessos na relação de trabalho” (Ávila e Ferreira, 2020, p. 9).

Como dissemos anteriormente, as precárias condições de trabalho no emprego doméstico congregam o lugar socialmente destinado às mulheres negras, que são as mais impactadas pela história do processo de colonização, da exploração e do racismo estrutural (Almeida, 2018) e da divisão racial e sexual do trabalho (Gonzalez, 2020). É no emprego doméstico, mas não apenas nele, que as mulheres ainda sofrem com as práticas racistas e são a expressão do “matriarcado da miséria”, conceito cunhado por Arnaldo Xavier e utilizado por Sueli Carneiro, relacionado às inúmeras discriminações e segregações sofridas, expressando também suas resistências face a elas (Carneiro, 2011).

Nesse sentido, os achados da pesquisa afirmam os vestígios das discriminações raciais e do racismo, entendido como as manifestações (conscientes ou não) relacionadas aos privilégios de determinados grupos em detrimento de outro, envolvimento das relações sociais e de suas estruturas políticas e materiais (Almeida, 2018). Desse modo, as expressões das violências raciais são verbalizadas pelas empregadas domésticas:

Somos tratadas como pessoas inferiores por sermos negras, de periferias e, muitas vezes, analfabetas. (Trabalhadora doméstica, IG, 12 de abril de 2020)

Nós, trabalhadoras domésticas, carregamos a herança do trabalho escravo e a sociedade brasileira carrega a herança de ser escravocrata. Os empregadores não querem se dar ao trabalho que preparar uma refeição, de botar a roupa na máquina, de limpar o banheiro. O estigma é ainda pior durante a pandemia. Falta empatia. É, no mínimo, olhar para outro com empatia, com solidariedade, independente de cor, classe, religião, orientação sexual. É olhar para o outro como ser humano, como se estivesse olhando para si mesmo. (Trabalhadora doméstica, Agência Brasil EBC, 1 de junho de 2020)

O fato de a trabalhadora dizer “pessoas inferiores por sermos negras” reafirma que a segregação da humanidade em raças foi um dos feitos do processo de colonização, muitas vezes, justificado a partir do res-

paldo científico do século XIX, que garantiu a execução “legítima” de um projeto de exclusão dos corpos fora do padrão branco, masculino e europeu, tal como confirma Quijano (2005). Para além disso, foi uma estratégia para que os colonizadores, ao se pensarem superiores, procurassem dominar totalmente os povos colonizados. Contudo, as resistências desses povos e a sobrevivência, apesar das violências e mortes, afirmam os conhecimentos e as subjetividades que precisam ser introduzidos em novas narrativas que denunciem o extermínio cultural e identitário desses povos, trazendo, assim, para a arena do debate político e cultural os efeitos trágicos da branquitude na política de reconhecimento das pessoas não brancas. E, não sem razão, é possível assegurar que: “a pandemia expõe também a mentalidade escravista da classe dominante brasileira” (Faustino e Gonçalves, 2020, p. 284).

A elite dominante brasileira é essencialmente branca e “pode comprar” o trabalho de cuidado das empregadas domésticas, embora remunerem muito mal e não assegurem condições de trabalho adequadas. Empregadores/as de classes sociais altas e médias não se preocupam com a segurança e a saúde das trabalhadoras, e dão os seus “jeitinhos” para negarem os direitos trabalhistas adquiridos às duras penas:

Teve uma casa que atendi em que os moradores estavam doentes. Só depois de 20 dias que fui lá me falaram que estavam com Covid-19. Nem sei se peguei ou não. Eu vou trabalhar de máscara, tenho meus cuidados, até porque tenho filhas pequenas, mas muitos clientes não têm. (Trabalhadora doméstica, *O Globo*, 13 de julho de 2020)

Tem horário para começar, mas não tem para parar. Eles aproveitam que estou ali e pedem para fazer ‘tal coisa’. Eu trabalho das 8h às 17h, são 9 horas. E não tenho horário de almoço. À noite, faço a janta e lavo a louça. Às vezes estou no descanso e aí inventam outra coisa para eu fazer. Dá vontade de falar, mas me sinto constrangida. (Trabalhadora doméstica, Agência Pública, 5 de junho de 2020)

A minha patroa não permitiu que eu ficasse em casa e, para que eu continuasse trabalhando, ela fez uma declaração me colocando como se eu fosse cuidadora de idosos. Mas na verdade, faço serviços gerais: limpo a casa, lavo, passo roupa e faço comida. Na casa dela não tem idoso nem criança. Ando com esse papel, porque se a fiscalização me parar, tenho que apresentar ele e a carteira de trabalho. (Trabalhadora doméstica, Agência Pública, 5 de junho de 2020)

Nas outras [casas], como tinham idosos ou crianças, ficaram com medo que eu levasse a pandemia para dentro da casa deles. (Trabalhadora doméstica, Folhapress, 12 de outubro de 2020)

A primeira perspectiva de reflexão é que, como observado, foi comum encontrarmos, nas reportagens, o aumento das demandas de cuidado nas casas em que trabalham e, inclusive, a necessidade, verbalizada por algumas trabalhadoras, de terem que dormir no emprego para conseguir dar conta das atividades. A segunda diz respeito ao fato de serem consideradas “possíveis disseminadoras do vírus” (OIT, 2020), assim, empregadores e a sociedade em geral as consideram como trabalhadoras que podem, no seu ir e vir, transmitir o vírus às suas famílias. E, portanto, exigem que durmam no trabalho:

Chego 7:30h para poder respirar um pouco antes de pegar no batente. Fico até às 18h. Não está sendo fácil, porque muitos trabalhos fecharam as portas para gente. Estão nos evitando. Temos que ficar trabalhando praticamente quase que isolada da patroa. A gente, periférico, se sente excluído no meio da sociedade. Com o coronavírus, mais ainda (exclusão social intensificada). Quando se trata de empregada doméstica, eles já olham para gente de um jeito que parece que estamos com uma doença contagiosa. (Trabalhadora doméstica, Agência Brasil EBC, 1 de junho de 2020)

As expressões de violências, como o racismo e suas discriminações, os estigmas vinculados como aquelas que podem transmitir o vírus e as precárias condições de trabalho vividas por empregadas domésticas ainda são uma realidade que se acentua na pandemia, uma vez que estas mulheres recebem remuneração para o cuidado nas famílias dos/as empregadores/as e, também, precisam realizar o cuidado da reprodução social em suas famílias. De acordo com uma revisão de literatura sobre as configurações do emprego doméstico e da saúde dessas trabalhadoras, as violências sofridas por elas são destaques, como os assédios sexuais, as discriminações, as humilhações: “Consequentemente, o isolamento da trabalhadora no espaço privado e a necessidade de se manter no emprego fazem com que muitas suportem e ainda permaneçam no emprego” (Andrade, Martins e Bitencourt, 2021, p. 539).

Salientamos que, em nenhuma reportagem, as falas dos empregadores foram relativas às preocupações com a saúde dessas trabalhadoras. Tal achado é extremamente relevante à medida que as atividades precárias, informais, com vestígios da escravização e permeadas por práticas racistas e discriminatórias ainda congregam grande parte de mulheres negras e pobres que não pode fazer o isolamento social, mas que precisa trabalhar para a obtenção de renda.

Além disso, não foram consideradas prioridades nos programas de imunização no país, acarretando influências no processo de saúde e de adoecimento. Consideramos que essa atividade utiliza o corpo e, com o passar dos anos, tende a desencadear diversas doenças físicas e mentais; e, na pandemia, ao que tudo indica, a saúde de seus filhos e netos também será afetada por sua ausência forçada para trabalhar nas casas de seus senhores e senhoras das classes médias e altas brasileiras.

EMPREGO DOMÉSTICO: O CUIDADO DE SI E DA FAMÍLIA NA PANDEMIA

Em relação a ser mãe e trabalhadora doméstica na pandemia, podemos verificar que, das 12 reportagens analisadas, três delas fazem menção a dois óbitos que envolveram a continuidade do trabalho doméstico na pandemia. Estes casos já foram citados neste capítulo, no entanto, o caso do menino Miguel, que caiu do nono andar de um prédio em Recife, expressa a problemática enfrentada pelas mães trabalhadoras domésticas, especialmente aquelas que têm filhos pequenos e que continuaram trabalhando na pandemia. Considerando que, com escolas/creches fechadas e sem rede de apoio, essas mães consequentemente foram obrigadas a levar os filhos para o trabalho. Ademais, a grande maioria não teve o direito à quarentena remunerada para ficar em casa se cuidando e cuidando de seus filhos.

Tinha hora para acordar, mas não para dormir. Quando voltei para casa, pensei: “Vou dormir três dias seguidos!”. Não consegui. Estava emocionada de chegar em casa, abraçar minhas filhas. Me senti gente. (Trabalhadora doméstica, *O Globo*, 13 de julho de 2020)

A fala da trabalhadora concerne ao cansaço físico, pois, ao ter se sujeito a mudar-se por um período para a casa do empregador a fim de continuar trabalhando na pandemia, a carga de trabalho aumentou. Além do cansaço, muitas falaram das emoções geradas em estar longe dos filhos e da saudade produzida por esta situação: “Estava emocionada de chegar em casa, abraçar minhas filhas”, como ressalta a trabalhadora.

Entre os relatos dessas mães, verificamos que muitas já são avós e mostram-se extremamente preocupadas e responsáveis pelo sustento dos filhos e netos. Nas falas dessas mulheres, ficou evidente a luta pela sobrevivência e a responsabilidade materna. Assim como a mudança provocada em suas emoções ao ir residir por um tempo na casa do empregador, uma trabalhadora falou que, ao reencontrar a família, sentiu-se “gente”. Logo, sentiu-se como retornando às relações sociais

significativas, estas que lhe foram roubadas na pandemia para cuidar da casa e das famílias de outras mulheres.

Partindo dessa perspectiva, muitas trabalhadoras falaram das emoções/sentimentos de não poder ver seus filhos/netos durante a estada na casa dos empregadores.

Foram 93 dias sem que D.A. visse os filhos e netos ou saísse à rua. Só descia para pegar encomendas. Quando deixou o local de trabalho, em meados de junho, foi para acompanhar a filha grávida, a ponto de ter bebê. (Trabalhadora doméstica, *O Globo*, 13 de julho de 2020)

Aceitei porque achei que seria um mês. Mas a coisa foi piorando, e fui ficando. Tinha dia em que eu chorava. Uma vez por mês, deixava para meu genro na portaria um dinheiro para a despesa dos meus netos. (Trabalhadora doméstica, *O Globo*, 13 de julho de 2020)

Entre as nuances do trabalho doméstico no Brasil, como já foi salientado anteriormente, ficaram as marcas da herança de uma lógica escravocrata que violentou, abusou e marcou os corpos/emoções das mulheres (Carneiro, 2011, 2020; Rios e Ratts, 2010; Giacomini, 1988). Sendo que a lógica racista e sexista, quando acrescentada à capitalista, a partir da ideia que todos/as são iguais e livres para vender a força de trabalho no mercado, acabou contribuindo para que sejam tratados como regras os casos de exceções entre mulheres negras que ascenderam socialmente, assim, negando a existência de desigualdades raciais, de classe e de gênero que muitas mulheres pobres e negras vivenciam na sociedade brasileira para trabalhar (Carneiro, 2020).

Davis (2016) e Collins (2019), ao tomarem como foco a história da escravidão das mulheres africanas nos Estados Unidos, trazem a ideia que compartilhamos em relação às mães brasileiras, pois a maternidade das mulheres negras sempre foi marcada por relações violentas e abusivas. As mães negras nunca tiveram direito ao tempo de serem mães, de estarem com seus filhos. Muitas, no período escravocrata, conforme Davis (2016, p. 35), eram tratadas como “animais”, como corpos apenas reprodutores, trabalhando tanto quanto os homens. Conforme a autora, “as mulheres negras eram iguais a seus companheiros na opressão que sofriam; eram socialmente iguais a eles no interior da comunidade escrava; e resistiram à escravidão com o mesmo ardor que eles”.

Nesse sentido, precisamos desconstruir a ideologia da maternidade que nunca correspondeu à realidade vivenciada pelas mulheres afro-latino-americanas na definição de Gonzalez (2020). É preciso repensar nossas categorias de análise com as interseccionalidades para tomarmos consciência do epistemicídio que o pensamento colonial

imposto produziu, a partir do discurso da ciência moderna ocidental e branca, como conhecimento único e verdadeiro da modernidade (Lugones, 2020).

Tomando como exemplo os abusos provocados por esta mentalidade social, que tem feito mulheres domésticas renunciarem ao cuidado de si, dos seus filhos e assim “deixarem de cuidar” das suas famílias para cuidarem das de outras mulheres, analisando que o trabalho doméstico pode incorporar, além de atividades de lavar, passar, cozinhar etc., também o cuidado com os filhos, os pais idosos e os demais parentes enfermos das empregadoras, no caso da pandemia, a situação pode se agravar e a carga de trabalho da doméstica aumentar. Essas atividades de cuidado, muitas vezes, são estabelecidas e mantidas a partir da relação de confiança construída, como: “você é como se fosse da família, fulano/a gosta muito dos seus cuidados”, configurando, então, formas de explorar usando emoções/sentimentos. Além disso, a carga emocional e afetiva que o trabalho doméstico envolve pode funcionar como amarras, pois há sempre uma tentativa das empregadoras, carregadas de discursos afetivos manipuladores, envolverem as domésticas em relações pautadas em abusos e exploração no trabalho, doando-se para uma família que não as tratam como profissionais (Duarte, 2020; Pinheiro, Tokarski e Vasconcelos, 2020).

Sendo assim, a mudança para casa da empregadora, conforme os relatos, aumentou a jornada do trabalho doméstico na pandemia, fazendo com que muitas mulheres deixassem seus filhos em casa, muitos deles ainda em idade infantil, sozinhos por longos períodos, renunciando à convivência familiar. Nesse contexto da pandemia, algumas empregadoras justificaram que, para não dispensar a trabalhadora doméstica, ela terá que dormir no local de trabalho, pois, como ela usa o transporte público, seria perigoso contaminar a família da patroa. Desse modo, o discurso do perigo de se contaminar para preservar o cuidado e o bem-estar da família da empregadora não considera que a doméstica também tem família, filhos, casa e trabalho reprodutivo para realizar em suas casas, assim como precisa cuidar de sua saúde física e mental.

Nas reportagens analisadas, elas apresentam uma condição de passividade com seus empregadores e agradecem por não estarem desempregadas, contudo, há casos que algumas falam sobre os cuidados que os empregadores tiveram com elas, como não utilizar o transporte público, trabalhar menos dias na semana. No entanto, elas falam do distanciamento dos filhos e do medo da contaminação.

Desde março, eu só trabalho terça, quarta e quinta. Tenho muita sorte que meu patrão vai me buscar em casa e me deixa, para eu não usar ônibus.

“Então, acabo não precisando dormir no serviço”, relata. Tenho sorte de estar trabalhando agora, mas é difícil não poder vê-los e ainda ter que lidar com esse medo de contrair o vírus. (Trabalhadora doméstica, Metrôpoles, 15 de agosto de 2020)

Tudo é controlado e vigiado por câmeras. Às vezes, quando a menina está comendo alguma coisa e minha filha diz que quer, eu me sinto constrangida de ir lá [na dispensa] e pegar, porque nem sempre eles oferecem. (Trabalhadora doméstica, *O Globo*, 13 de julho de 2020)

Entretanto, verificamos nas reportagens também os movimentos de resistência, publicizados nas redes sociais, em *prol* da vida e dos direitos humanos dessas mulheres. Uma dessas manifestações em redes e mídias jornalísticas ocorreu quando o prefeito de uma cidade brasileira declarou que o trabalho doméstico estaria nos trabalhos vistos como “essenciais” na pandemia, algo que despertou críticas e repúdios de diversas trabalhadoras e simpatizantes, como a fala, no *Twitter*, de uma cantora brasileira, indignada com a exposição das trabalhadoras domésticas ao risco de contaminação:

O prefeito de Belém incluiu as trabalhadoras domésticas nos serviços essenciais tirando delas o direito de cuidar de seus filhos e de suas mães e isso é gravíssimo. Mulheres pretas e periféricas são quem carregam esse país nos braços. Chega, liberem as domésticas! (Agência Pública, 5 de junho de 2020)

Outra iniciativa de resistência noticiada nas reportagens foi o manifesto que se chamou: “Pela vida de nossas mães”, criado por um grupo de filhos de domésticas que se uniram para reivindicar o direito à quarentena remunerada de suas mães, pois estas usam transporte público e tendem a morar com muitas pessoas em habitações muito pequenas, muitas vezes, com um cômodo apenas, sendo impossível efetuar o distanciamento social. Ademais, as trabalhadoras, que são estigmatizadas por poderem levar o vírus para a casa dos empregadores, pois usam transporte público, também podem ser contaminadas no próprio ambiente de trabalho, como ocorreu com a doméstica idosa, com comorbidade, que, não tendo direito à quarentena, continuou trabalhando, indo a óbito no Rio de Janeiro, como já citado.

Outra manifestação de resistência foi a produção de vídeos feitos pelas próprias trabalhadoras, publicados no Facebook, que explicitam a necessidade da quarentena remunerada para as domésticas como uma questão de saúde pública, pelas condições de trabalho e de vida que essas mulheres enfrentam. Estes vídeos tendem a ser comparti-

lhados e funcionam para as domésticas reivindicarem o direito à quarentena remunerada.

Eu coloquei no Facebook e compartilharam muito rápido. Amigas minhas foram liberadas e me ligaram para contar. Uma prima que trabalha quinzenalmente cuidando de um idoso, que os filhos estão na França, estava com medo de ficar sem renda. Eu disse “Para ter certeza, mande esse vídeo”. “Quando eu liguei depois, ela me contou que foi liberada e tinha recebido o salário sem desconto nenhum”, explica Sandra Soares de 38 anos. (Trabalhadora doméstica, IG, 12 de abril de 2020)

Historicamente no período escravocrata, muitas delas foram chamadas mucamas da “Casa Grande”, algumas se tornaram as amas de leite de filhos das brancas, as chamadas mães pretas (Carneiro, 2020). Na atualidade, elas ainda carregam em seus corpos marcas históricas que se reatualizam cotidianamente em pleno século XXI, na sociedade brasileira. É nos quartinhos de empregadas, que fazem parte dos projetos arquitetônicos das casas das classes sociais privilegiadas brasileiras, que a “Casa Grande” se faz presente na contemporaneidade, garantindo a violação dos direitos humanos dessas mulheres trabalhadoras.

No cenário de diversas violências, a (re) produção de estigmas, as discriminações raciais e o racismo, além das exclusões sociais, limitam, muitas vezes, essas mulheres de encontrarem saídas para tal condição, já que precisam trabalhar para sobreviver. Contudo, as trabalhadoras domésticas são mães, avós e chefes de família (não há menções dos pais de seus filhos e filhas nos relatos analisados), logo, a condição de sujeição dessas mulheres expressa a necessidade da construção de políticas públicas efetivas e da vigilância constante do Ministério do Trabalho para terem seus direitos trabalhistas e sociais garantidos.

BIBLIOGRAFIA

- Almeida, S. (2018). *O que é racismo estrutural?* Belo Horizonte: Letramento.
- Andrade, C. B. et al. (2020). Trabalhadoras da higiene e limpeza hospitalar na pandemia da Covid-19: entre as (in)visibilidades e o reconhecimento no trabalho. In: Monteiro, I. e Iguti, A. (Orgs.), *Invisível, mas essencial: Olhares sobre o trabalho pouco qualificado* (pp. 66-79). Campinas: Unicamp BFCM.
- Andrade, C. B.; Martins, A. C. G. e Bitencourt, S. M. (2021). Trabalho e saúde no emprego doméstico no Brasil: O que diz a literatura? *Trabajo y Sociedad*, 37(22), 527-542.

- Ávila, M. B. e Ferreira, V. (2020). Trabalho doméstico remunerado: Contradições estruturantes e emergentes nas relações sociais no Brasil. *Psicologia & Sociedade*, 32, 1-13.
- Bardin, L. (2016). *Análise de conteúdo*. São Paulo: Edições 70.
- Bento, M. A. (2014). Branqueamento e branquitude no Brasil. In: Carone, I. e Bento, M. A. (Orgs.), *Psicologia social do racismo: estudos sobre branquitude e branqueamento no Brasil* (pp. 25-57). Petrópolis: Editora Vozes.
- Bitencourt, S. M. (2020, 5 de setembro). A intensificação do trabalho para as mulheres brasileiras no cenário da Covid-19. Observatório social del coronavirus (CLACSO). Disponível em: <https://www.clacso.org/a-intensificacao-do-trabalho-para-as-mulheres-brasileiras-no-cenario-da-covid-19/>
- Borges, R. (2021). Feminismos negros e marxismo: Quem deve a quem? *Margem Esquerda*, 27, 49-62.
- Caponi, S. (2020). Covid-19 no Brasil: entre o negacionismo e a razão neoliberal. *Estudos Avançados*, 34(99), 209-233.
- Carneiro, S. (2011). *Racismo, sexismo e desigualdade no Brasil*. São Paulo: Selo Negro Edições.
- Carneiro, S. (2020). *Escritos de uma vida*. São Paulo: Editora Jandaíra.
- Cícero, J. (2020, 5 de junho). Trabalhadoras domésticas enfrentam coação de patrões durante pandemia. *Agência Pública*. Disponível em: <https://apublica.org/2020/06/trabalhadoras-domesticas-enfrentam-coacao-de-patroes-durante-pandemia/>
- Collins, P. H. (2019). *Pensamento feminista negro: Conhecimento, consciência e a política do empoderamento*. São Paulo: Boitempo.
- Davis, A. (2016). *Mulheres, raça e classe*. São Paulo: Boitempo.
- Departamento Intersindical de Estatística e Estudos Socioeconômicos (DIEESE) (2021). *Trabalho doméstico no Brasil*. Disponível em: <https://www.dieese.org.br/outraspublicacoes/2021/trabalhoDomestico.html>
- Dias, H. (2020, 12 de abril). Domésticas reivindicam direito a salário e quarentena em meio à pandemia. *IG*. Disponível em: <https://economia.ig.com.br/2020-04-12/domesticas-reivindicam-direito-a-salario-e-quarentena-em-meio-a-pandemia.html>
- Duarte, I. (2020). Empregadas domésticas no cenário da pandemia: aspectos sobre a vulnerabilidade. *Revista da seção jurídica do Rio de Janeiro*, 24(49), 75-92.

- Faustino, D. e Gonçalves, R. (2020). A nova pandemia e as velhas relações coloniais, patriarcais e racistas do capitalismo brasileiro. *Lutas Sociais*, 24(45), 275-289.
- Fontana, H. (2020, 17 de julho). O Brasil de volta ao Mapa da Fome. *Brasil de Fato*. Disponível em: <https://www.brasildefatores.com.br/2020/07/17/artigo-o-brasil-de-volta-ao-mapa-da-fome>
- Gomes, C. et al. (2020). A Covid-19 e o Direito à Educação. *Revista Internacional de Educación para la Justicia Social*, 3(9),1-14.
- Gonzalez, L. (2020). *Por um feminismo afro-latino-americano*. Rio de Janeiro: Zahar.
- Hirata, H. (2016). El Trabajo de Cuidado. Comparando Brasil, Francia y Japón. *SUR- Revista Internacional de Derechos Humanos*, 13(24), 53-64.
- hooks, b. (2017). *Ensinando a transgredir. A educação como prática da liberdade*. São Paulo: WMF Martins Fontes.
- hooks, b. (2020). *O feminismo é para todo mundo. Políticas arrebatadoras*. Rio de Janeiro: Rosa dos tempos.
- Larcher, M. (2020, 25 de março). Líderes da oposição propõem renda básica emergencial durante a pandemia. *Agência de Notícias, Câmara dos Deputados*. Disponível em: <https://www.camara.leg.br/noticias/648307-lideres-da-oposicao-propoem-renda-basica-emergencial-durante-a-pandemia/>
- Lugones, M. (2020). Colonialidade e gênero. In: Buarque de Hollanda, H. (Org.), *Pensamento Feminista hoje. Perspectivas decoloniais* (pp. 53-83). Rio de Janeiro: Bazar do Tempo.
- Martins, A. P. V. (2004). *Gênero, ciência e cultura*. Rio de Janeiro: Editora da Fiocruz.
- Martins, E. (2020, 13 de julho). Casos de abusos à trabalhadora doméstica crescem durante pandemia da Covid-19. O Globo. Disponível em: <https://oglobo.globo.com/brasil/casos-de-abusos-trabalhadoras-domesticas-crescem-durante-pandemia-da-Covid-19-24529311>
- Meireles, G. (2020, 1 de setembro). *Trabalhadoras domésticas estão entre os grupos mais vulneráveis durante a pandemia*. S/d.
- Meon (2020, 12 de outubro). Trabalho doméstico perde 500 mil postos. *Folhapress*. Disponível em: <https://www.meon.com.br/noticias/brasil/trabalho-domestico-perde-500-mil-postos-durante-a-pandemia>
- Minayo, M. C. (2017). Amostragem e saturação em pesquisa qualitativa: consensos e controvérsias. *Rev Pes Qualitativa*, 5(7), 1-12.

- Nascimento, B. (2021). *Uma história feita por mãos negras*. Rio de Janeiro: Zahar.
- OIT (2020). Seguridad y salud de los trabajadores en las crisis sanitarias. Manual sobre la protección del personal sanitario y de los equipos de emergencia. Disponível em: https://www.ilo.org/global/topics/safety-and-health-at-work/resources-library/publications/WCMS_747129/lang-es/index.htm
- Pinheiro, L.; Tokarski, C. e Vasconcelos, M. (2020). Vulnerabilidades das trabalhadoras domésticas no contexto da pandemia da Covid-19 no Brasil (Nota Técnica nº 75). Instituto de Pesquisa Econômica Aplicada (IPEA). Disponível em: http://repositorio.ipea.gov.br/bitstream/11058/10077/1/NT_75_Disoc_Vulnerabilidades%20das%20Trabalhadoras%20Domesticas.pdf
- Quijano, A. (2005). Colonialidade do poder, eurocentrismo e América Latina. In: Quijano, Aníbal, *A colonialidade do saber: eurocentrismo e ciências sociais, perspectivas latino-americanas* (pp. 117-142). Buenos Aires: CLACSO.
- Rios, F. e Ratts, A. (2010). *Lélia Gonzalez*. São Paulo: Selo Negro.
- Rodrigues, A. K. (2020, 15 de agosto). Na pandemia, 24 mil empregadas domésticas perderam o emprego no DF Metrópoles. Disponível em: <https://www.metropoles.com/distrito-federal/na-pandemia-24-mil-empregadas-domesticas-perderam-o-emprego-no-df>
- Saniele, B. (2020, 1 de junho). Vulnerabilidade de trabalhadoras domésticas aumenta na pandemia. *Agência Brasil EBC*. Disponível em: <https://agenciabrasil.ebc.com.br/direitos-humanos/noticia/2020-06/vulnerabilidade-de-trabalhadoras-domesticas-aumentam-na-pandemia>
- Tavares, A. H. (2020, 20 de abril). “Caminhamos para um colapso e o grande responsável é o presidente”, diz ex-ministro da Saúde. *Quem tem medo da democracia?* Disponível em: <https://quemtemmedodademocracia.com/2020/04/26/caminhamos-para-um-colapso-e-o-grande-responsavel-e-o-presidente-diz-ex-ministro-da-saude/>
- UFMG (2020). Professor dá dicas de como evitar o contágio durante o trabalho e a ida e volta para casa. Notícia da UFMG. Disponível em: <https://www.medicina.ufmg.br/trabalhadoras-domesticas-estao-estre-os-grupos-mais-vulneraveis-durante-a-pandemia/>
- Vedovato, T. G. et al. (2021). Trabalhadores/as da saúde e a Covid-19: Condições de trabalho à deriva? *Revista Brasileira de Saúde Ocupacional*, 46, 1-13.

SECCIÓN III

**EMOCIONES AL HABITAR
EN LA CIUDAD Y LAS
EXPERIENCIAS DEL ESPACIO
URBANO**

“YO NO SALGO, ESTOY ENCERRADA EN MI CASA”. ESPACIO URBANO Y ENCIERRO DESDE NARRATIVAS SENSIBLES PRE PANDEMIA

Victoria D’hers

INTRODUCCIÓN

En las páginas que siguen se propone una re-construcción de las sensibilidades en torno al espacio urbano desde una sociología de los cuerpos/emociones, particularmente indagando en torno a la noción de encierro.

Desde el año 2020 y la emergencia pandémica, se puso en discusión el uso de los espacios urbanos, y la noción de encierro cobró fuerte visibilidad y realidad. Sin embargo, según podemos observar a partir del trabajo realizado en una gran ciudad de América Latina como Buenos Aires, el encierro no inició con la pandemia. El tiempo de excepción solo visibilizó más crudamente los encierros múltiples que ya operaban en las mayorías que habitan en asentamientos populares y barrios pobres.

Como referimos en otro lado ya,¹ en un contexto donde la precariedad y pobreza solo fue más claramente visibilizada y puesta bajo la lupa por la pandemia SARS-COV2 (Covid-19), comprender el efecto

1 En el capítulo “Cuando la pandemia es un peligro más. El rol vital de colectivos feministas en barrios marginados”, a publicarse en 2022 por CEICH-UNAM, referimos a esta temática de la “pandemia oculta” de la violencia contra las mujeres evidenciada brutalmente en el contexto de la pandemia Covid-19.

diferencial que esto tiene sobre las mujeres y feminidades es central. En términos de la ONU, de hecho, se habla de *shadow pandemic*, la pandemia en la sombra/oculta.²

Solo para ilustrar esta situación con datos que muestran la indiscutible presencia de violencia física, los números de femicidios son alarmantes: entre enero y agosto del año 2021 según el Observatorio de las violencias de género, a nivel nacional se habla de 1 femicidio cada 37 horas, y solo teniendo en cuenta lo registrado. De estos, el 30,4% fue en el hogar de la víctima, el 31,6% en un hogar compartido; es decir, más del 60% fue en su propia casa. En este marco de confinamiento, el espacio vital que se supone más íntimo se torna en muros que podrían resultar en la muerte.

Dicho esto, claramente y según está ampliamente analizado, la violencia de género no es nueva. Más aún, como hemos expresado en otro lado, “urge revisar brevemente lo que referimos ya no como solamente feminización de la pobreza, sino como *feminización del sufrimiento*”. Remitiéndonos a trabajos previos a la pandemia, podemos tomar lo explicitado por De Sena en su artículo “Pobres y a los golpes: la voz de las mujeres violentadas”:

Si bien la violencia doméstica recorre todos los sectores sociales (CIS, 2015), en contextos de pobreza siempre es peor. Las desigualdades en la distribución de los capitales simbólicos y escolares son el inicio de las violencias epistémicas y simbólicas ejercidas contra las mujeres pobres. Si a esto se le suma las deficientes situaciones laborales, la superficie de operación de la violencia doméstica deviene una jaula de hierro. (De Sena, 2017, p. 207).

En sintonía con lo antedicho, hemos indicado repetidamente (Cervio y D'hers, 2012; D'hers y Cervio, 2019; Cervio, Lisdero y D'hers, 2020; D'hers y Pellón, 2020) los efectos de la pobreza a nivel laboral, am-

2 Hace décadas, la ONU tiene una dependencia específica para tratar la violencia contra las mujeres: “En concordancia con la Convención para la Eliminación de todas las formas de Discriminación contra las Mujeres (CEDAW), la Convención de Belém do Pará, las resoluciones del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas sobre Mujeres, Paz y Seguridad, que instan a reformar los sectores de seguridad y justicia y el poder público y político para garantizar el acceso de las mujeres a la justicia, la seguridad, la paz y la igualdad, y la Plataforma de Acción de Beijing, ONU Mujeres apoya la adopción y aplicación de leyes, normas, mecanismos y políticas que permitan avanzar la situación, posición y condición de las mujeres. Para ello, la estrategia regional de ONU Mujeres para América Latina y el Caribe consiste en abordar las diferentes formas y manifestaciones de violencia contra las mujeres a través de 4 pilares fundamentales: i) Legislación especializada; ii) Recolección de datos comparables; iii) Acceso a la justicia y servicios de calidad; y iv) Prevención de la violencia antes de que ocurra” (Quiñones 2015, p. 205).

biental y habitacional. En síntesis, la vida transcurre en el *mundo del no*. Siguiendo a De Sena y Scribano:

Son cuerpos que habitan el mundo del no. No comida, no educación, no trabajo, no vivienda. “Las horas, los días y los años de habitantes del mundo del no transcurren en permanente aprendizaje desde la carencia y el sufrimiento (...) en el mundo del no el sufrir es la antesala de la espera” (Scribano, 2010, pp. 179-180). (De Sena, 2017, p. 209)

A partir de aquí, entonces, proponemos una reconstrucción de las narrativas de mujeres de barrios pobres de una gran ciudad capital, como muestra de contextos de violencia instalada contra las mujeres. Lo que nos permitirá analizar cómo esto opera a nivel de las sensibilidades de quienes, sin ser forzadas explícitamente al “encierro” (como una situación carcelaria implicaría, por ejemplo), sí viven y sufren los muros cotidianos y las geometrías corporales marcadas por múltiples modos de violencia más o menos normalizada e invisibilizada.

Con miras a esta reconstrucción, abordamos la problemática desde la sociología de los cuerpos/emociones en cruce con el análisis del espacio social en tanto espacio vivido. En primer término, consideramos que

La tensión entre cuerpo individuo, subjetivo y social es una de las claves que permitirán entender las conexiones entre geometrías de los cuerpos y gramáticas de la acción, que son parte de la dominación neo-colonial en los países de América Latina. La tensión aludida cobra mayor sentido, si se entrecruza aún más la mirada desde los cuerpos con la visión desde las sensaciones. (Scribano, 2012, p. 101)

En segundo término, esta visión desde las sensaciones atravesadas por la especificidad del análisis en torno al espacio y la espacialidad da pistas para rearmar las geometrías de los cuerpos y gramáticas de las acciones antes mencionadas.

El trabajo se organiza como sigue. A partir de esta sociología de los cuerpos/emociones, reconstruimos primero una trama teórica para analizar la construcción del espacio. Luego, rastreamos el peso relativo que el encierro y las sensibilidades en torno a él, ya tenían previo a la pandemia en los barrios populares de una metrópolis. Finalmente, en base a trabajo de campo realizado durante el año 2019 en un barrio de la zona sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, reconstruimos de modo preliminar, desde una sociología de los cuerpos/emociones, las geometrías corporales y gramáticas de las acciones a partir de las narrativas de sus habitantes, a partir de la aplicación de una estrategia metodológica cualitativa, de Entrevistas Bailadas. Sintéticamente, se

analizan y reconstruyen las narrativas de los sujetos sobre sus propias cartografías vitales dentro de la ciudad.

SENSIBILIDADES Y ESPACIALIDADES DESDE LAS CIENCIAS SOCIALES DEL SIGLO XXI

La intención de este trabajo es, antes que nada, retomar y dar jerarquía a las sensibilidades como parte nodal de los análisis e interpretaciones de la realidad desde las ciencias sociales. Observamos particularmente, lo referente al espacio del propio barrio, específicamente de mujeres en un contexto de habitabilidad precaria y pobreza.

Consecuentemente, para explorar la construcción de la espacialidad desde las sensibilidades sociales desde una sociología de cuerpos/emociones, entendemos que “Percepciones, sensaciones y emociones constituyen un trípode que permite entender dónde se fundan las sensibilidades. Los agentes sociales conocen el mundo a través de sus cuerpos. Por esta vía un conjunto de impresiones impacta en las formas de ‘intercambio’ con el contexto socioambiental” (Scribano, 2012, p. 101).

Dicho intercambio puede ser descripto precisamente si lo atravesamos por lo que F. Varela y H. Maturana definen a partir de la fenomenología —según veremos en el apartado siguiente—, como conocimiento *enactivo*. Es decir, la afirmación de que estamos *enactivamente* corporizados. Cuerpo y entorno no constituyen dos momentos diferenciados, sino una implicación mutua cuerpo-entorno. Si bien realizamos distinciones con fines analíticos, referimos a una co-constitución dinámica. Es de una importancia radical comprender qué construcción social e intersubjetiva opera en cuanto a los cuerpos (y) el entorno, en tanto relación procesual de co-construcción. Así, la percepción como una *actividad situada*, en tanto momento cognitivo-afectivo es central a la hora de explicar lo social “hecho cuerpo(s)” (D'hers 2013, 2017, 2019, 2020).

En esta dinámica, para ahondar en la relación con el espacio, nos centraremos en lo relativo a sensaciones ligadas al miedo, y al encierro y geometría corporal resultante. Sabiendo que emociones como el miedo y la vergüenza operan eficazmente en la regulación de los cuerpos/emociones (Vergara, 2009), indagamos en la introyección de estas emociones en la vida diaria, en el ámbito cotidiano y familiar.

ESPACIO VIVIDO Y ESPACIALIDAD

Pasamos ahora a referir a la construcción de la espacialidad desde esta perspectiva, para abordar preliminarmente la experiencia del encierro en la propia casa y barrio. En primer término, reflexionando

en torno a las llamadas geometrías corporales, podemos pensar de la mano de Gabriela Vergara,

Distancias y formas se co-implican, y los procesos por su parte, las metamorfosean, mientras se transforman. Así, nos hablan de materialidades, espacialidades y temporalidades, también de segregaciones, explotaciones y fronteras, pero, a la vez de expresividades, creatividades, intersticialidades. Las *distancias* se articulan con las proximidades y lejanías, con las amenazas y las certezas, ese conjunto de sensaciones y percepciones que construyen sensibilidades de encierro acentuando los procesos de sociosegregación. (Vergara, 2017, p. 9)

Es desde estas materialidades que la segregación socioespacial se hace huella y carne. El propio cuerpo se arma a partir de fronteras tan delimitadas como implícitas. Así, las citadas sensibilidades de encierro nacen de la iteración de las referidas experiencias dentro de este “mundo del no”.

Más aún, y aquí se abre una veta específica e importante para este análisis, esos *no*, ya no solo se limitan a faltas con relación a la esfera de lo público, como pueden ser falta de acceso a un trabajo formal, o a vivienda con servicios urbanos básicos. Esta falta de posibilidades atraviesa y constituye al ámbito privado e íntimo.

Es decir, para estas mujeres toma la forma de múltiples fronteras en cuanto a las posibilidades de circulación, de generación de vínculos por fuera del propio hogar; en definitiva, de toma de decisiones autónomas sobre la propia subjetividad. Según veremos, el encierro adquiere formas concretas en cuanto a la delimitación de la espacialidad de este cuerpo vivido, tiñendo la cotidianidad y la autopercepción.

Profundizando ahora en la comprensión del espacio como categoría analítica, podemos afirmar que el espacio físico como tal no determina linealmente las prácticas. Así, buscaremos visibilizar los modos cómo se configuran las sensibilidades y los cuerpos/emociones en torno al espacio social.

El llamado “cuerpo”, analíticamente entendido desde una definición de la sociología de cuerpos/emociones como cuerpo individuo-subjetivo-social, es necesariamente cuerpo vivido, “*flesh*” (carne), *conciencia encorporeizada* (y no ya delimitada a una “identidad”) (D’hers, 2019). Esta división tripartita nos permite complejizar en los múltiples niveles de construcción de las sensibilidades que se ven implicados en la configuración de la espacialidad. Entonces, en palabras de Scribano,

El cuerpo individuo es una construcción elaborada filogenéticamente que indica los lugares y procesos fisiosociales por donde la percepción naturali-

zada del entorno se conecta con el cuerpo subjetivo. El cuerpo subjetivo es la auto-percepción del individuo como espacio de percepción del contexto y el entorno en tanto “locus” de la sensación vital enraizada en la experiencia de un “yo” como centro de gravitación de sus prácticas. El cuerpo social consiste en las estructuras sociales incorporadas que vectorizan al cuerpo individual y subjetivo con relación a sus conexiones en la vida-vivida-con-otros y para-otros. (Scribano, 2012, p. 101)

¿Qué implica referir a este locus de la sensación vital enraizada en la experiencia? Es oportuno aquí ahondar en el sentido de este cuerpo subjetivo en la mirada fenomenológica de M. Merleau-Ponty. Este recorrido nos permitirá entramar más explícitamente cuerpos y espacios, ampliando nuestra comprensión de las diferencias implicadas en el espacio en tanto espacio *vivido*. Primero, este autor hace referencia a la espacialidad del cuerpo como tal, y en tanto experiencia de ser-en-el-mundo:

La experiencia revela bajo el espacio objetivo, en el que el cuerpo toma finalmente asiento, una espacialidad primordial de la que ella no es más que la envoltura y que se confunde con el ser mismo del cuerpo. Ser cuerpo es estar anudado a un cierto mundo, vimos nosotros, y nuestro cuerpo no está, ante todo, en el espacio: es del espacio (...) la espacialidad del cuerpo es el despliegue de su ser de cuerpo, la manera como se realiza como cuerpo. (Merleau-Ponty, 2002 [1945], p. 178)

Al mismo tiempo, “lejos de que mi cuerpo no sea para mí más que un fragmento del espacio no habría espacio para mí si no tuviese cuerpo” (Merleau-Ponty, 2002 [1945], p. 129).

Para contextualizar esta perspectiva, brevemente recordemos que Merleau-Ponty aspira a alejarse de todo dualismo, esto es, tanto de las tradiciones empiristas como idealistas trascendentales, para abordar y comprender el mundo y los sujetos desde el abordaje fenomenológico de la percepción. Es decir, se propone retomar en su importancia radical al mundo pre-objetivo, pre-reflexivo,³ comprendiendo el sujeto en tanto cuerpo-sujeto/subjetivo y como un estar-en-el-mundo. El

3 Hablará de “cogito tácito”: “Desde un punto de vista pre-reflexivo, este indicaría el cuerpo propio como una forma de autoconciencia primordial, anterior a la expresión verbal y al concepto. En este contexto por lo tanto el término de cogito tácito viene a designar el lugar de fundación del cogito reflexivo, hallando por ello en el cuerpo propio la condición de posibilidad de la experiencia y el centro de irradiación de un contacto ‘directo’ del sujeto perceptivo con el mundo. La noción de cogito tácito acabaría de este modo coincidiendo con el núcleo ‘trascendental’ de la subjetividad, a partir del cual refundar el sentido producido por la percepción en contraste con la abstracción intelectualista de una primacía metafísica del pensamiento reflexivo sobre la existencia corpórea” (Firenze, 2016, p. 101).

sujeto está *enlazado* al mundo de modo recíproco, en una relación de entidad única.⁴

En esta relación, nuestros cuerpos definen cómo interactuamos y *experimentamos* el mundo, por lo que el “cuerpo” no puede ser categorizado como un objeto entre otros objetos. Tampoco puede considerarse al sujeto como sujeto trascendental, fuera de su compromiso con el mundo, dado que es a través de la experiencia corporeizada que nos vinculamos con el mundo pre-reflexivo: “nos comprometemos e interactuamos con el mundo y al mismo tiempo efectuamos/afectamos y somos afectados por el mundo” (Duvisac, 2014, p. 37).

Más específicamente, en *Fenomenología de la Percepción* (1948), plantea en primer término una diferencia entre espacio espacializado y espacio espacializante. El espacio espacializado, físico, se define como externo e independiente a la mente, entendido como un contenedor para objetos en el mundo, o como propiedad intrínseca de los objetos. El sujeto no puede ser comprendido de este modo, dado que implica un error ontológico el de reducir al sujeto a un objeto. El cuerpo-sujeto tiene un “compromiso más rico”, mayor con y en el mundo. La segunda categoría, correspondiente al espacio geométrico se vincula al racionalismo kantiano y el idealismo trascendental: el espacio es construido por nuestra sensibilidad, como un *a priori* de nuestra intuición por la que se organiza nuestro mundo.

Sin embargo, según argumenta la fenomenología, ambas perspectivas no explican la relación dinámica del ser-en-el-mundo. Antes que como puro objeto o como puro sujeto/consciencia, el cuerpo-sujeto implica un rol activo en la determinación del espacio; hay una *intencionalidad* que explica la consistencia del mundo y de nuestro entendimiento sensible de él. Entonces, es claro que el espacio corpóreo y el espacio exterior son una unidad dinámica, un “sistema práctico” (Merleau-Ponty, 2002 [1945], p. 129).

Aquí vemos la influencia de filósofos como Husserl y M. Heidegger con la noción de *dasein*, presencia, pero dándole un giro a esta última. A partir de la distinción operada por Husserl entre cuerpo físico, objetivo (*körper*) y cuerpo vivido (*leib*, cuerpo subjetivo según Merleau-Ponty), el autor insiste en que este cuerpo vivido se vincula con esa intencionalidad y significación:

4 “Solo a partir del cuerpo propio, es decir de una subjetividad encarnada en un cuerpo vivo, resulta posible acceder al mundo y a los otros cuerpos vivos, y esto de forma preliminar a la intervención de la conciencia reflexiva volcada a pensar el mundo según los parámetros de la verdad objetiva construida por la ciencia” (Firenze, 2016, p. 100).

El cuerpo en su relación significativa con el mundo constituye el espacio experiencial del mundo en sí. Del mismo modo, Merleau-Ponty muestra cómo el cuerpo-sujeto experimenta la posición espacial de su propio cuerpo: la organización espacial de su propio cuerpo es entendida no por puntos objetivos, sino que es interpretada por la existencia significativa hacia el mundo. (Duvisac, 2014, p. 49)

Así es como, en sus obras tardías, e incluso póstuma como *Lo visible y lo invisible*, planteará la noción de “quiasmo”, donde termina de zanjar la diferencia interior-exterior, cuerpo-palabra, percepción-lenguaje, consolidando una nueva ontología:

Es justamente mediante la noción de quiasmo que se puede desarticular toda distinción rígida de interior y exterior, de propio y ajeno, ya que la experiencia que procede de la generalidad corpórea de la Tierra es simultáneamente experiencia de pasividad y actividad, de una posesión marcada por un desposeimiento. (Firenze, 2016, p. 104)

Finalmente, entonces, hay un nexo necesario, y que debemos reconstruir, entre los roles de ser agente activo de la percepción, y objeto pasivo de la percepción por parte de otros. La “carne” implica esta relación: no se vive como sujeto y objeto, ni interno ni externo, pero ambos en *proceso* constante de transformación. De allí que insistimos, desde diversos abordajes, en la importancia de volver crítico el proceso de configuración de la(s) percepción(es) y revisar cómo se construyen las sensibilidades.⁵

MUJERES Y VIOLENCIAS

A partir de lo expuesto, vemos cómo podemos comprender los modos en que este sistema práctico se articula en los barrios pobres del sur de la ciudad. De qué modo podemos analizar e interpretar estas huellas de encierro como experiencia reiterada, una y otra vez, que resulta en introyectar ciertas geometrías corporales.

Antes de proseguir con el análisis de las entrevistas, debemos situarnos en un siglo en el que, si bien ya no se duda de la existencia de

5 Como ya expresamos en D'hers 2020, entendemos que nada, ni la naturaleza-cultura-sujetos-objetos pre-existen a sus configuraciones entrelazadas del mundo. Aquí insistimos en la idea de pensar en términos de procesualidad, necesariamente situada. Nada existe por fuera de las relaciones, interacciones, y de allí que se da importancia, en estas perspectivas, a lo local. Entonces, remite a una conexión reflexiva entre el perceptor encarnado y el mundo vital, con miras a comprender qué lugar ocupa/encarna “la mujer”, fuera de todo esencialismo, *situada* como depositaria de dominaciones superpuestas que se refuerzan: capitalista, patriarcal, ambiental.

violencia ejercida contra las mujeres, esto resulta de una construcción epistémico-política histórica.

Según lo antedicho, podemos afirmar que la identificación de esta problemática global en términos de *feminización del sufrimiento y la pobreza* no es nueva. Ya hace más de 20 años, en la Plataforma de Beijing para la Acción del año 1995, la ONU refería en estos términos:

La mayoría de los 1.5 millones de personas que viven con 1 dólar o menos por día son mujeres. Además, la brecha entre hombres y mujeres atrapados en la pobreza continúa aumentando en la década pasada, un fenómeno referido comúnmente como “feminización de la pobreza”. Mundialmente, las mujeres ganan en promedio un poco más del 50% de lo que ganan los hombres (...). (La Conferencia de Beijing) llevó a la introducción de una definición más amplia de pobreza, una que no solo considere las necesidades básicas pero que incluya el impedimento al acceso de oportunidades y elecciones.⁶

Además, esto viene siendo observado y analizado desde el movimiento feminista:

El feminismo surgió de la declaración de igualdad universal en el contexto de la democracia liberal, posicionada discursivamente en y como contradicción —no solo en la arena de la ciudadanía política— sino también en muchas áreas de la vida económica y social. A pesar de muchos cambios en los significados y prácticas de la democracia liberal, su hegemonía discursiva permanece, y el feminismo permanece como una de sus contradicciones. (Scott, 2009, p. 19)

Esta “condición subalterna”, que el feminismo busca evidenciar y revertir, se explica por el sistema patriarcal, “surgido en algún momento de la evolución del periodo neolítico y como fenómeno muy probablemente vinculado a la larga ‘revolución agrícola’, (que) desarrolló ideaciones y prácticas de sometimiento de las mujeres” (Barrancos, 2020, p. 1).

A partir de lo propuesto por Lerner, vemos cómo el patriarcado implica una devaluación simbólica de las mujeres en relación con lo

6 “The majority of the 1.5 billion people living on 1 dollar a day or less are women. In addition, the gap between women and men caught in the cycle of poverty has continued to widen in the past decade, a phenomenon commonly referred to as ‘the feminization of poverty’. Worldwide, women earn on average slightly more than 50 per cent of what men earn (...). An important achievement of the Beijing Conference has been the recognition by governments that there is a gender dimension to poverty. This has resulted in efforts to refocus poverty eradication policies to address specifically the needs of women, particularly in rural areas. It has also led to the introduction of a wider definition of poverty, one that not only takes into account minimum basic needs but also includes the denial of opportunities and choices” (ONU, 2020).

divino, al instaurarse el monoteísmo (Lerner, 1986, p. 27), pudiendo rastrear también la idea de las mujeres como seres incompletos al pensamiento aristotélico:

Puesto que a la mujer se le asignó por designio divino una función biológica diferente a la del hombre, dicen, también se le deben adjudicar cometidos sociales distintos. Si Dios o la naturaleza crearon diferencias de sexo, que a su vez determinaron la división sexual del trabajo, no hay que culpar a nadie por la desigualdad sexual y el dominio masculino. (Lerner, 1986, p. 35)

Más tarde, cuando la explicación religiosa empezó a perder fuerza, la explicación científica vino en su lugar. En un marco de darwinismo social, se entendía que por su función maternal no eran aptas para otras tareas o para avanzar en estudios superiores, etcétera. Incluso, estados como la menstruación, la menopausia o el embarazo se consideraban como debilitantes (Lerner, 1986, p. 38).

Aunque con el tiempo las ciencias sociales han encontrado que la dominación masculina no es en absoluto universal, y se evidenció el modo como las tareas de ambos sexos resultan indispensables para la supervivencia del grupo en las sociedades primitivas, esta visión persiste. Inclusive la teoría freudiana, que sirvió a los argumentos feministas, también vino a reforzar el argumento de supremacía masculina, dado que la mujer y su *falta* de falo la instalaban en esa deficiencia como punto de partida.

En concreto, se fue normalizando (y así invisibilizando) la noción de la mujer como ligada a la naturaleza, por su capacidad de procrear; y se fue dejando del lado animal, no racional, frente al hombre.⁷ Se relaciona también con la dominación ejercida en la esclavitud, atribuyendo cualidades no humanas a quienes no eran de tez blanca-europea.

En el marco de una burguesía ligada a la ilustración, y la noción de *control* de la naturaleza, esta conexión hace a la mujer más débil, relacionándola además a lo opuesto a la ciencia y el conocimiento: la pasión y la irracionalidad.

Esto, asimismo, la confina al ámbito de *lo privado*, por su tarea natural de materner, vuelta tarea individual (no ya comunal) dentro de la idea de familia monógama, par necesario del Estado burgués:

La construcción del valor compensatorio exponencial de la maternidad — fenómeno erigido en ese siglo de tantos cambios— confirió a las mujeres un extraño estatuto de minusvalía pues se trataba de sujetos discordantes

⁷ Esta temática, dentro del surgimiento y crecimiento del ecofeminismo, fue analizada en D'hers 2020.

con la razón. Las mujeres debían permanecer en la vida doméstica a causa de su ingénita vinculación con la naturaleza, señal de un rezago de la propia evolución de la especie. (Barrancos, 2020, p. 2)

En concreto, la mujer “felizmente” debería permanecer en su casa, lejos de las ocupaciones civiles, la política y de la educación en términos generales. En la modernidad, esto se tornó fundamental para el funcionamiento del sistema mismo, así como la esclavitud.

La tarea de crianza y cuidado, a cargo de las mujeres en el ámbito privado, se combinaba en un inicio con el fenómeno de la esclavitud, como garantía de mano de obra gratuita: “se parangonaba con la justificación de la desigualdad a propósito de la esclavitud, fenómeno que posibilitó la acumulación del proceso capitalista hasta que su propia realización estuvo en riesgo debido a los costos de manutención de los trabajadores esclavos” (Barrancos, 2020, p. 3).

En términos más amplios, esto redundaba en una *minorización* en general. En palabras de Rita Segato:

La intervención colonial, del pasado y del presente, en lo que he llamado el “mundo-aldea” (Segato, 2015a y b) ha terminado por minorizar todo lo que respecta a las mujeres. El término minorización hace referencia a la representación y a la posición de las mujeres en el pensamiento social; minorizar alude aquí a tratar a la mujer como “menor” y también a arrinconar sus temas al ámbito de lo íntimo, de lo privado, y, en especial, de lo particular; como “tema de minorías” y, en consecuencia, como tema “minoritario”. (Segato, 2016, p. 91)

Ahora bien, cabe destacar que esta diferencia atribuida a las mujeres como primordialmente ligadas a lo natural, en un inicio no era necesariamente considerada como *violencia*. Sería recién en la Segunda Ola Feminista, en los años 1960s, cuando se terminaría de dar un cambio epistémico político que permitió que este dominio fuera considerado como un *modo de violencia*, hecho que fue plasmado en la legalidad actual.⁸

8 A modo de ejemplo, se cita la ley argentina: “Ley de protección integral para prevenir, sancionar y erradicar la violencia contra las mujeres en los ámbitos en que desarrollen sus relaciones interpersonales”. Artículo 4º Definición: “Se entiende por violencia contra las mujeres toda conducta, acción u omisión, que, de manera directa o indirecta, tanto en el ámbito público como en el privado, basada en una relación desigual de poder, afecte su vida, libertad, dignidad, integridad física, psicológica, sexual, económica o patrimonial, como así también su seguridad personal. Quedan comprendidas las perpetradas desde el Estado o por sus agentes. Se considera violencia indirecta, a los efectos de la presente ley, toda conducta, acción u omisión, disposición, criterio o práctica discriminatoria que ponga a la mujer en desventaja con respecto al varón” (Ley 26.485 de 2009).

Esto que la historia del feminismo ilustra, se evidencia en los estudios de campo recientes. En palabras de De Sena: “La misma (la violencia) se instala como práctica sistemática de la cotidianeidad y se suma como un obstáculo más a la posibilidad de desarrollo personal y colectivo de estas mujeres” (2017, p. 209).

Tal como explicita Segato, podemos afirmar que todo esto se sintetiza en la idea de que vivimos en una “guerra contra las mujeres”, donde la “dueñidad” (Segato, 2016, p. 17) es la lógica que rige los vínculos. Retomando a De Sena:

Es posible aseverar que el problema de la violencia doméstica de género que corresponde especialmente a ciertos sectores sociales se trata de una problemática que abarca a la sociedad en su conjunto y que remite a un sentido del “tener” como eje de las relaciones humanas. En esta última dirección, el poseer a una mujer resulta importante en una sociedad en la que ha primado una fuerte imagen de masculinidad ligada al “éxito personal” y la “fortaleza física proveedora de protección”. (De Sena, 2017, p. 221)

Finalmente, pasamos a articular este análisis de las sensibilidades ligadas a la espacialidad en mujeres pobres, a partir de la aplicación de entrevistas bailadas, observando este particular modo en el que, cotidiana y constantemente, se van superponiendo con las múltiples violencias relatadas instaladas y normalizadas.

ENCIERRO Y ACOSTUMBRAMIENTO: NORMALIZANDO LOS MUROS METODOLOGÍA DE ANÁLISIS

La metodología aplicada es la de entrevistas bailadas/en movimiento, dentro de la investigación social basada en el arte (Scribano 2008, 2016). Sobre el supuesto de que “crear/expresar” es una oportunidad que nos permite acceder al mundo social por medio de actos que se ubican *más acá* de la palabra, desde una apertura hacia expresiones creativas, se produce un cruce en el *acto de hacer explícito*. “Explicitar refiere no solo a modos de comprensión del mundo sino a las maneras de experienciarlo, entendiendo que esa experiencia es un proceso. Son actos de generación de mundos, son experiencias con ‘cosas’ (Ingold, 2010), desde/hacia el entorno” (D'hers et al., 2018).⁹

9 “Lo que hemos creado son dispositivos de expresividad y ahora estamos exponiendo un vehículo, un procedimiento que provee de un camino para identificar, seleccionar y organizar algunas informaciones sobre lo real inscriptas en la expresividad. Procedimientos estos últimos que se conectan con la validez. Un enunciado científico se caracteriza por tener garantías de su validez, por ‘poder mostrar’, poder ‘señalar en dirección de’, por poder brindar un plexo de informaciones que respalden una afirmación” (Scribano, 2016, p. 2).

Es posible así, sintetizar la experiencia en cuatro momentos: a) pregunta planteada al interlocutor; b) respuesta bailada, c) explicitación por parte del sujeto del sentido/significado de lo bailado y d) diálogo sobre la experiencia y lo explicitado en c). Se comienza con una explicitación de los objetivos de la actividad/encuentro, siguiendo por la conjunción pregunta/respuesta, la narración del sujeto sobre lo que hizo como “respuesta con movimiento”, y el diálogo final.

Así, en esta dinámica de la entrevista es el entrevistado/a quien narra acerca de su respuesta moviente; construye una narración sobre lo que hizo con los desplazamientos del cuerpo en el espacio para responder la pregunta sobre el sentir. Se da un diálogo en el que se explicita lo que se realizó, y así se desencadena una conversación.

La pregunta disparadora, en este caso, se refería al “barrio”: *cómo sentís el barrio*.

A partir de las experiencias que se vienen realizando, en investigaciones anteriores, se observa una apertura a significaciones a partir de la sensibilidad despertada durante el movimiento. Las entrevistadas, a partir de movimientos o desplazamientos relativamente simples, y breves, desencadenan una conversación ligada a texturas y sensaciones concretas.

En general, se produce incluso cierta sorpresa sobre las temáticas que emergen en la conversación. A partir de gestos y movimientos, en el momento de explicitar y comentar “¿qué es lo que hiciste?”, las participantes rememoran y explicitan sensaciones que no vinculaban en primera instancia con la respuesta “reflexiva” sobre el tema. En este sentido, y en cruce con lo propuesto desde la fenomenología,

La receptividad como parte fundante de la actividad, permite observar que en ella hay ya un *campo de percepción*, al igual que hay un campo del recuerdo también en pasividad. Si bien los conceptos de recuerdo y de percepción desde el ámbito de la experiencia refieren a un tipo de actividad, desde la fenomenología husserliana no se encuentran en oposición ni escindidos de la pasividad; adquieren cierta gradualidad que deviene de la receptividad como el nivel más bajo y que sustenta la actividad. (Mejía Jiménez, 2007, destacados nuestros)

Es este juego de receptividad, pasividad, recuerdo y percepción, el que se pone en juego en el momento de reflexión sobre lo realizado al poner en palabras, y expresar/explicar lo realizado para responder a la pregunta propuesta desde el entrevistador.

A partir de aquí, retomamos las entrevistas llevadas a cabo en tiempos pre-pandémicos, para indagar en torno a la sensibilidad del espacio vital y espacio vivido.

Las entrevistas analizadas se realizaron durante los últimos meses de 2019, a residentes en los barrios de Lugano, Villa Cildáñez, Piedrabuena y Villa 15 (Comuna 8), en la zona sur de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. El trabajo recoge experiencias particulares en un muestreo por bola de nieve, no estadístico.

Dentro de las 15 comunas que componen la ciudad, la Comuna 8 es la más empobrecida, siguiendo los datos de la Dirección Nacional de Estadísticas y Censo de la ciudad (Tabla 1).

Históricamente, hacia la zona sur-oeste se encuentran los barrios con menos poder adquisitivo, dentro de la ciudad más rica del país. La identidad de las entrevistadas se mantiene anónima.

Tabla 1

Distribución porcentual de población por condición de pobreza multidimensional según comuna.
Ciudad de Buenos Aires. Año 2019

Comuna	Total	Condición de pobreza multidimensional	
		Pobres multidimensionales	No pobres multidimensionales
Total	100,0	20,3	79,7
1	100,0	26,5	73,5
2	100,0	5,2	^a 94,8
3	100,0	21,2	78,8
4	100,0	43,0	57,0
5	100,0	21,1	78,9
6	100,0	7,3	^a 92,7
7	100,0	29,9	70,1
8	100,0	47,3	52,7
9	100,0	17,6	82,4
10	100,0	13,0	87,0
11	100,0	11,9	88,1
12	100,0	15,8	84,2
13	100,0	5,8	^a 94,2
14	100,0	5,5	^a 94,5
15	100,0	18,1	81,9

a: Valor de la celda con carácter indicativo (el coeficiente de variación estimado es mayor al 10% y menor o igual al 20%).
Nota: excluye la población en hogares que no respondieron el Módulo de Pobreza Multidimensional.

Fuente: Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda y Finanzas del GCBA (DGEYC-GCBA) (2019).

UN ACERCAMIENTO A LAS NARRATIVAS

En este apartado final, observamos cómo se hace carne lo que hemos planteado hasta aquí: se normaliza el “estar encerrada”, y se coagula como una característica más de este mundo del no.

Cabe aclarar que la cuestión de género no era parte del abordaje, ni era tematizada particularmente. Al iniciar las entrevistas, la problemática de la indagación fue explicitada en términos del sentir sobre y en el barrio. Y en la totalidad de las entrevistas, lo relativo al género en términos de violencias fue temática emergente.

En consonancia con lo dicho en el apartado anterior, como primera temática se ve la noción de *propiedad*.

Sintéticamente, esta frase condensa lo surgido repetidamente:

R: Es posesivo. No es mal tipo, pero siempre es cuando él dice. Lo que él dice está bien... jaja.

Se observa cómo se da una dinámica de posesión, en conjunción con sensaciones de limitaciones en la propia movilidad y posibilidades de circulación. En palabras de una entrevistada, los momentos en los que sale a “la escuela” (un bachillerato popular donde está terminando de cursar el nivel secundario), son los momentos de “liberación”:

R: No sé. La escuela, no sé cómo te digo, es mi liberación. A mí no me molesta ser madre, estar con mis niñas. Con mi marido, pero aaahhh mucha carga a veces de parte de él, siempre estoy escondida ahí. Ya está. Pero siempre, igual, fiesta cumpleaños, siempre soy yo la que estoy primera, voy, hago las cosas, la última que salgo, pero que nadie ve eso. Siempre estoy ahí escondida, ahí parada (...) Estoy ahí, parada, para nada, como que no sirvo (llora).

Así, vemos cómo a través de la expresividad encarnada en el espacio, por medio de un movimiento (un desplazamiento y reclinarse sobre/hacia una pared, y apoyar la cabeza), la quietud aparece y es la forma de explicitar que la sensación primordial es la de encierro:

P: ¿Cómo sentís el barrio? (pregunta disparadora) Sin hablar, haces lo que vos quieras. Empezas cuando quieres, terminas cuando quieres.

R: ¿Me vas a entender?

P: No te preocupes

R: (Solo se acerca a la pared y se apoya. Se queda quieta)

Eso, nada más...Yo no salgo, estoy todo el día encerrada en mi casa, salgo para comprar pan, tengo 2, 3 chicas que hablamos y hasta ahí.

En algunos casos, como este, esto redundaría en una *limitación* en el círculo social, en las personas a quienes ve o con quienes estas mujeres se pueden encontrar.

Sale también la cuestión del barrio con relación a la ciudad capital. Siendo parte de la misma ciudad, los muros existen tanto concreta y en el propio imaginario de los lugares habilitados para su *circulación*:

R: En capital seguro tenes un patio... (con referencia a la entrevistadora, que vive en un barrio cercano, pero identificado como "capital")

P: ¿Y no vas a capital? Cuando decís capital ¿Salís del barrio? ¿Haces algo por fuera?

R: No. Solo acá en Lugano. Juego a la pelota acá. A veces voy a La Plata donde están mis parientes, pero no mucho. 2 a 3 veces al año. Ocasión muy especial.

Y los caminos sí habilitados para la *circulación* son aquellos ligados a la figura masculina. Tal como relata otra entrevistada:

P: ¿Dónde vas cuando estas en el barrio?

R: A lo de mi suegra.

Si voy sola en la plaza no. Cuando llevo mi nene al jardín voy temprano, pero no le cuento que voy a la placita.

(...) ¿Y por qué no me esperaste?... Siempre con él. Con él.

En este plano, nada se liga al disfrute, no hay espacio para el bienestar fuera del rol materno y ligado al ámbito doméstico. Así, se concreta lo mencionado más arriba en términos de "dueñidad" y, por ende, falta de libertad:

R: No sé cómo hacer. Quiero tener más libertad. No te digo que me quiero separar de mi marido. El papá de mis hijas.

Yo ya le estoy diciendo...el sábado van a hacer la fiesta. Y me dice: "vos no vas a venir a esa...". Y yo quiero venir. Estar con ellos. Quiero escuchar música. Quiero comer. Y si se va a bailar quiero bailar. Y ya está otra vez poniendo trabas. Y me molesta.

Y yo para no pelear, otra vez me hago... otra vez tengo que adular como que yo tengo la culpa. Yo soy muy divertida. Pero no para mirar a otro hombre como él piensa con esa cabeza podrida que tiene.

(...) Esa libertad que usted tiene. No sé si tiene marido, pero usted viene acá (...).

Así, esta geometría corporal determina cierta gramática de las acciones, que resulta en una fuerte limitación en la esfera tanto social, según se evidencia más arriba, como pública.

Respecto de lo público relativo al nivel cívico, y retomando lo antedicho ligado al movimiento feminista (movimiento previo a los planteos teóricos), la presencia de esta “ola” feminista no pasa desapercibida, pero redundante en mayor control.

Frente a la pregunta de por qué harían lo que hoy no pueden hacer, incluso al límite de no decirlo:

P: ¿Te gustaría salir? Que decís que estás siempre adentro. ¿Dónde te gustaría ir?

R: Sí!!

P: ¿Qué es lo que te gustaría hacer que no podés hacer?

R: Hace poco hubo esa marcha de mujeres, y yo soy muy... sé que mi marido me va a decir que no. Y me callo y no digo nada y me guardo todo. Y hay gente que viene y me habla, como usted o la profe que vienen y me hablan y yo ya... como ahora... Cuento y ya empiezo a llorar. No sé si está bien o está mal, pero es lo que yo siento.

Y quiero irme, tengo parientes en La Plata, y siempre tengo que, con anticipación, tengo que decir, mirá, arregle con tal... irme con las dos nenas y me dice: “Hace lo que quieras” y yo ya sé que me está diciendo que no...

Aquí se abren dos puntos centrales. Por un lado, el “no saber” si algo está bien o no, perder el criterio a partir del cual poder “juzgar” lo que se siente.

Por otro lado, se revela un aprendizaje del silencio, que en varios casos se corresponde con la quietud física durante la entrevista, y la falta de circulación.

Cuando se indaga en torno a por qué se permanece en estas geometrías específicas, en términos generales es necesario tener en cuenta el factor económico de dependencia:¹⁰

P: En algún momento, ¿te gusta estar con él?

R: ... Si... Si... A veces que no, déjame, déjame tomar. No sé cómo explicarlo.

10 Aquí se abre un tema central, que por su complejidad dejamos para futuros análisis. En principio, se deben tener en cuenta las múltiples aristas económicas de la dependencia. Por una parte, dependencia de planes y subsidios estatales (cfr. Dettano, Cena y Chahbenderian, 2017); por otro, el efecto de transformación de la temporalidad en los casos de endeudamiento privado. Tal como sintetizan Gago y Cavallero, “Hoy vemos cómo las finanzas aterrizadas en los territorios han construido una red capilar capaz de, por un lado, proveer financiamiento privado y carísimo para resolver problemas de la vida cotidiana, derivados del ajuste y la inflación; y, por otro, estructurar la temporalidad de una obediencia a futuro, culpabilizando e individualizando la responsabilidad de unos despojos que han vaciado los territorios de infraestructura (de la salud a los servicios de agua, pasando por la provisión de alimentos). Hoy el endeudamiento generalizado amortiza la crisis” (2019, p. 26).

No lo siento malo. No creo que sea mal tipo. Pero siempre me arrastra, tengo que estar pegada a la espalda de él y hacer lo que él quiera... Con un jean no. Y si me pinto... él no me grita, pero me mira... "¿así vas?" Se ríe y me molesta. Porque no puedo venir como mis compañeras, que son señoras grandes, coquetas.

La condena y el límite y control en ocasiones aparecen velados, en gestos y observaciones que aparentemente son mínimas, pero que regulan el comportamiento y modos de transitar y comportarse socialmente.

Finalmente, podemos referir a la temática desde la repetición entre generaciones:

P: ¿Y qué te acordas de Paraguay?

R: Acá siempre estoy encerrada. Allá no es así. Está el río. Te sentabas afuera en la vereda. Salía a bailar. Tuve una infancia un poquito para abajo (risas).

Me pegaban mucho. Porque los papas de antes eran así.

Esta matriz vincular, que se traduce en geometrías corporales específicas, como hemos dicho al inicio del escrito, no es nueva, ni social ni individualmente. Más acá de la mayor visibilización de estas violencias a nivel social y político, esto permanece y se reproduce en la experiencia cotidiana, demarcando espacios vividos que coagulan las posibilidades vitales de las mujeres, dentro de escenarios de pobreza y precarización generalizadas.

REFLEXIONES FINALES

En este breve escrito, nos acercamos a una problemática ampliamente discutida y revisada en los últimos años. Como primer acercamiento a las entrevistas realizadas, se presentó un resumen de los puntos centrales, destacando ciertos aspectos relacionados con la experiencia de mujeres, recogida desde un abordaje cualitativo. Es decir, sin ánimos de generalización ni exhaustividad, se puede indicar la reiteración de ciertas sensibilidades respecto al espacio vivido por mujeres en la ciudad.

Palabras como encierro, movilidades interrumpidas, quietud y silencio, se reiteran y conforman el repertorio cotidiano.

Entonces, más allá del espacio espacializado, que aparece en sordina en las entrevistas en sus características específicas (la capital, el barrio, las calles, las plazas, son mencionadas con relación a los impedimentos), la experiencia que las entrevistadas tienen es, en términos generales, de limitación y fronteras bien delimitadas en su vida cotidiana.

Aquí cabe destacar que, si bien la presentación de la entrevista era explicitada como ligada al “barrio”, la temática del espacio urbano y ambiental aparecía recién después de que estas experiencias emergieran. Luego del momento de movimiento para responder las preguntas, este cuerpo-carne quedaba atravesado por esos pocos movimientos que, como cuerpo vivido, sintetizaban un espacio personal, experiencial, un modo de estar-en-el-mundo.

Este cuerpo en tanto subjetividad vivida, cuerpo subjetivo necesariamente siempre en unidad con el cuerpo individuo y el cuerpo social, definidos mutuamente en la interacción social e intersubjetividad, y solo operando esta distinción a nivel analítico, encarna estas determinaciones día a día, dentro de este sistema práctico consistente.

Los itinerarios quedan bien delimitados y las tareas demarcadas: las mujeres mayormente pertenecen al ámbito de lo privado, del cuidado.

Finalmente, antes que mostrar una novedad, vemos aquí la reafirmación de lo definido al inicio, en la experiencia vivida de mujeres sobre todo de sectores pobres y cada vez más empobrecidos.

Dentro de esta “nueva normalidad” que se viene nombrando desde 2020, es urgente comprender estas problemáticas desde la raíz, siendo que son constitutivas. En un escenario de mayor pobreza y vulneración, las dependencias van en aumento, y los encierros en libertad, también.

BIBLIOGRAFÍA

- Barrancos, D. (2020). *Historia mínima del feminismo en América Latina*. México: COLMEX.
- Cervio, A. L. y D'hers, V. (2012). Cuerpos y sensibilidades en falta. Una aproximación a la noción de necesidad en contextos de segregación socio-espacial. En Cervio, A. L. (Ed.), *Las tramas del sentir. Ensayos desde una sociología de los cuerpos y las emociones* (pp. 115-150). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, A.; Lisdero, P. y D'hers, V. (2020). “Cuerpos precarios”: habitar, respirar y trabajar en el Sur Global. Una mirada desde la sociología de los cuerpos/emociones. *EMPIRIA. Revista de Metodología de Ciencias Sociales*, (47), 43-63. Disponible en: <http://revistas.uned.es/index.php/empiria/article/view/27424>
- D'hers, V. (2013). Encarnando la necesidad: cuerpos, espacios y habitus en dos barrios del conurbano, Provincia de Buenos Aires, Argentina. *Revista INTERSTICIOS*, 7(1), 115-130. Disponible en: <http://www.intersticios.es/article/view/11256>

- D'hers, V. (2017). Sentir (o del ser, saber, hacer). Reflexiones sobre la percepción. En Scribano, A. y Aranguren, M. (Orgs.), *Aportes a una sociología de los cuerpos y las emociones desde el Sur* (pp. 135-156). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora. Disponible en: <http://estudiossociologicos.org/-descargas/eseditora/aportes-a-una-sociologia-de-los-cuerpos/aporte-a-una-sociologia-de-los-cuerpos.pdf>
- D'hers, V. (2019). Estudios de percepción ambiental: aproximaciones hacia la filosofía y práctica del yoga como herramientas hermenéuticas. *Desenvolv. Meio Ambiente*, 51, 24-42. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.5380/dma.v51i0.62876>
- D'hers, V. (2020). Mujer y naturaleza, ¿Una relación privilegiada? Identificando sensibilidades ecofeministas en el siglo XXI. En D'hers, V. y Boragnio, A. (Eds.), *Sensibilidades y Feminidades: mujeres desde una sociología de los cuerpos/emociones* (pp. 21-46). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- D'hers, V. et al. (2018). Entrevistas en Movimiento: balances y perspectivas de un desarrollo metodológico. En *Proyectos de Reconocimiento Institucional de Investigaciones PRII 2013-15*. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- D'hers, V. y Cervio, A. L. (2019). Dolor social, conflictividad y pobreza: un abordaje desde las experiencias de inmigrantes limítrofes en la Ciudad de Buenos Aires. *Digithum*, (23), 1-13. Disponible en: <http://doi.org/10.7238/d.v0i23.3142>
- D'hers, V. y Pellón, I. (2020). Extractivismos encarnados. Reflexiones sobre la vulnerabilidad desde una sociología de los cuerpos/emociones. *Revista de la Carrera de Sociología (UBA)*, 10 (10), 4-34.
- De Sena, A. (2017). Pobres y a los golpes: la voz de las mujeres violentadas. En Vergara, G. y De Sena, A. (Comps.), *Geometrías sociales* (pp. 207-223). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Dettano, A.; Cena, R. y Chahbenderian, F. (2017). ¿Qué significa “estar incluidos”? Un análisis desde los Programas de Transferencias Condicionadas de Ingreso implementados en Argentina en la primera década del Siglo XXI. En Scribano, A. y Aranguren, M. (Comps.), *Aportes desde una sociología de los cuerpos y las emociones desde el Sur* (pp. 177-193). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda y Finanzas del GCBA (DGEYC-GCBA) (2019). Distribución porcentual de población por condición de pobreza

- multidimensional según comuna. Ciudad de Buenos Aires. Año 2019. Encuesta Anual de Hogares (EAH). Disponible en: <https://www.estadisticaciudad.gob.ar/eyc/?p=122433>
- Dirección General de Estadística y Censos, Ministerio de Hacienda y Finanzas del GCBA (DGEYC-GCBA) (2021). Distribución de hogares y personas por estrato. Ciudad de Buenos Aires. 1er semestre de 2015/2do semestre de 2020. Encuesta Anual de Hogares (EAH).
- Duvisac, D. (2014). The concept of spatiality in Heidegger, Merleau-Ponty and Patocka. (Tesis de Licenciatura). James Madison University. Disponible en: <https://commons.lib.jmu.edu/honors201019/407>
- Firenze, A. (2016). El cuerpo en la filosofía de Merleau-Ponty. *Daimon. Revista Internacional de Filosofía*, 5, 99-108. Disponible en: <http://dx.doi.org/10.6018/daimon/270031>
- Gago, V. y Cavallero, L. (2019). *Una lectura feminista de la deuda: ¡Vivas, libres y desendeudadas nos queremos!* Buenos Aires: Fundación Rosa Luxemburgo.
- Lerner, G. (1986). *La creación del patriarcado*. Madrid: Editorial Crítica.
- Ley 26.485 de 2009. De protección integral a las mujeres. 1 de abril de 2009.
- Mejía Jiménez, E. A. (2007). Experiencia pre-predicativa y campo de pasividad en la fenomenología genética de Edmund Husserl. *Reflexiones Marginales*, (41). Disponible en: <http://reflexionesmarginales.com/3.0/experiencia-pre-predicativa-y-campo-de-pasividad-en-la-fenomenologia-genetica-de-edmund-husserl/>
- Merleau-Ponty, M. (2002 (1945)). *Fenomenología de la percepción*. Madrid: Editorial Nacional.
- ONU (2020). The Feminization of Poverty (Ficha técnica DPI/2035/A). Disponible en: <https://www.un.org/womenwatch/daw/followup/session/presskit/fs1.htm>
- Quiñones, A. (2015). ONU Mujeres: Líneas de trabajo para la eliminación de la violencia contra las mujeres en el Caribe y Centroamérica. En Guajardo, G. y Rivera, C. (Eds.), *Violencias contra las mujeres. Desafíos y aprendizajes en la Cooperación Sur-Sur en América Latina y el Caribe*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile.

- Scott, J. (2009). La historia del feminismo. *Anuario de Hojas de Warmi*, (14). Disponible en: <https://revistas.um.es/hojasdewarmi/issue/view/11181>
- Scribano, A. (2008). *Proceso de investigación social cualitativo*. Buenos Aires: Prometeo.
- Scribano, A. (2012). Sociología del cuerpo/emoción. *RELACES. Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, 4(10), 93-113.
- Scribano, A. (2016). *Investigación social basada en la creatividad y expresividad*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Segato, R. L. (2016). *La guerra contra las mujeres*. Madrid: Traficantes de Sueños.
- Vergara, G. (2009). Conflicto y emociones. Un retrato de la vergüenza en Simmel, Elías y Giddens como excusa para interpretar prácticas en contextos de expulsión. En Figari, C. y Scribano, A. (Comps.), *Cuerpo(s), subjetividad(es) y conflicto(s). Hacia una sociología de los cuerpos y las emociones desde Latinoamérica* (pp. 35-52). Buenos Aires: CICCUS-CLACSO.
- Vergara, G. (2017). Distancias, formas y procesos: a modo de introducción. En Vergara, G. y De Sena, A. (Comps.), *Geometrías sociales* (pp. 9-26). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Vergara, G. y De Sena, A. (Comps.) (2017). *Geometrías sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.

HABITAR EN LA SOCIO-SEGREGACIÓN: UNA EXPLORACIÓN SOCIOLÓGICA DESDE LOS OLORES

Ana Lucía Cervio

INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, las transformaciones del capitalismo a escala global han supuesto profundas reconfiguraciones tanto en los modos de planificación y organización de las ciudades, así como en las maneras sociales de habitarlas y sentirlas. La sub-urbanización de las metrópolis (Borsdorf e Hidalgo, 2010; Pagliarin y De Decker, 2021), los flujos transnacionales de personas (Congress, 2017; Kleidermacher, 2016) y la segregación socio-espacial y racializante (Duhau, 2003; Cervio, 2021; Picker, 2017), solo por mencionar algunos procesos significativos que acompañan la “generalización de lo urbano” como dinámica planetaria (De Mattos, 2010), no solo implican transformaciones sustanciales en las formas de producción y consumo de la ciudad, en la revalorización estratégica de los espacios o en el establecimiento de nuevas centralidades urbanas (Vecslir y Ciccolella, 2012; Méndez, 2007). También impactan en forma radical sobre las experiencias y sensibilidades de las personas y colectivos que habitan en las ciudades.

Una de las consecuencias más evidentes de las aludidas metamorfosis espaciales es la consolidación de formas de habitabilidad precarias que permean (por vías diversas y superpuestas) las prácticas

individuales y colectivas, las modalidades que asume el conflicto, los repertorios de las acciones colectivas, las dinámicas institucionales para la gestión y procesamiento de las demandas sociales, las formas de consumo y disfrute, así como las intersticialidades y expresiones de “resistencias” emergentes en distintas escalas urbanas.

Desde una mirada estructural, la segregación socio-espacial¹ y la consolidación de la pobreza que se ha venido intensificando en Argentina en forma sostenida durante las últimas décadas (Minujín y Kessler, 1995; Cravino, 2018), no solo tiene un correlato “espacial”, observable en los procesos de expansión desigualitaria de las periferias, en las formas de precariedad y/o suntuosidad que asumen los consumos clasistas del suelo, en los conflictos y demandas de servicios e infraestructuras por parte de distintos sectores sociales, o en las movilidades intra e interurbanas. También supone la consolidación de políticas de las sensibilidades que, en su operación cotidiana y desapercibida, erigen un conjunto de muros (“mentales” y “de concreto”) en torno de los cuales las ciudades quedan fragmentadas, propiciando la emergencia de una compleja articulación de prácticas, experiencias y conflictos.

Recuperando la noción de *habitar* propuesta por Henri Lefebvre (1978a, 2013), para quien se trata de una práctica política-creativa que transforma tanto al espacio como a los sujetos, este capítulo se propone analizar algunas conexiones entre habitabilidad, memorias y políticas de los sentidos en contextos urbanos signados por la segregación socio-espacial. Desde los aportes de los estudios sociales de la ciudad en sus cruces con una sociología de las sensibilidades, conceptualmente se define la experiencia del habitar como una

relación sensible que actualiza los entramados prácticos y emocionales que los sujetos ponen en juego en sus interacciones cotidianas. Dicha experiencia es el resultado de la in-corporación de los procesos y efectos de dominación (vuelto mirada, olfacción, audición, tacto y gusto) que actualizan las percepciones asociadas a las formas socialmente construidas de las sensaciones. (Cervio, 2015, p. 43).

1 Se retoma la definición de Sabatini, Cáceres y Cerda (2001, p. 27) quienes conceptualizan a la segregación socio-espacial como “el grado de proximidad espacial o de aglomeración territorial de las familias pertenecientes a un mismo grupo social, sea que este se defina en términos étnicos, etarios, de preferencias religiosas o socio-económicos, entre otras posibilidades”. Una aproximación a la segregación socio-espacial en sus articulaciones con las políticas de las sensibilidades puede revisarse en Cervio, 2020.

Con el propósito de efectuar una aproximación a las sensibilidades de sujetos que desde hace varias generaciones reproducen su cotidianidad en espacios urbanos socio-segregados, el trabajo indaga las experiencias del habitar en villas de emergencia y barrios precarizados de la ciudad de Córdoba (Argentina) durante la década de 1980. Particularmente, el estudio pone en tensión el encuentro entre pasado-presente desde la perspectiva de los sujetos, explorando las sensibilidades que estos evocan a la hora de reconstruir sus días en el entorno habitado durante la transición democrática. Frente al dato socio-biográfico de que la pobreza ha acompañado la reproducción inter-generacional de las voces que aquí se reproducen, la memoria emerge como una categoría sustantiva que se entrecruza con la sensorialidad y las sensibilidades, constituyéndose en un eje analítico ineludible.

Para alcanzar el objetivo mencionado, se ha elaborado la siguiente estrategia argumentativa. En primer lugar, se propone una discusión conceptual sobre las conexiones entre políticas de los sentidos y experiencias del habitar en el marco de las ciudades capitalistas. En segundo lugar, se analizan fragmentos de entrevistas con residentes de villas y barrios precarizados de Córdoba, recuperando algunas de sus “memorias del habitar”. Particularmente, se efectúa una exploración de las experiencias del habitar en los años 80 a partir de los olores evocados por los entrevistados al momento de ofrecer una reconstrucción (“personal”) del entorno habitado. Finalmente, a modo de cierre, se proponen lecturas emergentes desde una sociología de las sensibilidades urbanas.

POLÍTICAS DE LOS SENTIDOS Y EXPERIENCIAS DEL HABITAR

*“Habitar es lo propio de la especie humana.
Los animales salvajes tienen madrigueras,
los carros se guardan en cocheras y hay garajes para los
automóviles.
Solo los hombres pueden habitar. Habitar es un arte.
(...) El humano es el único animal que es un artista,
y el arte de habitar forma parte del arte de vivir.”*
Iván Illich (2014, p. 29)

Habitar es, sin lugar a dudas, una de las prácticas más elementales que conectan al sujeto con el mundo. Definido en forma genérica como sinónimo de vivir/morar (Real Academia Española (RAE), 2021), habitar un espacio, una experiencia o un cuerpo constituye un acto de ocupación y apropiación fundante que reafirma el carácter social de la existencia humana en el mundo.

Etimológicamente, el verbo habitar deriva del latín *habitāre*, que significa “ocupar un lugar” o “vivir en él”. No obstante, tal como señalan Corominas y Pascual (1984), también es frecuentativo de *habere*, lo cual señala los estrechos lazos que existen entre habitar y la acción de tener, poseer o disponer aquello que se habita. Junto con las definiciones asociadas a la morada y la posesión, el término habitar también forma parte de una familia de palabras que incluye tanto al hábito (vestido o traje que usan religiosos y religiosas; insignia con que se distinguen los órdenes militares) como a los hábitos (costumbres, destrezas y modos “habituales” de conducirse); aspecto que alumbraba una conexión entre habitar y aquello que se hace, se porta o se estima en forma consuetudinaria y/o “habitual”.

Con todo, estas aproximaciones etimológicas muestran que la acción de habitar involucra diversos modos de ocupación, permanencia y apropiación de un espacio, objeto u experiencia, así como un conjunto de significados y disposiciones (afectivas, corporales, vitales, tecnológicas y culturales) que los sujetos ponen en juego en el marco de sus relaciones de posesión, reproducción, disputa o disfrute del mundo.

Reconociendo el valor de la línea de pensamiento inaugurada por Heidegger en su clásico ensayo *Construir, habitar, pensar* (1951), Lefebvre (1978b) sostiene que habitar es un hecho social y político elemental en tanto involucra la *conversión* del espacio vivido en un *lugar propio*. Tal apropiación demanda del sujeto una activa inversión de capacidades, emociones e imaginación que hacen del habitar una práctica histórico-social, dependiente de las condiciones materiales de existencia. Esta mirada creativa, subsidiaria de la capacidad creadora del hombre para producir y transformar su entorno, impone una distancia crítica con la categoría “hábitat”. En efecto, según Lefebvre, la misma fue producto de la invención de un grupo de “notables” que, hacia fines del siglo XIX, terminaron por desplazar la función creativa-creadora del habitar, estableciendo en su reemplazo al hábitat como una mera cuestión morfológica y, como tal, objeto de estudio e intervención específica de un reducido conjunto de especialistas. De este modo, se impone una distinción conceptual y científica sobre el espacio que incumbe al conocimiento experto (urbanistas y arquitectos), y que se contrapone —ideológica, política y burocráticamente— con las proyecciones de lo posible/lo imaginado de los usuarios, en definitiva, de los creadores de la “obra”.²

2 Es importante recordar que, en el marco del proyecto teórico-político de Lefebvre, “obra” no es sinónimo de objeto de arte u ornamento, sino la actividad de un grupo que se apropia y se hace cargo de la gestión creativa de la ciudad y sus espacios.

Habitar, para el individuo o para el grupo es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Esto es cierto tanto para pequeños grupos, por ejemplo, la familia, como para grandes grupos sociales, por ejemplo, quienes habitan una ciudad o una región. Habitar es apropiarse un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos, es decir, es el lugar del conflicto, a menudo agudo entre los constreñimientos y las fuerzas de apropiación (...) El conflicto entre apropiación y constreñimiento es perpetuo a todos los niveles, y los interesados lo resuelven en otro plano, el de la imaginación, el de lo imaginario. (Lefebvre, 1978b, p. 210)

Desde esta perspectiva, habitar no se limita a las funciones primordiales asignadas al “lugar de habitación” (alimento, descanso, protección, reproducción, etc.). No es una función accidental del hombre, sino una de sus manifestaciones esenciales y definitorias. Se trata de un rasgo antropológico fundamental (*proprium*), es decir, de una característica distintiva del ser humano en tanto ser social que, como tal, se encuentra profundamente atravesada por el conjunto de cambios y reproducciones que tienen lugar en la estructura de las relaciones sociales de producción en un momento dado. En adición, Lefebvre concibe al habitar como un acto *creativo y transformador* que no solo se despliega sobre el espacio sino, fundamentalmente, sobre los sujetos que ocupan, usan, disfrutan y padecen el espacio habitado como *su* lugar. De aquí que la historia del habitar sea entendida por este pensador francés como un capítulo (y no menor) de la historia social y económica de la humanidad (Lefebvre, 2013, 1978b).

Habitar también es una *práctica productiva*. Como tal, es recurso y resultado de una compleja dinámica de *apropiación espacial* que se expresa en el mundo objetivo a partir de un conjunto de cosas, sentidos y discursos. Dicha apropiación (que exige del sujeto un trabajo de producción, el reconocimiento de la necesidad y el “deseo de hacer”) es concebida como el conjunto de prácticas sociales que otorgan a cierto espacio las cualidades propias de un *lugar*; es decir, de una *obra* (Lefebvre, 2013). De modo que la apropiación implicada en el habitar no se define desde la mera posesión (tener) que impera como rasgo y estructura en el reino de la propiedad privada sino, más bien, desde un *hacer* creativo, transformador, productor de posibilidades.

En suma, desde esta mirada, la *apropiación* implica un complejo proceso de adaptación, creación y transformación del espacio en un *lugar propio* que, lejos de adecuarse meramente al plano morfológico involucrado en el espacio construido (hábitat), responde al lenguaje de la creación y de la imaginación socialmente mediada. De forma que, además de los objetos, los sentidos y las palabras, el habitar con-

fiere un lugar privilegiado a las emociones, a lo simbólico y a lo imaginario, pues reafirma la potencia del sujeto de poder *reconocerse en la obra creada*.

Ahora bien, dado que habitar implica la ocupación, permanencia y apropiación del espacio por parte de un sujeto o colectivo, la “experiencia de habitar”, tal como es definida en este trabajo, supone adentrarse en las dinámicas socio-sensibles que ponen en juego *cuerpos percipientes, sintientes y hacientes* en el marco de sus interacciones cotidianas con la ciudad. Los aludidos entramados pueden ser captados teórica y empíricamente a través de múltiples vías, sin embargo, aquí se privilegia el análisis de las sensibilidades y de las políticas de los sentidos como ejes de articulación sustantivos.

Tal consideración parte de un supuesto inicial: toda experiencia espacial (habitar, consumir, construir, cocinar, amar, etc.) es producto y, a la vez, una producción situada de cuerpos/emociones. Las prácticas desarrolladas por un cuerpo que, por definición, percibe, siente y actúa sobre el mundo según una compleja red de impresiones provenientes de su intercambio con el ambiente (Scribano, 2012) comportan una dimensión del orden del sentir que conecta la producción socio-histórica y económica de la ciudad con las sensibilidades que producen (y sobre las que opera) el orden social.

Sociológicamente, las políticas de las sensibilidades constituyen “el conjunto de prácticas sociales cognitivo-afectivas tendientes a la producción, gestión y reproducción de horizontes de acción, disposición y cognición” (Scribano, 2017, p. 244). Se trata de estructuras sociales que organizan las preferencias y valores de los sujetos, al tiempo que establecen los parámetros para la gestión del tiempo-espacio en el que se inscriben las interacciones cotidianas. Tal operatoria, desapercibida y naturalizada por los sujetos como un modo particular (pretendidamente único y personal) de concebir las horas, los días, los hábitos, la arena pública, los espacios de intimidad, etc., (re)produce las estructuras y relaciones de dominación vigentes bajo el ropaje de prácticas y emociones “de todos los días” (esperanza, dolor, ira, alegría, incertidumbre, etc.).

Ahora bien, desde este esquema conceptual, se asume que las sensibilidades organizan “naturalmente” las dinámicas clasificatorias del mundo social que tienen los sujetos porque cuentan con la asistencia operativa de las denominadas “políticas de los sentidos” (Scribano, 2015). Comprendidas como nodos indispensables de las sensibilidades, tales políticas “producen, localizan, significan y distribuyen socialmente particulares modos de oler, tocar, oír, mirar y saborear que circulan en una sociedad en un tiempo específico, presentando

un radical contenido interseccional entre clase, raza/etnia y género” (Cervio, 2022, p. 10).

Dado que el mundo se conoce por y a través de los cuerpos, los ojos, los oídos, la nariz, la boca y la piel son terminales tan físico-biológicas como histórico-sociales que posibilitan el contacto entre el cuerpo y el mundo (Marx, 2010; Le Breton, 2017; Serres, 2016). Si se aplica este enunciado al escenario urbano, en conexión directa con la teoría del habitar de Lefebvre sintetizada más arriba, las ciudades pueden ser entendidas como “paisajes visuales, sonoros, olfativos, gustativos y táctiles que, analizados en su conjunto, permiten comprender a la sensibilidad como una formación histórica y a la experiencia como un campo multisensorial socialmente estructurado” (Cervio, 2020, p. 341).

Considerar a las ciudades como “*paisajes sensibles totales*” (*sensu* Mauss) es la estrategia teórica que aquí se propone como parte de una sociología de las sensibilidades interesada en analizar las experiencias urbanas a partir de las políticas de los sentidos que organizan la vida social en general, y la vida urbana en particular. En esta clave, y atendiendo a la “división del trabajo de los sentidos” —que alude al carácter complementario y de mutua influencia que ejercen los llamados “cinco sentidos” en la configuración de las relaciones socio-sensibles (Simmel, 2014)— este trabajo analiza experiencias del habitar en la socio-segregación, tomando como punto de anclaje teórico las sensibilidades olfativas que la ciudad produce, significa y distribuye socialmente como parte de sus políticas de las sensibilidades.

“MEMORIAS DEL HABITAR” EN LA SOCIO-SEGREGACIÓN: UNA APROXIMACIÓN TEÓRICA

En Argentina, desde mediados del siglo XX, las villas y asentamientos informales conforman los territorios prototípicos de la pobreza y la vulnerabilidad social. Aunque no agotan todas las formas de habitabilidad precaria que se registran a escala urbana —deben agregarse también los inquilinatos, hoteles, pensiones y casas tomadas— el impacto social, económico, ambiental y estético que estas urbanizaciones tienen sobre la trama urbana es innegable, dando lugar a diferentes intervenciones parte del Estado, así como del mercado inmobiliario.

Si bien en las últimas décadas las villas han sido definidas por la literatura social argentina enfatizando aspectos morfológicos, demográficos, sociales y culturales, para sintetizar, basta precisar que se trata de urbanizaciones ubicadas en tierras de propiedad fiscal o de terceros, con insuficiente infraestructura de servicios y espacios verdes. En general, poseen una trama irregular, con acceso a las viviendas a través de pasillos, y el proceso de ocupación suele ser indivi-

dual. Por su parte, los asentamientos informales son resultantes de la ocupación colectiva de tierras, en su mayoría, de propiedad privada. Poseen un trazado regular y planificado. Las familias residentes auto-producen de distintas maneras las infraestructuras y viviendas, por lo general, observando las normas vigentes, en tanto existe la perspectiva de regularización a través de la intervención estatal (Varela y Cravino, 2008).

Un paneo por los últimos datos disponibles muestra que, en 2017, en Argentina existían 4228 asentamientos pobres en los que habitaban 3.5 millones de personas (Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP), 2017). Más de la mitad de estas urbanizaciones se formaron antes del año 2000, mientras que casi un cuarto surgió con posterioridad al 2010. Además, el registro señala que si bien el Área Metropolitana de Buenos Aires (AMBA) concentra la mayor cantidad de asentamientos informales del país (40,4%), desde hace varias décadas se verifica un consistente proceso de federalización de las habitabilidades precarias en el que la ciudad de Córdoba ocupa un puesto de relevancia. En efecto, de acuerdo con el mencionado relevamiento, en 2017 el territorio cordobés registraba 170 asentamientos informales, de los cuales 114 (67%) se localizaban en la ciudad Capital.

En el marco de una investigación³ dedicada al estudio de las experiencias del habitar durante la reapertura democrática que se inicia en 1983 —luego de casi 8 años de terrorismo de Estado— la pobreza y la marginación fueron identificadas como las principales coordenadas estructurales sobre las que edificaba la vida cotidiana de miles de familias cordobesas.⁴ A partir de la realización de entrevistas en profundidad a 24 dirigentes de organizaciones de base ligadas al hábitat social de la ciudad, se observó que el *andamiaje sensorial* ocupaba un lugar significativo en los relatos de sujetos que, más de 30 años después, seguían habitando en la periferia pobre de Córdoba.

3 En el proyecto “De la ‘ciudad democrática’ a las ‘ciudades-barrios’. Sensibilidades y experiencias del habitar en la ciudad de Córdoba durante los años 80 y 2000” (CIC-CONICET; investigadora responsable: Ana Lucía Cervio) se entrevistó a un grupo de residentes de villas y barrios precarizados de Córdoba, con el objetivo de indagar sus experiencias del habitar y sensibilidades asociadas con procesos de organización colectiva.

4 De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC, 1980, 1991), durante el período 1980-1991 la población residente en villas de emergencia pasó de representar el 2,3% al 3,03% del total del país. En la ciudad de Córdoba, el número de villas y asentamientos informales se incrementó durante el mismo período en un 57,4%: en términos absolutos, pasaron de ser 47 en 1980 a 74 en 1991, observándose un crecimiento del 55,8% en la cantidad de habitantes que residían en estas urbanizaciones (de 22.929 personas en 1980 a 35.723 en 1991).

Interpelados a “recordar” los modos en que se desenvolvía su vida cotidiana en la villa y/o barrio precarizado a partir de la recuperación democrática, los entrevistados nombraron distintos olores, sabores, sonidos, imágenes y texturas. Tales menciones sensitivas posibilitaron a los sujetos tender un puente entre pasado-presente, en tanto operaron como una forma (no excluyente, claro, en el marco de entrevistas que promediaban las dos horas de extensión) de “comunicar” sus propias sensibilidades y experiencias del habitar en la pobreza sobre las que estaban siendo consultados específicamente. Mediadas discursivamente en el marco de la interacción que supone el momento de la entrevista, dichas reconstrucciones pueden ser comprendidas como el resultado de un concreto “trabajo de la memoria” que, en el camino de otorgar sentido(s) al pasado a partir de la experiencia del presente, involucra “recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos. Hay en juego saberes, pero también hay emociones” (Jelin, 2002, p. 17).

Asumiendo con Halbwachs (2011) que la memoria se produce de manera intersubjetiva, en tanto las temporalidades y los recuerdos se encuentran inexorablemente ligados a las permanentes reconfiguraciones del tiempo-espacio vivido con y a través de los otros, la acción de recordar (y también la de olvidar) es aquí definida como una co-construcción colectiva que involucra sensibilidades. En este contexto, la evocación del pasado constituye la presentificación de vivencias pretéritas hechas cuerpo/emoción que operan como conocimientos sensibles del mundo, orientando los horizontes de acción futuros. Al mismo tiempo, las tensiones y mediaciones estructurales implicadas en la dinámica de *experienciar el pasado — recordarlo — resignificarlo narrativamente en el presente* aluden a los modos en que los cuerpos/emociones se configuran socialmente (Cervio, 2010).

En línea con la definición de “políticas de las sensibilidades” presentada en el apartado anterior, resulta evidente que todo estado del sentir se manifiesta en el cuerpo —lo cual testimonia la materialidad inobjetable de las emociones—, así como en la trama espacio-temporal (pasado-presente-futuro) de las interacciones en las que participa el sujeto. Desde esta mirada, aceptando que recordar es re-vivir, y que la experiencia que se rememora aquí y ahora depende de las interacciones pasadas, puede afirmarse que recordar es un acto cognitivo-afectivo que consiste en “seleccionar” y “articular” en forma discursiva fragmentos de la vida vivida con otros. Tales selecciones —atravesadas en forma radical por las condiciones materiales de existencia— forman parte de un entramado afectivo cuya presencia “viva” en el presente incide sobre los modos en que el sujeto entabla relacio-

nes y configura las maneras de sentir (y sentirse) respecto a sí mismo, a las cosas del mundo y a los demás.

En el marco de estas articulaciones teóricas, en diálogo con la noción de “experiencia del habitar” discutida anteriormente, aquí se sostiene que las múltiples experiencias urbanas por las que atraviesan los sujetos a lo largo de su trayectoria vital van sedimentando ciertas “memorias del habitar” que marcan y condicionan las maneras cotidianas de vivir y sentir la ciudad en el presente. Tales memorias son entendidas como “un conjunto dinámico de construcciones intersubjetivas asociadas con procesos de apropiación/expropiación del ‘espacio vivido’ (*sensu* Lefebvre) que el sujeto reconstruye, resignifica e identifica en el presente como parte de su ‘propia historia’ de habitabilidad” (Cervio, 2022, p. 18).

En términos generales, las memorias del habitar presentan dos rasgos definitorios, a saber: en primer lugar, poseen un origen colectivo, en tanto son producto de la trayectoria de sociabilidades del sujeto y, por ello, se encuentran condicionadas a permanentes reconstrucciones ancladas en el tiempo-espacio vivido en y con otros (Halbwachs, 2011). En segundo lugar, solo pueden comprenderse desde la materialidad socio-sensible que implica conocer el mundo por y a través de los cuerpos. En efecto, lo que se recuerda (y cómo se recuerda) es producto de la re-elaboración de experiencias pasadas a partir de esquemas interpretativos presentes que posibilitan al sujeto otorgar sentido a aquello que “vivenció” como parte de su trayectoria “personal”, “única” y “singular” con la ciudad, el barrio, las calles, la casa, etc. En dicha dinámica significativa, los procesos estructurales que convergen sobre la *historia-del-sujeto-con-los-espacios-habitados* pueden ser develados, entre otras vías, por las particulares maneras de mirar, tocar, saborear, oír y oler que los sujetos elaboran en el marco de sus experiencias urbanas.

Retomando el estudio realizado en villas y barrios precarizados de Córdoba, si bien el guion de entrevistas preveía el abordaje de la sensorialidad como una sub-dimensión de análisis, solicitando a las personas que participaron de la investigación que compartieran un recuerdo específico sobre algún olor, imagen, sonido, textura y/o sabor que caracterizaba al barrio que habitaban en la década de 1980, las re-acciones de los 24 entrevistados fueron “positivas”, en tanto todos pudieron responder (casi) naturalmente —y con pocos rodeos— a la mencionada solicitud. Esto es, que todos los sujetos hayan podido enunciar al menos un recuerdo de su paso por la villa y/o barrio precarizado (30 o 35 años atrás) partiendo de algún registro sensorial, señala la potencia analítica de esta dimensión para observar los modos en

que la dominación se ha vuelto manera (persistente) de habitar (en) la socio-segregación.⁵

En lo que sigue se presenta el análisis de algunos fragmentos de entrevistas. Por razones de espacio, solo se tratarán referencias al olfato. Queda pendiente para un próximo trabajo el análisis del gusto, la vista, el oído y el tacto; sentidos también mencionados por los entrevistados a la hora de compartir sus “memorias del habitar”.

LOS OLORES DE LA VILLA

En términos estrictamente analíticos, los olores ofrecen la posibilidad de establecer una lectura sobre los lazos de intimidad que se producen entre un sujeto y un objeto, sea este último otro cuerpo, una mercancía, una relación social o un espacio. Enunciados como hedores, tufos, aromas, vahos o fragancias, de acuerdo con los impactos socio-sensibles que produzcan en los sujetos, los olores responden a una estructura del sentir cuya complejidad excede a las normas y posibilidades que brinda el lenguaje. Para dar cuenta de ellos, siempre faltan palabras. De ahí que sea necesario apelar a rodeos semánticos que, por lo general, terminan siendo afines a lo que esos estímulos producen en términos del sentir: “asqueroso”, “apasionante”, “fresco”, “inmundo”, etc.

Desde el perfume más “excitante” hasta el más “nauseabundo” hedor, los olores poseen una realidad material y sensible que construye atmósferas, prácticas y sensibilidades (Simmel, 2014; Le Breton, 2017). Más allá del carácter subjetivo, íntimo y personal que, en primera instancia, se imprime sobre la apreciación de un olor específico, se trata de un fenómeno objetivo, pues los efectos que produce (acciones, re-acciones, nuevos olores) condicionan la experiencia sensible del mundo social, entendida como la resultante de complejos procesos socio-históricos a partir de los cuales el sujeto consigue su *afirmación* en el mundo objetivo (Marx, 2010). Contrariamente a lo que indicaría su carácter efímero y volátil, los olores son producciones materiales que fundan memorias, develan relaciones sociales y actualizan un conjunto de conflictos y emociones, lo que los convierte en adecuados analizadores de los procesos estructurales vigentes en una sociedad en un tiempo dado.

Los olores son “escurridizos” en sus manifestaciones, pero no así en sus efectos sociales. “Marcar” a una persona o grupo social dentro de clasificaciones odoríficas “negativas” es un rastro indeleble que

5 Cabe destacar que, salvo algunas pocas excepciones, la mayoría de las y los entrevistados actualmente sigue habitando en entornos precarios, atravesados por profundos (y continuados) procesos de segregación socio-espacial.

condiciona las experiencias y sensibilidades de quien huele como de quien es olido. La historia de la humanidad muestra que diversos prejuicios olfativos han desatado guerras, conflictos raciales, y hasta epidemias. En este marco, desde la concepción que interpreta a los olores como construcciones morales (Synnott, 2003), es sencillo advertir que en sociedades profundamente desiguales el “otro” (negro, indígena, pobre, no-binario, etc.) es quien “huele mal”, en tanto encarna la síntesis más perfecta de un “fuera-de-lugar” social sobre el que se montan las más variadas prácticas de segregación y estigmatización (Cervio, 2021). En los pliegues de este proceso puede observarse la operación de una concreta política de las sensibilidades insoslayablemente conectada con la estructuración del poder.

En esta clave, y recuperando algunas referencias teóricas en relación con las sensibilidades olfativas abordadas en otros lugares (Cervio, 2015, 2022), los olores de las villas y barrios precarizados constituyen índices socio-sensibles fundamentales para reconstruir el conjunto de expropiaciones materiales, emocionales y vitales sobre las que se vienen configurando, desde hace décadas, distintas maneras de habitar en la socio-segregación. Así, considerando que los olores *no significan*, sino que *son y expresan lo que son* (Lefebvre, 2013), resulta elocuente que una de las entrevistadas defina los olores de la villa en la que habitaba hace más de 30 años con la vivencia personal en un paso fronterizo.

E: ¿Te acordás de los olores de la villa?

M: Sí, sí. Como cruzar de Argentina a Bolivia. Yo me acuerdo los olores: un olor a pescado con alcohol... Se te metía... En Potosí se te metía hasta los sesos el olor... a pescado con alcohol, parecía el olor. (...) ¡Olor a caca, olor a caca, a caca, a caca! Como la pudrición de la osamenta del perro cuando se revuelca en algo, ¿viste?, podrido. Ese olor permanentemente. El olor a caca siempre lo tuvimos. Porque teníamos tan cerca el basural, y más adelante de donde vivíamos (...) teníamos Obra Sanitaria. Actualmente tiran toda la bosta al río, al río. La tiran de la planta depuradora.

E: ¿Y en las casas también estaba ese olor?

M: En el aire estaba. ¿Moscas? Oh, pelear con la mosca y el mosquito... era una viva pelea. Yo en mi vida vi tanta mosca como vi ahí. Y en los basurales tiraban de los peladeros de pollos, entonces esa inmundicia de triperío más la... Uh, ¡¡las pudriciones!! Había aromas a la noche que no se podía... (Mujer, 59 años, ex-habitante de Villa Sangre y Sol)

El olor de la villa es enunciado (sin metáforas) como una “bisagra”, es decir, como un límite material que demarca los espacios de vida, penetrando en el cuerpo y en las emociones y, a partir de allí, conformándose como un sustrato ineludible de ese “acumulado” de pre-

cariedades que conforman el mundo de la vida de esta mujer. De acuerdo con su relato, el olor de la villa es el olor de la frontera, del pasaje de un sitio hacia otro. La línea que separa el pertenecer y no pertenecer a un lugar. Es la hediondez del “extraño”, del que está de paso en un sitio de transición, atestado de viajeros, en el que se cruzan y entremezclan hedores e historias (Douglas, 2007; Mata-Codesal, 2018). Con esta analogía puede pensarse cómo el borde (oloroso) penetra en el cuerpo/emociones (“hasta los sesos”), se impregna en el ambiente y forja los espacios cotidianos de miles de personas que desde hace varias décadas siguen apostadas en los bordes de la ciudad de Córdoba.

La descripción compartida por la entrevistada permite observar analíticamente cómo las sensibilidades olfativas construyen fronteras (cada vez más) diferenciadas al interior de las ciudades capitalistas. El olor (“a pescado con alcohol”, “a caca”, “a pudrición”) actualiza las diferencias de clase que “exudan” sujetos que se encuentran deprecia-dos por el “gusto nasal” establecido. Como se sostuvo en otro lugar: “Ciertos olores corporales y espaciales no gozan del derecho de ciudadanía y son asumidos (sin apelaciones) como meras prescripciones de alteridad, favoreciendo la segmentación y privatización odorífica del espacio urbano” (Cervio, 2015, p. 44). Así, barrios, calles, esquinas y casas huelen, como también huelen las relaciones sociales que se despliegan al interior de estas escalas urbanas. En el caso de los barrios pobres, el “mal olor” delimita, impone clasificaciones y levanta muros que circunscriben las atmósferas olfativas de las interacciones sociales actuales y de los horizontes de acción futuros, recordando —con su pregnancia imbatible— el entramado de sufrimientos y conflictos con los que se vive y convive.

En adición, la degradación y la humillación son dos emociones que se insinúan en los relatos de distintos entrevistados cuando recuerdan la villa o el barrio que habitaban en los años 80. El “olor a podrido”, junto a los desechos, las moscas y las inmundicias, configuran la escenografía odorífica de las relaciones cotidianas rememoradas por varias personas. Particularmente, el olor a podrido invoca el temor a los desbordes de los pozos ciegos, así como el riesgo que trae consigo la contaminación de la tierra, el agua y el aire. Además de la pestilencia que provocan los procesos de fermentación y putrefacción que se multiplican bajo tierra, el olor nauseabundo confirma que ese subsuelo es un espacio perdido, es decir, un sitio contaminado incapaz de “soportar” cualquier forma de asentamiento humano (presente y futuro) si no es bajo el riesgo de la amenaza inminente del colapso y de la degradación ambiental. Así, el olor “a caca” que proviene de la contaminación del río, y que se cuele por las capas de

la tierra, evidencia un subsuelo incierto que, junto con las precariedades que se amontonan sobre la superficie, conforman un concierto de riesgos, amenazas e incertidumbres sobre las que se organiza la vida de todos los días.

Ahora bien, que la pestilencia sea el principal olor que se recuerda como parte de la experiencia del habitar en villas y barrios precarizados más de 30 años atrás opera, en clave teórica, como un *síntoma* de diversos procesos estructurales que impactan sobre las experiencias y sensibilidades individuales y colectivas. Se trata de un conjunto de procesos sistémicos de larga data —que incluyen, pero exceden, el acceso a infraestructuras y servicios urbanos básicos— y que confluyen en la configuración de una concreta *cartografía de la segregación*. Tal cartografía se revela, de manera ostensible, en la distribución espacial de sujetos que, relegados en términos de su disponibilidad energética (corporal y social), hacen de un *cúmulo histórico de negaciones* (falta de agua, cloacas, salud, educación, trabajo, seguridad, cuidado ambiental, etc.) su modo persistente de experimentar el fragmento de la ciudad que habitan.

En este marco, varios entrevistados manifiestan que en la villa y/o barrio es “normal” y “cotidiano” estar en contacto con inmundicias y olores desagradables que se pegan (violentamente, como un golpe) en la piel. Así, la bosta, las moscas y la basura que degradan el ambiente no solo forman parte del escenario de la segregación vivenciada. También se instituyen como una especie de condición inherente y definitiva de la villa como espacio de vida y, por extensión, como una suerte de condena olfatoria sobre los cuerpos pobres.

Otro aspecto que ponen de manifiesto los olores del entorno habitado es la dinámica de la naturalización y acostumbramiento al conjunto de faltas/negaciones que imponen los procesos de socio-segregación. En efecto, un entrevistado sostiene que cuando llega a la villa siente el olor a podrido como un hecho que, de alguna manera, marcará “a fuego” el arribo a su nuevo destino habitacional.⁶ Así, luego de una exposición rutinaria a ese olor, este ya no incomoda. Con el paso del tiempo, el “golpe del olor infecto” ya no duele, pues se camufla con el paisaje y con los vecinos, comenzando a formar parte de la vida cotidiana.

6 El entrevistado nace en un barrio obrero de la ciudad de Córdoba. Luego de recorrer distintas ciudades del interior del país y de combatir en la Guerra de Malvinas (1982), regresa a Córdoba y se aleja de la profesión militar. Con 30 años, y con algunas experiencias como inquilino, la crisis hiperinflacionaria de 1989 lo obliga a mudarse a villa Costa Canal (Noreste de la ciudad). Residirá allí hasta el año 2000, cuando consigue construir su vivienda en un barrio cercano.

E: ¿Cuáles eran los olores de la villa?

L: Eh... diría que a podrido. Era como un feo olor por toda el agua que se acumulaba en el canal, pero alguna gente tiraba también el agua servida al canal. Por ahí cuidábamos y nos fijábamos que nadie tirara el agua del excusado. Yo creo que no; pero sí, por ahí tiraban del lavarropas y, bueno... Y eso se juntaba con cosas, y por ahí los huesos que los perros llevaban o que la gente tiraba, qué sé yo. Entonces una vez cada tanto nos juntábamos y limpiábamos un poco el canal.

E: Cuando llegaste a la villa, ¿sentiste ese olor a podrido?

L: Yo lo sentí cuando llegué, ¿por qué digo esto? Porque creo que con el tiempo te acostumbrás (...) (La gente) Ya no siente como... Yo creo que lo siente, pero no te acostumbraste y no te molesta. O sea, no es que sea agradable, pero no te molesta. ¿Viste que alguna vez vamos a una casa que tiene un olor a humedad que no lo aguantás? Yo, que hago services, a veces voy a algunos lugares y digo: “¿cómo vive esta gente aquí?” Y a ellos no les pasa nada. Para ellos está todo bien. (Varón, 57 años, ex-habitante de Villa Costa Canal)

De acuerdo con el entrevistado, *vivir en la villa* en década de 1980 supone interactuar con distintos focos infecciosos que muchas veces pasan desapercibidos. El acostumbramiento a los “olores”, e incluso la incapacidad de percibir la contaminación del ambiente con otros sentidos (gusto, vista, tacto, oído), muestra que la “pestilencia” forma parte de la atmósfera en la que se despliegan las relaciones sociales habituales. En este marco, que el “olor feo” no sea asumido por los sujetos “como algo que molesta”, señala la presencia de una política de las sensibilidades que “anestesia” como parte de una operatoria de dominación concreta.

Así, la putrefacción que se recuerda constituye una descripción *vívida* del espacio habitado en la que olores y prácticas se amalgaman, confirmando la fetidez del canal como parte del conjunto de des-poseiones y expropiaciones (materiales, vitales y sensibles) que explican el origen y desarrollo de estas habitabilidades precarias. Tal observación muestra que el *acostumbramiento* a las privaciones materiales (y a los riesgos y amenazas asociados) es un mecanismo de soportabilidad social que posibilita a los sujetos *seguir-viviendo-su-vida-como-si-tales-pestilencias-no-estuvieran* (D’hers, 2013). En efecto, que el persistente olor pútrido del canal no provoque ninguna problematización ilustra cómo la reproducción de las faltas estructurales (limpieza y saneamiento de cursos de agua, en este caso) se hace cuerpo/emoción remitiendo, con ello, a un plano cognitivo-afectivo puesto en juego por los sujetos a la hora de vivir(se) en el marco de la materialidad que imponen las experiencias encarnadas de lo social. En suma, el relato anterior muestra que el aire, el agua y la salud que los sujetos de la villa NO tienen es, pre-

cisamente, el único tipo de agua, aire y salud que podrán disponer en el marco de la ciudad que habitan. Y eso es, evidentemente, una cuestión que compromete al cuerpo y a las sensibilidades pasadas, presentes y futuras.

En otro momento de su relato, el mismo entrevistado pone de manifiesto su experiencia de “ruptura” con el acostumbramiento al “mal olor” cuando narra la posibilidad personal que tiene de “saltar el cerco”, es decir, salir de la villa y acceder a una casa en un barrio de la ciudad de Córdoba. Tal movimiento biográfico se completa con su incorporación como técnico a una ONG que interviene en la villa Costa Canal. A partir de esta experiencia laboral, unos años después, vuelve a “caminar la villa” investido de su nuevo rol profesional. Frente a este cambio de roles, “su disposición nasal” (también) cambia:

E: ¿Vos en algún punto sentís que te acostumbraste a ese olor del canal?

L: Yo sentí que me acostumbré al olor del canal en su momento, sí. Sí, porque después yo no lo sentía como algo que me molestara.

E: ¿Al olor a podrido?

L: Al olor, al mal olor. Es lo que yo después sentí cuando trabajé... cuando empecé a trabajar en las villas. Vos vas a los lugares en donde están asentadas las villas, arriba de un basural, y no podés entrar del olor. Y la gente vive ahí porque se acostumbra. (Varón, 57 años, ex-habitante de Villa Costa Canal)

El fragmento anterior ilustra cómo el *umbral de (in)tolerancia olfativa* acompaña la movilidad social vivenciada. La oportunidad de “salir de la villa” y de regresar un tiempo después como parte de un equipo profesional dedicado a la intervención comunitaria (que entra y sale del territorio y que, por lo tanto, no se encuentra expuesto en forma rutinaria al “mal olor”) le posibilita al entrevistado desmarcarse del “colectivo villero” y asumir(se) desde otra posición social que redundante, claro está, en una nueva sensibilidad olfativa.

Como sostiene Corbin en referencia a la pestilencia del pobre en el siglo XIX, “el umbral de percepción o, mejor dicho, de tolerancia olfativa define la adscripción social” (2002, p. 167). En el ejemplo analizado, el entrevistado consigue examinar críticamente el acostumbramiento a los “olores infectos” que observa entre “la gente” de la villa cuando logra su objetivo personal de mudarse hacia un barrio y conseguir un trabajo formal. Tal movimiento en su trayectoria de vida le posibilita abrir una distancia socio-sensible con su anterior espacio habitacional, posicionarse en forma categórica en la distinción *yo/ellos* y, finalmente, emprender el camino para “liberarse” de esa condena olfatoria que se esparce sobre la villa y sobre los cuerpos que allí habitan.

A MODO DE CIERRE

El olor es un marcador de atmósferas, pues su juicio es decisivo a la hora de determinar el ambiente de un lugar, de un encuentro y de una situación (Simmel, 2014). Concretamente, no se trata tanto de lo que se huele, sino del significado con el que socialmente está investido ese olor (Synnot, 2003). Así, en una sociedad estructurada por las tramas de la dominación capitalista, patriarcal y neocolonial, el “otro” es ungido con un conjunto de olores y hedores que actualizan la repugnancia, el desprecio y la desconfianza como claves sensibles que impregnan, en buena medida, las interacciones *tú-yo / ellos-nosotros* actuales y hacia el por-venir.

El *olor de la alteridad* (de clase, de etnia-raza, de género) desnuda lógicas estructurales vinculadas con la diferenciación, la desigualdad y el distanciamiento social que se encuentran en la base de todo proceso de segregación socio-espacial (Cervio, 2021), promoviendo la consolidación del temor, la inseguridad y la sospecha como emociones que refuerzan los múltiples muros, bordes y fronteras que configuran y atraviesan a la ciudad como un “todo”. Complementariamente, los enclaves espaciales habitados por cuerpos condenados socialmente a ocupar el sitio del “no-lugar”, acumulan prejuicios y estereotipos que esencializan, naturalizan y fijan las diferencias radicales a partir de las cuales aquellos son construidos como “otros” (Hall, 2010). Tal es el caso del conjunto de estereotipos que se proyectan sobre las villas y barrios precarizados en Argentina, así como sobre sus habitantes, popularmente denominados “negros/negras villeros/villeras”.

Desde una sociología de las sensibilidades, este trabajo se ha esforzado por mostrar que sobre la alteridad se extiende una *condena olfatoria* que pone en evidencia los modos en que la sociedad organiza la regulación de cuerpos/emociones en una coordinada tiempo-espacio dada. En esta empresa, la gestión de la “cuestión olfativa”, junto con el resto de las políticas de los sentidos, constituye un nodo indispensable de las sensibilidades que (re)producen la desigualdad y el desprecio por el otro como parte de una concreta operatoria del poder devenida manera habitual/familiar/reconocible de hacer, narrar y sentir el mundo que tienen los sujetos.

En este marco, el análisis precedente ha ofrecido algunas pistas que permiten indagar cómo la dominación configura *a priori* la atmósfera olfativa que envuelve a los cuerpos-espacios que ocupan el lugar de la alteridad, extendiendo sobre ellos un halo odorífico del que difícilmente se pueda huir: el pobre, el indígena, el negro, el inmigrante, etc. “huelen mal”. El olor del otro es, en efecto, la emanación del miedo y la sospecha que impone la alteridad. Esa sensibilidad olfati-

va refiere más a quien la siente que al sujeto o colectivo que supuestamente la emana. De allí que las normas olfatorias —naturalizadas y asimiladas por los miembros de una sociedad merced a complejas herencias intergeneracionales— constituyan un elemento primordial para el control social.

En esta clave, en tanto construcción y aprendizaje ideológico sedimentado en lo más “íntimo” y “personal” del cuerpo/emoción, la *repulsión hacia el otro* constituye una barrera material infranqueable sobre la que se asientan diversos registros del miedo, el asco, el odio y la intolerancia social. Emociones que —con los olores, sabores, imágenes, sonidos y texturas que provocan— componen engranajes fundamentales para el afianzamiento de las dinámicas de socio-segregación que se observan en las ciudades actuales.

De este modo, el llamado *olor de la alteridad* es, en forma inobjetable, producto de las condiciones materiales de existencia sobre las cuales los *cuerpos-otros* desarrollan su vida cotidiana. En directa conexión con lo anterior, también es resultado de la *a-precación olfativa* que la estructura de dominación impone como estándar ideológico para clasificar/posicionar a los sujetos en el espacio social. Tal *impregnación* (sea bajo la rúbrica de un olor, miasma o hedor) se cuele, inexorablemente, en el plano subjetivo, naturalizándose como un rasgo “esencial” de los sujetos, de sus vínculos sociales y de los espacios que estos habitan. En adición, las aludidas estereotipaciones odoríficas contribuyen a *fixar* al sujeto en una posición de marginalidad social que se asume como “dada”, invisibilizando, de ese modo, las condiciones sociales, históricas, políticas y económicas que explican la desigualdad y el conjunto de sufrimientos cotidianos.

En otros términos, los olores con que la sociedad “invierte” a los sujetos que son definidos desde las lógicas de la “exclusión”, la “excedencia” y la “excepción” producen subjetividades, construyen memorias y acompañan las maneras de sentir, percibir y proyectar(se) (en) el mundo que tienen quienes habitan en los bordes “malolientes” de las ciudades. Y esta es, sin dudas, una problemática ineludible para una sociología comprometida con el examen crítico de los procesos de estructuración y cambio social contemporáneos.

BIBLIOGRAFÍA

- Borsdorf, A. e Hidalgo, R. (2010). From polarization to fragmentation. Recent changes in Latin American urbanization. En Van Lindert, P. y Verkoren, O. (Eds.), *Decentralized development in Latin America: Experiences in local governance*

- and local development* (pp. 23-34). Dordrecht, Heidelberg, Londres y Nueva York: Springer.
- Cervio, A. (2010). Recuerdos, silencios y olvidos sobre lo colectivo que supimos conseguir. Memoria(s) y olvido(s) como mecanismos de soportabilidad social. *RELACES*, 1(2), 71-83.
- Cervio, A. (2015). Experiencias en la ciudad y políticas de los sentidos. Lecturas sobre la vista, el oído y el olfato. En Sánchez Aguirre, R. (Comp.), *Sentidos y sensibilidades: exploraciones sociológicas sobre cuerpos-emociones* (pp. 17-48). Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Cervio, A. (2020). Trayectorias de habitabilidad en contextos de segregación socio-espacial: una aproximación teórico-metodológica desde las sensibilidades. *Economía, Sociedad y Territorio*, 20(63), 335-364.
- Cervio, A. (2021). City and Sensibilities: The dynamics of racializing segregation. En: Scribano, A.; Camarena Luhrs, M. y Cervio, A. L. (Eds.), *Cities, capitalism and the politics of sensibilities* (pp. 177-195). Cham: Palgrave Mcmillan.
- Cervio, A. (2022). Experiencias y memorias del habitar: una aproximación teórica desde las sensibilidades olfativas. En: Camarena Luhrs, M. y Moctezuma Mendoza, V. (Coords.), *Ciudad de México: miradas, experiencias y posibilidades* (pp. 53-84). México: IIS-UNAM.
- Congress, E. (2017). Immigrants and Refugees in Cities: Issues, challenges, and interventions for social workers. *Urban Social Work*, 1(1), 20-35.
- Corbin, A. (2002). *El perfume o el miasma. El olfato y lo imaginario social. Siglos XVIII y XIX*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Corominas, J. y Pascual, J. A. (1984). *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*. Madrid: Gredos.
- Cravino, M. C. (Comp.) (2018). *La ciudad (re)negada. Aproximaciones al estudio de asentamientos populares en nueve ciudades argentinas*. Los polvorines: UNGS.
- D'hers, V. (2013). Entre el amor y el espanto: Cuerpos del sufrimiento, la resistencia y el logro en barrios ambientalmente degradados. *Revista Brasileira de Sociologia da Emoção*, 12(34), 122-155.
- De Mattos, C. (2010). Globalización y metamorfosis metropolitana en América Latina. De la ciudad a lo urbano generalizado. *Revista de Geografía Norte Grande*, (47), 81-104.

- Douglas, M. (2007). *Pureza y peligro. Un análisis de los conceptos de contaminación y tabú*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Duhau, E. (2003). División social del espacio metropolitano y movilidad residencial. *Papeles de Población*, 9(36), 161-210.
- Halbwachs, M. (2011). *La memoria colectiva*. Madrid: Miño y Dávila.
- Hall, S. (2010). El espectáculo del Otro. En Restrepo, E.; Walsh, C. y Vich, V. (Eds.), *Sin Garantías. Trayectorias y problemáticas en estudios culturales* (pp. 419-445). Ecuador: Envió Editores/ Universidad Andina Simón Bolívar.
- Heidegger, M. ((1951) 2015). *Construir, habitar, pensar*. Madrid: Editorial La Oficina.
- Illich, I. (2014). *El mensaje de la choza de Gandhi y otros textos*. Cuernavaca: Universidad Autónoma del Estado de Morelos.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1980). Censo Nacional de Población y Vivienda: Ciudad de Córdoba/ 1980. Dirección General de Estadísticas y Censos de la Provincia de Córdoba.
- Instituto Nacional de Estadística y Censos (INDEC) (1991). Censo Nacional de Población y Vivienda: Ciudad de Córdoba/ 1991. Dirección General de Estadísticas y Censos de la Provincia de Córdoba.
- Jelin, E. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Kleidermacher, G. (2016). De la ilusión al desencanto. Senegaleses en Buenos Aires y la construcción de representaciones respecto a su proyecto migratorio. *RUNA*, 37(1), 89-104.
- Le Breton, D. (2017). *Sensing the world: an anthropology of the senses*. London: Bloomsbury Academic.
- Lefebvre, H. (1978a). *El derecho a la ciudad*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (1978b). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Península.
- Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio*. Madrid: Capitán Swing.
- Marx, K. (2010). *Manuscritos de 1844. Economía política y filosofía*. Buenos Aires: Colihue.
- Mata-Codesal, D. (2018). El olor del cuerpo migrante en la ciudad desodorizada. Simbolismo olfativo en los procesos de clasificación social. *Revista de Antropología Iberoamericana*, 13(1) 23-43.
- Méndez, R. (2007). El territorio de las nuevas economías metropolitanas. *EURE*, 33(100), 51-67.
- Minujín, A. y Kessler, G. (1995). *La nueva pobreza en la Argentina*. Buenos Aires: Planeta-Temas de Hoy.

- Pagliarin, S. y De Decker, P. (2021). Regionalised sprawl: conceptualising suburbanisation in the European context. *Urban Research & Practice* 14(2), 138-156.
- Picker, G. (2017). *Racial Cities: Governance and the Segregation of Romani People in Urban Europe*. London: Routledge.
- Real Academia Española (RAE) (2021). Diccionario de la Lengua Española (en línea). Disponible en: <https://dle.rae.es/>
- Relevamiento Nacional de Barrios Populares (RENABAP) (2017). Relevamiento Nacional de Barrios Populares: Informe General Período 08/2016 a 12/2017. Disponible en: <https://zuletasintecho.files.wordpress.com/2018/04/resumen-informe-de-gestic3b3n-renabap-ac3b1o-2017-docx.pdf>
- Sabatini, F.; Cáceres, G. y Cerda, J. (2001). Segregación residencial en las principales ciudades chilenas: Tendencias de las tres últimas décadas y posibles cursos de acción. *Revista Latinoamericana de Estudios Urbano Regionales*, 27(82), 21-42.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *RELACES*, 4(10), 93-113.
- Scribano, A. (2015). Comienzo del Siglo XXI y Ciencias Sociales: Un rompecabezas posible. *Polis*, 14(41), 209-221.
- Scribano, A. (2017). Amor y acción colectiva: una mirada desde las prácticas intersticiales en la Argentina. *Aposta, Revista de Ciencias Sociales*, 74, 241-280.
- Serres, M. (2016). *The five senses: a philosophy of mingled bodies*. London: Bloomsbury Academic.
- Simmel, G. (2014). *Sociología: estudios sobre las formas de socialización*. México: Siglo XXI.
- Synnott, A. (2003). Sociología del olor. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(2), 431-464.
- Varela, O. y Cravino, M. (2008). Mil nombres para mil barrios. Los asentamientos y villas como categorías de análisis y de intervención. En Cravino, M. (Org.), *Los mil barrios (in)formales. Aportes para la construcción de un observatorio del hábitat popular del Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 45-64). Los Polvorines: UNGS.
- Vecslir, L. y Ciccolella, P. (2012). Transformaciones territoriales recientes y reestructuración metropolitana en Buenos Aires. *Revista Iberoamericana de Urbanismo*, 8, 1-7.

ENTRE LA MARGINALIDAD Y LA POBREZA. LA MODERNIZACIÓN DEL MUNICIPIO DE ECATEPEC DESDE SU DIMENSIÓN SENSIBLE

Eduardo Osiel Martell Hernández

INTRODUCCIÓN

Este trabajo de investigación, de pretensión exploratoria, se reconoce como parte de lo que se ha denominado por llamar giro afectivo o retorno a las emociones, es decir, la intención de dotar de centralidad a las emociones o la vida sensible (López Sánchez, 2019; Scribano, 2012), en el abordaje teórico-metodológico del fenómeno de estudio, pues “lo que nos interesa es la vinculación humana a través de las emociones como un problema sociológico central” (García Andrade y Sabido, 2014, p. 21), este se inscribe dentro del llamado giro afectivo.

El término *the affective turn* fue utilizado como tal por primera vez por las sociólogas estadounidenses Patricia Clough y Jean Halley que lo tomaron como título de su libro publicado en 2007. El uso del término refiere al cuerpo de un trabajo que comúnmente se establece en contra de la orientación discursiva del construccionismo social. El argumento de Patricia Clough a favor de un giro afectivo es estructurado concienzudamente a través de un gesto que contrasta el ‘buen’ afecto corporal con el “mal” discurso consciente del significado. (Enciso Domínguez y Lara, 2013, p. 104)

Esta propuesta de enfoque para las ciencias sociales implica posicionar la dimensión sensible de la vida social en el centro de la investiga-

ción, pero haciendo un llamado a que esto sea respetando las distintas dimensiones de existencia y conocimiento a partir del cual se define lo afectivo, es decir, se trata de una apuesta relacional de estudio de la vida social desde su dimensión sensible (Turner, 2009; Summers-Effler, Van Ness y Haussman, 2002; Reddy, 2001, 2014; López Sánchez, 2019; Scribano, 2012).

Las diferentes maneras de conocimiento de lo sensible implican darle una centralidad especial a la situación empírica (Solana, 2020), como punto de partida del estudio, en este caso el municipio de Ecatepec de Morelos en el Estado de México, entidad federativa de México; este se encuentra ubicado en el norte del área metropolitana de la Ciudad de México, urbe a la cual se encuentra conurbado; para el año de 2020 dicho municipio contó con una población de 1.645.352 habitantes de acuerdo con el Censo de Población y Vivienda del ese año realizado por el Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

El territorio se encuentra localizado en el nororiente del Estado de México, “tiene una extensión territorial de 156,25 km², que representa el 0.72% de la superficie del Estado. Se encuentra entre las coordenadas geográficas 190 29' 2", 190 30' 30" latitud norte, y los meridianos 980 58' 30", 990 07' 6' longitud oeste y está situado a una altura mínima de 2.200 y máxima de 2.600 metros sobre el nivel del mar” (H. Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos, 2013, p. 5).

Al realizar una asociación de palabras en el principal buscador de información en internet que vincule a “Ecatepec” con “emociones”, con la intención de encontrar algún dato exploratorio desde el sentido común que lo relacione con la sensibilidad en general, se encontrarán una serie de páginas relacionadas con salud mental, a la vez que distintas noticias sobre una pareja de feminicidas seriales, que le han dado visibilidad mediática al municipio en los últimos años.

Por otro lado, al llevar a cabo una búsqueda sobre Ecatepec y emociones en el repositorio de la Red de Revistas Científicas de América Latina y el Caribe, se encontrará que no existen estudios que las aborden de manera central en el territorio, aunque en los últimos años sí aparecen algunos estudios asociados a fenómenos de pobreza y marginación en el mismo (Reyes-Díaz, 2017; Cortés et al., 2015; Piñón-García y Sandoval-Forero, 2016).

Una característica que sí comparten la mayoría de los estudios desde las ciencias sociales sobre el municipio, si estos ya no se centran en emociones, también los que hablan de pobreza y marginación, es la importancia de reconocer la historia del poblamiento del territorio, sobre todo durante el último siglo, como un elemento de respaldo para abordar el tema que se busque profundizar en la actualidad (Belarmino, 2016; Hernández Monroy, 2016; Araiza y Martínez, 2016;

Cruz Ramírez, 2015; Olivera Castro, 2010), es por esto que situar a Ecatepec como parte de un proceso de modernización durante el último siglo, cruzado por la pobreza y la marginación, es un punto de partida para encontrarle un posible lado sensible.

A partir de reconocer el proceso de modernización (Giménez, 1995) que ha vivido el municipio de Ecatepec durante el último siglo es que se pretende relacionarle variables como la pobreza (Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016) y la marginalidad (Delfino, 2012), pues se presume que a partir de dicha definición histórica del territorio se puede indagar en su dimensión sensible.

Como bien menciona Hernández Monroy (2016), “los orígenes de la población de Ecatepec pueden rastrearse a las épocas prehispánicas, aunque para entender el proceso de urbanización y crecimiento demográfico, basta con analizar los últimos 50 años” (Hernández Monroy, 2016, p. 44), es esta última época histórica la que resulta central para entender la actualidad afectiva del territorio en cuestión.

Hacia mediados de ese siglo como producto del desarrollo de la actividad industrial concentrada en la ciudad de México, la urbe comienza a experimentar un desarrollo y un crecimiento urbano, demográfico y económico, con lo cual, la ciudad creció extendiéndose con los municipios limítrofes, como Ecatepec. Como producto de esta inercia, Ecatepec registra un importante desarrollo de la actividad industrial dentro de su territorio (principalmente durante las décadas de los cuarenta y hacia finales de los sesenta), lo cual le permite adecuar su territorio para un consecuente desarrollo de su espacio habitacional y de servicios, producto de la construcción de infraestructura como vías de comunicación, electricidad, agua, drenaje, pavimentación, etc. Como consecuencia del desarrollo del espacio urbano el municipio observa la afluencia de un importante número de población, en un primer momento proveniente de otros estados del país, posteriormente del Distrito Federal, en busca de trabajo y vivienda dentro de una zona metropolitana en pleno crecimiento. De esta forma, y con relación a datos de INEGI, Ecatepec que para 1900 contaba con una población de 7,555 habitantes incrementa a 43,764 habitantes para 1960; 1,218,135 habitantes para 1990, y la incrementa a 1,622,697 habitantes para el año 2010, mientras su crecimiento del área urbana pasa de 592.0 hectáreas en 1950 a 9,494.8 hectáreas para 1990 y 10,283.99 para el año 2000. (Vázquez Olguín, 2015, pp. 14-15)

De acuerdo con lo dicho por Hernández Monroy (2016), así como por otros autores como Olivera Martínez (1994) o Vázquez Olguín (2015), la población actual del municipio de Ecatepec es producto de un gran cambio durante el último siglo asociado al poblamiento masivo del mismo, definida esta por el proceso de modernización asociado a este cambio demográfico.

De esta manera, siguiendo a Mejía Hernández (2015), se puede asegurar que el actual territorio del municipio de Ecatepec de Morelos es ampliamente diverso, y ha sido trastocado de manera intensa durante el último siglo,

como podemos ver, el territorio en Ecatepec de Morelos no es homogéneo ni actualmente, ni históricamente, debido a diversos procesos sociales que se han dado en su interior, los cuales han condicionado su configuración y reconfiguración, por lo que habría que tener cuidado, al referirnos al municipio de Ecatepec como una entidad homogénea territorialmente. (Mejía Hernández, 2015, p. 139)

BUSCANDO LA DIMENSIÓN SENSIBLE DE ECATEPEC DESDE LA MODERNIZACIÓN

Siguiendo esta recomendación, cabe entonces adentrarse en el estudio de lo que implica un proceso de modernización territorial y cómo a este se le puede encontrar una dimensión sensible, de esta manera, cabe situarse en el debate sobre la modernidad, el cual, a su vez, implica soportar la sugerencia de reconocerle una dimensión histórica al municipio de Ecatepec para llevar a cabo su estudio.

Los clásicos concibieron la modernidad como resultado de un largo proceso de cambio social a escala del tiempo histórico, e intentaron describir este cambio como el tránsito de lo simple a lo complejo, de la comunidad tradicional a la sociedad contractual (Tönnies), del mito a la ciencia (Comte), de la solidaridad por semejanza a la solidaridad por interdependencia (Durkheim), de la sociedad tradicional a la sociedad racional burocratizada (Weber), de las sociedades precapitalistas a la sociedad capitalista burguesa (Marx), de la costumbre a la ley, etcétera. Se trataría, en síntesis, del tránsito multiseccular de un estado definido genéricamente ‘tradicional’ a otro llamado ‘moderno’ o ‘industrial’, tránsito presidido y guiado siempre en los clásicos, por la idea del progreso como *a priori* axiológico o axioma (postulado racionalista). (Giménez, 1995, p. 37)

La modernidad entonces es “entendida como un modelo de sociedad que inventa nuevos tipos de relaciones sociales y de comportamientos que difieren radicalmente de los que existen en las sociedades tradicionales” (Urteaga, 2013, p. 16), como un cambio histórico de gran calado que permite establecer claras diferencias entre el pasado y el presente.

De esta manera, se ha de decir que situar el proceso de llegada a la modernidad del municipio de Ecatepec como central para abordar su dimensión sensible sugiere abordar el estudio de las emociones desde categorías propias de la historia de las emociones, en el entendido de que esta dimensión colectiva de experiencias compartidas da

cuenta de un momento común con relación a sus cambios y continuidades con el paso del tiempo, es por ello que de inicio, se propone retomar la categoría de “régimen emocional” del historiador William Reddy (2001).

Se sugiere que los “régimenes” emocionales pueden variar entre un amplio rango de posibilidades, pero este rango está sujeto a dos constricciones: 1) A causa de que las emociones están relacionadas con la estrecha red de objetivos que le dan coherencia al ser; la unidad de la comunidad —tal como podía ser— depende en parte de su habilidad para proveer de un conjunto coherente de prescripciones sobre emociones. 2) A causa de la formación intencional de emociones (en la medida en que son hábitos cognitivos) es posible modificarlas, sujeta a las condicionantes del control mental y el orden que una comunidad emocional tenga sobre la forma de ideales de trabajo hacia estrategias que guíen el esfuerzo individual. (Reddy, 2001, p. 61, traducción propia)

Los “régimenes emocionales” se entienden como prescripciones culturales que indican cómo se deben sentir las emociones en una época histórica y lugar geográfico específicos, en este caso el municipio de Ecatepec a raíz de su proceso de modernización durante el último siglo, estas prescripciones, nos dice Reddy (2001), están condicionadas por dos características propias de las sensibilidades como orientadores cognitivos de la experiencia emocional.

Por un lado, estas se encuentran vinculadas a objetivos de las personas, y por el otro, la manera de sentir estos objetivos es modificable desde la autonomía personal, los “régimenes emocionales”, están en ese sentido, directamente imbricados en las maneras en las cuales las personas sienten sus objetivos de vida en un momento histórico específico, esto ayuda a desarrollar una ‘cultura emocional’ compartida en un tiempo y espacio colectivos, así como una ‘autonomía emocional’ de cada persona que es parte de esa cultura.

Desde el punto de vista de una sociología marxista de las emociones, esta dimensión colectiva y personal de la experiencia sensible se encuentra cruzada, de acuerdo con Scribano (2016), por una economía política de la moral para una época común, se trata de “la constitución de fantasmas y fantasías sociales como operatorias sociales de goce, disfrute y pasión en tanto estructuradores de la soportabilidad del orden y quiebre del mismo” (Scribano, 2016, p. 12).

Esta perspectiva histórica compartida sobre las maneras de sentir los fantasmas y las fantasías cognitivas y comunicativas en una sociedad sugiere la existencia de una región cultural común que condiciona las maneras de vivir las emociones en un territorio particular, es

decir, se puede asumir que la modernidad implica una cultura afectiva compartida sobre las maneras históricas comunes de vivir lo sensible.

La región cultural es “la expresión espacial en un momento dado, de un proceso histórico”. Durante varias generaciones los pobladores de una determinada área territorial experimentaron las mismas vicisitudes históricas, afrontaron los mismos desafíos, tuvieron los mismos líderes y se guiaron por medio de valores semejantes; de aquí el surgimiento de un estilo de vida peculiar y, a veces de una voluntad de vida colectiva que confiere su identidad a la colectividad considerada. Cabe precisar, sin embargo, que la homogeneidad no es el criterio principal para definir lo regional en términos culturales, sino la *articulación de las diferencias*. Estas diferencias se relacionan con la diversidad de micro-regiones definidas a escala comunal o municipal. (Giménez, 1995, p. 52)

Región cultural que en clave directamente emocional, en el mismo sentido que el régimen propuesto por Reddy (2001), se puede entender como una cultura compartida sobre las maneras de vivir las sensibilidades, como mencionan Giménez (1995) para el caso de la modernidad como proceso histórico y Mejía Hernández (2015), para el caso de las descripciones del Ecatepec moderno, no es el caso de la homogeneidad cultural, sino del reconocimiento y convivencia de las diferencias como producto de un proceso histórico común pero leído desde la autonomía de sus habitantes, en este caso, la sensibilidad de las personas que viven en Ecatepec en la actualidad.

Podemos referirnos a una *cultura emocional* que modula la intensidad y otorga cualidades morales a la experiencia emocional, también delimita el objeto y la forma de las reacciones emocionales con relación al contexto y la situación donde son expresadas, sea en el ámbito público y/o privado. En este marco, es también posible distinguir un vocablo emocional, así como normas que regulan la expresión emocional, prescripciones sociales y culturales que convocan a sentir de determinada manera ciertas emociones consideradas más deseables que otras. Es decir, social e históricamente compartimos creencias sobre la conveniencia de sentir unas y reprimir otras emociones. (Luna Zamora y Mantilla, 2017, p. 25)

En el caso de la modernidad como cultura o régimen emocional compartido, esta encuentra su principal cimiento en la perspectiva de Elias (2015), quien asume que los procesos de su aparición “han cambiado en un sentido determinado la emotividad del comportamiento y de la experiencia de los seres humanos, la regulación de las emociones individuales por medio de coerciones internas y, con ellas, en cierta medida, también las estructuras de todas las manifestaciones humanas” (Elias, 2015, p. 29), esta es la primer manera de entender las emocio-

nes en la modernidad, al suponerla a esta como un proceso amplio de restricción de las mismas, lo cual choca con la idea de Reddy (2001), sobre que la dimensión sensible producto de la modernización implica necesariamente autonomía de las personas.

Esto último resulta de gran importancia, pues si bien la modernidad podría pensarse como un proceso de unificación de la vida sensible, siempre en oposición a lo tradicional, y si bien es cierto que esta existe como proceso histórico-cultural compartido, la dimensión de la vida sensible parte de suponer la autonomía individual que los sujetos tienen sobre sus emociones como fuentes válidas de conocimiento (Hochschild, 1975; Rosenwein, 2006; Turner, 2009; López Sánchez, 2019), se trata entonces de una cultura emocional de personas que han compartido un mismo proceso histórico y viven en un mismo territorio, el municipio de Ecatepec, pero a la vez, tienen vivencias sensibles propias.

En ese mismo sentido, Hochschild (1983) relaciona la experiencia emocional en la modernidad, directamente con la posibilidad de ofertar la sensibilidad como una mercancía a partir de la capacidad operativa que tenemos los seres humanos sobre nuestras propias emociones (la segunda característica del régimen emocional de Reddy), es decir, en tanto existe una cultura emocional compartida que obliga a vender las emociones, también existen particularidades individuales al vivirlas para decidir hacerlo o no, conocer nuestras emociones, implica que podemos tener autonomía con respecto a estas.

Nosotros “vendemos nuestra personalidad” en el curso de la venta de bienes o servicios en los que nos comprometemos en un serio proceso de auto extrañamiento, uno de los cuales es común y en crecimiento entre los trabajadores en los sistemas de capitalismo avanzado, esto tenía el sonido de la verdad, pero olvidaba algo. Mills percibió que para vender la personalidad no solo se necesita tenerla. Simplemente tener personalidad no hace a uno un diplomático, tanto como tener músculos no hace a uno un atleta. Qué fue olvidado en el sentido de activar el *emotional labor* implicado en una venta. Este trabajo, podría ser parte, me parece a mí, de un patrón distintivo de un sistema emocional todavía invisible —un sistema compuesto por actos individuales de *emotion work*, reglas emocionales sociales, y una gran variedad de intercambios entre personas en la vida pública y privada. Yo quiero entender el lenguaje emocional general del cual los diplomáticos hablan solo un dialecto. (Hochschild, 1983, posición 193, edición libro electrónico Kindle, traducción propia)

Esta sería la segunda manera de definir la presencia de las maneras de vivir las emociones en la modernidad, un momento en el cual, si bien las emociones se pretenden como controladas y racionalizadas, al ser

mercantiles, implican la posibilidad de ser vendidas como expectativas a cumplir, lo cual trae consigo que el actor sea capaz de poner entre paréntesis si quiere conseguir ese objetivo o no, y sea capaz de distanciarse de sus propios sentimientos.

Estas dos dimensiones sensibles de las emociones en la modernidad, un nivel colectivo de cultura afectiva, así como un lado individual desde la autonomía del sentimiento, se pueden leer como inmersas, dentro de las discusiones sobre el papel de la pobreza y la modernidad en la constitución de la manera moderna de sentir en Ecatepec, cabrá entonces, relacionar estas dos maneras sensibles de lo moderno, con dos categorías que vienen de la mano del mismo proceso, la marginalidad y la pobreza.

BUSCANDO LA DIMENSIÓN SENSIBLE DE ECATEPEC DESDE LOS INDICADORES

Generalmente cuando se habla de pobreza aparecen en la palestra inmediatamente estudios de índole económico (Martínez-Licerio, Marroquín-Arreola y Ríos-Bolívar, 2019; Ortiz Galindo y Ríos Bolívar, 2013; Ruíz-Castillo, 2009), donde las variables a considerar se explican desde medidas netamente cuantitativas en un afán por obtener cierta objetividad en el dato, y cuyos indicadores para señalar la carencia refieren únicamente a criterios externos al individuo, como la falta de recursos económicos o de vivienda; también cabe considerar los aportes que intentan relacionar emociones mediante las políticas sociales que realiza el estado para tratar de evitar la pobreza (De Sena, 2020; Cena, 2015).

Partiendo del primer caso mencionado sobre pobreza, para México, y el municipio de Ecatepec, la manera histórica de medirla, ahora conocida como pobreza extrema, de acuerdo con el Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL), estaba centrada primordialmente en la carencia alimentaria, esta se refiere a cuando una persona

tiene tres o más carencias, de seis posibles, dentro del Índice de Privación Social y que, además, se encuentra por debajo de la línea de bienestar mínimo. Las personas en esta situación disponen de un ingreso tan bajo que, aun si lo dedicase por completo a la adquisición de alimentos, no podría adquirir los nutrientes necesarios para tener una vida sana. (CONEVAL, 2020)

Con el nuevo milenio, apareció en México una pretensión de medir la pobreza de manera “multidimensional” que incluyera más

variables, además de centrarse en lo alimentario, de acuerdo con el CONEVAL

una persona se encuentra en situación de pobreza cuando tiene al menos una carencia social (en los seis indicadores de rezago educativo, acceso a servicios de salud, acceso a la seguridad social, calidad y espacios de la vivienda, servicios básicos en la vivienda y acceso a la alimentación) y su ingreso es insuficiente para adquirir los bienes y servicios que requiere para satisfacer sus necesidades alimentarias y no alimentarias. (CONEVAL, 2020)

Si bien dicho indicador ya toma en cuenta diversos factores de medición de la pobreza, donde desde un punto de vista de la dimensión sensible podría pensarse que ya se da cuenta de cierta cultura emocional compartida en lo colectivo, aun no existe alguna variable que hable de la percepción autónoma sensible de una persona que vive en condición de carencia con respecto a su propia situación objetiva.

En el caso de la marginalidad, esta se explica como “la falta de participación en aquellas esferas que se considera deberían de hallarse incluidas dentro del radio de acción y/o de acceso del individuo o grupo” (Germani, 1980, p. 21), es decir, se trata también de una definición más bien normativa, que puede o no estar asociada a la autonomía sensible de una persona, aunque sí es más cercana a la noción actual de pobreza, que solo a la de pobreza extrema con la centralidad de la carencia alimentaria, pero inmersa dentro de indicadores exteriores a la experiencia personal.

Para el Consejo Nacional de Población (CONAPO) de México, el grado de marginalidad que se obtiene calculando el índice del mismo:

[...] es una medida resumen que permite diferenciar los estados y municipios del país según el impacto global de las carencias que padece la población como resultado de la falta de acceso a la educación, la residencia en viviendas inadecuadas, la percepción de ingresos monetarios insuficientes y las relacionadas con la residencia en localidades pequeñas. (CONAPO, 2020b, p. 1)

A primera vista, pareciese que este indicador ya incluye una primera lectura perceptiva sobre carencia, al considerar como una variable la “percepción de ingresos monetarios suficientes”, pero esta noción de percepción no incluye una “autonomía” personal cuando se observa la manera de medirla, no es que se le pregunté a la gente ¿si sienten que le alcanzan sus ingresos?, sino que nuevamente se incluye un indicador objetivo, la consecución o no de dos salarios mínimos en México

como criterio para decir si se percibe lo suficiente para tener o no carencia (CONAPO, 2020b, p. 5).

Por lo tanto, se encuentra en este indicador, desde una lectura emocional centrada en la capacidad autónoma sensible del actor, y la potencial carencia asociada a esta, un camino similar al que se señaló en las categorías de pobreza de CONEVAL, si bien se amplía la definición para no hablar solo de carencias alimentarias, lo cual, de cuenta de una cultura emocional colectiva asociada a la carencia, pues estas medidas no contemplan la percepción autónoma individual de lo sensible.

Es por ello que para entender la relación entre la pobreza, la marginalidad, la modernidad y lo sensible en el municipio de Ecatepec, hace falta recuperar alguna manera de entender la carencia de bienes, ya no solo como algo exterior y objetivo a la persona, aunque sin desechar ese nivel, sino desde la perspectiva de la percepción autónoma sensible, es decir, desde la idea de entender cómo se siente una persona que enfrenta carencias, para ello se retoma la categoría de “frontera de pobreza” propuesta por los economistas Uribe Mallarino y Jaramillo Marín (2016).

Esta se entiende, como una manera de ampliar la noción de carencia más allá de lo exterior y material, involucrando las maneras de sentir de las personas, para ellos “las fronteras de la pobreza no solo corresponden a las personas que ‘objetivamente’ viven en los barrios pobres, sino que incluyen ‘percepciones’ de personas residentes en todos los estratos socioeconómicos” (Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016, pp. 245-246).

Esta definición teórica implica desplazar la condición de pobre del hecho “de *tener*, por encima de aquellas que reflejaban el *ser*, las personas contactadas en el estudio también estuvieron totalmente de acuerdo, en que las carencias afectivas y espirituales son más graves que las económicas” (Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016, p. 258), es decir, que la percepción que las personas sienten sobre su condición de vida asociadas a la carencia como malestar las puede situar como pobres desde su dimensión sensible.

En el caso de la categoría de marginalidad, en esta se necesita también leer como central la experiencia individual como una fuente válida de conocimiento para su ampliación hacia un estudio sensible, de esta manera, la percepción individual adquiere un papel central en la manera de definir la carencia, al ser las personas partícipes de las maneras en la que son categorizadas socialmente, sobre todo desde un enfoque emocional (Hochschild, 1975), las que definen sí se sienten en malestar o no.

El proceso de extensión de los derechos del hombre según principios de igualdad y libertad, así como una concientización creciente de las violaciones de tales principios (...). *Los procesos de contacto cultural*; hacen referencia a situaciones en las que se da la coexistencia de sectores de población culturalmente distintos que viven dentro de una misma nación, ciudad o territorio (...). *La acentuación de los procesos de modernización*: en este sentido es posible señalar que el hecho fundamental generado por la marginalidad —y su percepción como problema— es el carácter asincrónico y desigual del proceso de transición. (Delfino, 2012, pp. 22-23)

Lo dicho anteriormente da pie a lo soportado por Cena, con relación a los vínculos entre la instauración de políticas o mediciones públicas hechas por los estados y las maneras en que estas interactúan con las percepciones sensibles de los individuos que son partícipes de ellas, para quien “el análisis de las políticas sociales en tanto parte constitutiva de una particular política de/sobre los cuerpos/emociones se vuelve ineludible dado que la materia corpórea ocupa un lugar central en la producción y clasificación de las sensaciones, empezando con los sentidos” (Cena, 2015, p. 220).

Las nociones de pobreza y marginalidad asociadas a la carencia afectiva que recae en la autonomía personal se pueden relacionar con lo propuesto por De Sena (2020) y De Sena y Mona (2014), en su crítica desde una sociología de las emociones a las políticas sociales del estado para paliar la pobreza, pues en esta se agrega la experiencia emocional de que quienes viven en esas condiciones como parte de la experiencia de ser pobre o marginado.

Para estas autoras, las políticas sociales que intentan acabar con la pobreza y la marginación, traen consigo sentimientos que recaen sobre la autonomía personal de quienes se encuentran señalados en esa condición, pues

si los mecanismos de solidaridad, cohesión, ayuda y organización social eran antes concebidos y visualizados como “naturales”, con el desarrollo de la modernidad se constituyen dispositivos artificiales, centrados especialmente en una nueva noción de individuo, donde este se transformará en el culpable o responsable individual de sus padecimientos y, a su vez, generador de la fractura y de la sociedad (De Sena y Mona, 2014, p. 10)

En este sentido puede afirmarse que las mediciones públicas, necesitan estar siempre delineadas por la respuesta sensible autónoma de los actores sobre las que estas se construyen, pues así se puede dar cuenta de la dimensión afectiva del fenómeno empírico en cuestión, si bien esto no implica desechar la dimensión exterior o colectiva, en este caso vinculadas a la experiencia de la carencia

personal, situación que cabe ver con detenimiento en el municipio de Ecatepec de Morelos.

RESULTADOS

Para el año 2015 Ecatepec de Morelos contaba con una población en pobreza genérica de 42.7%, pobreza extrema de 5.4%; así como un grado de marginalidad muy bajo para el año 2020, y un índice de desarrollo humano de 0.76 para el año 2015, esto da cuenta de cómo el municipio de Ecatepec, a pesar de ser señalado en la literatura como periférico se encuentra totalmente inmerso dentro de la dinámica de modernización del país y la ciudad a la que se encuentra conurbado.

Como menciona Peláez Herreros (2019), en su estudio que equipara indicadores de pobreza, rezago social, marginalidad y desarrollo humano en México entre los años 1950-2015, “estas medidas de resumen generan resultados fuertemente relacionados, de manera que las regiones de menor desarrollo tienden a corresponderse con las de mayor marginación, rezago social y pobreza” (Peláez Herreros, 2019, p. 110), sobre todo sí se las entiende desde un punto de vista netamente cuantitativo de indicadores externos, sin considerar las percepciones autónomas de las personas, que es precisamente el aporte al fenómeno de estudio desde la dimensión sensible.

De esta manera si se observa la comparación de las variables de pobreza, pobreza extrema y grado de marginación de manera particular en Ecatepec y comparativa entre este y México (Cuadro 1), se observa que el municipio descrito no es, en líneas generales, un territorio periférico, pobre, marginado o con pobreza extrema con respecto al resto del país, esto a su vez queda confirmado cuando se observan los datos del principal indicador de bienestar utilizado en la actualidad, el índice de desarrollo humano.

Encontrarle particularidades sensibles al territorio de Ecatepec con respecto a México, es solamente posible si se revisan otros indicadores del municipio asociados a la percepción autónoma sensible, o en ese sentido a la condición de carencia como parte del ser, no solo del tener (Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016), entre estos, sin lugar a duda el indicador más relevante es el índice de percepción de inseguridad pública de la Encuesta Nacional de Percepción de Seguridad Urbana del Instituto Nacional de Estadística y Geografía.

Cuadro 1
Indicadores de México y Ecatepec

Indicador	México	Ecatepec
Porcentaje de población en pobreza	43,9% (2020)	42,7% (2015)
Porcentaje de población en pobreza extrema	8,5% (2020)	5,4% (2015)
Grado de Marginación	Bajo (2020)	Muy bajo (2020)
Índice de desarrollo humano	0,76 (2015)	0,76 (2015)
Homicidios	44804 (2019)	395 (2019)
Tasa* mil de homicidios	0,37	0,23
Secuestro	1324 (2019)	11 (2019)
Tasa* cien mil de secuestro	1,1	0,66
Percepción de inseguridad	66,4% (2021)	89,9% (2021)

Fuente: Elaboración propia en base a datos obtenidos y calculados a partir de: CONEVAL¹ (2015, 2021); CONAPO² (2020a); Revista Expansión (2015); Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2019); Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (2020); e Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) (2021).

Esta variable también resulta importante, debido a que la ciudad de Ecatepec aparece como la segunda del país percibida como más insegura por sus habitantes, solo por detrás de Fresnillo, además de que en este caso, sí existen diferencias significativas entre la percepción de inseguridad pública de México en general con respecto a Ecatepec en particular, al haber una diferencia de entre 20% y 30%, si para el país en general 66,4% de sus habitantes perciben sus ciudades como inseguras en el primer trimestre del año 2021, para el caso de Ecatepec, esta cifra se situó en ese mismo periodo en 88,9%.

Si se comparara este indicador con la cantidad de delitos de alto impacto que establece el Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública para el territorio (variable ya no de-

1 Tanto para los datos de “pobreza” como de “pobreza extrema”, CONEVAL presenta una población de Ecatepec para el año 2015 de 1.840.902 habitantes, superior a la población registrada tanto en el INEGI como en el Instituto Nacional de Federalismo y Desarrollo Municipal, que para el año 2015 dan una población de 1.656.107 y 1.677.678 respectivamente, lo cual modificaría los porcentajes de pobreza y pobreza extrema, aumentaría el porcentaje de pobres hacia el 47% y de pobres extremos hacia el 6%, si bien estos datos no demuestran una proporcionalidad distinta a lo señalado en la tabla.

2 Para los datos de “grado de marginación” en ambas columnas. Ante la carencia de este indicador para todo el país se considera al Estado de México, pues no hay datos para todo el país.

finida como ligada a la experiencia autónoma), se notara una vez más, como con la marginalidad, la pobreza y el índice de desarrollo humano, que las carencias de los habitantes de Ecatepec, más que estar cruzadas por el tener, se encuentran definidas por el sentir o ser (Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016; De Sena, 2020; De Sena y Mona, 2014).

También en el caso de dos delitos de alto impacto como son el homicidio y el secuestro cometidos en el municipio de Ecatepec con respecto al país en general, se obtuvieron tasas de 0,37 y 1,1 en México, así como 0,23 y 0,66 en Ecatepec, se nota entonces, que este no es un espacio especialmente más peligroso que el resto de México, es por ello que adquiere relevancia la ‘percepción de inseguridad’ como un criterio de malestar basado en la autonomía individual de los habitantes del lugar, más que en las variables externas como los asesinatos o los secuestros.

A pesar de lo dicho en la literatura, así como en los efectos mediáticos, el municipio de Ecatepec de Morelos no se entiende desde una cultura emocional periférica asociada a la pobreza o marginalidad como indicadores de carencia material en sus habitantes, la definición de este más bien tiene que ver con cierta condición de falta sensible en la habitabilidad del ser, tal como proponían Uribe Mallarino y Jaramillo Marín en su dimensión de pobreza (2016).

La centralidad de la percepción de inseguridad para Ecatepec implica darle relevancia a la percepción sensible autónoma para describir la carencia o falta de la habitabilidad en un territorio, esta adquiere centralidad a su vez, en la manera de erigir una cultura emocional propia, que se asocia no solo en el sentido común sobre el territorio, en este sentido la percepción de inseguridad resulta ser central para conocer el Ecatepec actual desde su dimensión sensible.

En el caso de este indicador, de acuerdo con la Encuesta Nacional de Percepción de Seguridad Pública del Instituto Nacional de Geografía y Estadística de México (INEGI), la primera de las subvariables que lo constituyen, supone construir la “percepción de inseguridad” aludiendo explícitamente a una experiencia cognitiva sobre lo afectivo (la primera subvariable considerada es “Sensación de inseguridad por temor al delito-percepción-”) y en las siguientes seis de ellas a percepciones y experiencias cognitivas más que a hechos, todos estos relacionados con cierta expresión sensible sobre lo público.

Las ocho subvariables consideradas para construir el indicador son: 1) Sensación de inseguridad por temor al delito (percepción), 2) Expectativa social sobre la tendencia del delito (percepción), 3) Atestiguación de conductas delictivas o antisociales (conocimiento), 4) Cambio de rutinas por temor a ser víctima del delito (experiencias), 5)

Percepción del desempeño de las policías Preventiva Municipal y Estatal, Guardia Nacional, Ejército y Marina como autoridades de seguridad pública (percepción), 6) Conflictos y conductas antisociales (experiencias), 7) Desempeño gubernamental (percepción) y 8) Fuentes de consulta de Información sobre seguridad pública (experiencias).

Esto resulta importante, pues implica un claro vínculo al discurso de sentido común sobre el territorio desde una dimensión autónoma sensible, la percepción de inseguridad y miedo, lo que implica asumir una perspectiva afectiva de permanente amenaza, como una virtualidad que, en teoría, debería actualizarse conforme cambien las condiciones reales de vida, aunque esto no siempre es así, pues “lo que no es actualmente real puede ser sentido en el presente. La amenaza tiene un modo actual de existencia: el miedo como presagio. La amenaza tiene una inminente realidad en el presente. Esta realidad actual es afectiva. El miedo es la realidad anticipatoria en el presente de una amenaza futura. Es la realidad sentida de lo no existente, lo amenazadoramente presente como un hecho afectivo de lo material” (Massumi, 2010, posición 754) (edición libro electrónico Kindle, traducción propia).

Esta diversidad de maneras para experimentar la inseguridad como real o ficticia también es mencionada por Pinheiro Koury (2009), al establecer una distinción entre tres maneras de experimentar el miedo en el norte de Brasil, como falta de fe, ligada a la caída de una trascendencia mayor; como falta de confianza, en tanto riesgo potencial permanente; y como falta de seguridad personal y familiar, en la vida cotidiana individual y colectiva; el miedo es, en estas condiciones, una potencialidad latente que necesariamente incide en el presente de la experiencia sensible, una sensación ambivalente asociada a la modernidad.

Es decir, la centralidad del miedo como pobreza sensible de la experiencia de vivir en Ecatepec, implica una lógica afectiva que da cuenta de una cultura emocional ambivalente desde el punto de vista de la autonomía emocional de los habitantes de este, territorio donde la pobreza y la marginalidad son escasas, pero la habitabilidad está cruzada por una carencia sensible ligada al malestar moderno, propio de lo difuso.

La dislocación ambivalente de estos datos sugieren la idea de Ecatepec como un lugar estigmatizado (Onjima et al., 2010), donde existe una discontinuidad entre la sensación autónoma de sus habitantes y sus condiciones externas asociadas a una cultura emocional, por un lado se siente miedo, por el otro no hay menos condiciones de inseguridad que en el resto del país; es por eso que a este territorio se le asigna “una imputación hecha con una mirada retrospectiva

en potencia —una caracterización ‘en esencia’, una ‘identidad social virtual’—. La categoría y los atributos que, de hecho, según puede demostrarse, le pertenecen, se denominarán su ‘identidad social real’” (Goffman, 1970, p. 12).

La condición de Ecatepec, tal como propone Scribano para otras ciudades de reciente creación en América Latina, se encuentra cruzada por cierta dosis de espectáculo, él sitúa la masificación de la espectacularización (Scribano, 2016) como una de las características de la experiencia emocional en la Latinoamérica de estos primeros años del siglo XXI cruzada por la modernidad capitalista, esta se entiende como “la centralidad de la apariencia como afirmación de toda vida humana, es decir lo social, como simple apariencia” (Debord, 1992, p. 19) (traducción propia).

Las condiciones de estigma y espectáculo se entienden como una disociación entre una identidad social virtual y una identidad real, donde se observa que el municipio no es más violento o inseguro que el resto de la nación, esto incide en que la autonomía sensible de sus habitantes de Ecatepec esté asociada con la inseguridad erigiendo una cultura emocional potencialmente real pero ficticia a la vez, desde el punto de vista de la autonomía personal, difusa, dicha condición es posible de entender, si se sitúa la percepción sensible autónoma como central para explicar la carencia de los habitantes del territorio, como se dijo, no se trataría ya de una carencia material tal cual, la que se asocia al malestar de vivir en Ecatepec, sino la imagen del ser como una falta cruzada por el miedo como amenaza, a veces potencial y a veces real.

CONCLUSIONES

De esta manera, se puede concluir, que el municipio de Ecatepec de Morelos se encuentra condicionado por una cultura o régimen emocional moderno, donde se expone públicamente una manera de experimentar la autonomía sensible ligada a la carencia emocional del ser, expresada por la ambivalencia de vivir en él, por los fantasmas ligados al miedo y las fantasías de no ser un lugar pobre o marginal, cuya definición se encuentra cruzado por carencias afectivas del ser ligadas a la seguridad, dando como resultado maneras difusas de experimentar la sensibilidad del lugar.

La cultura emocional del municipio de Ecatepec asociada a la modernización no se sostiene de manera exploratoria sobre la idea de pobreza, marginación o periferia, como la suponen algunos autores (Reyes-Díaz, 2017; Cortés et al., 2015; Piñón-García y Sandoval-Forero, 2016), sino que dicha cultura compartida, de la mano de las autonomías perceptivas de sus habitantes más bien se define como

ambivalente (Williams, 1998; Kleinman, 1991), potencialmente estigmatizada (Ojima et al., 2010; Goffman, 1970) y espectacularizada (Scribano, 2016; Debord, 1992), con base en el miedo (INEGI, 2021).

La experiencia común de las emociones en un o asociadas a un territorio puede llegar a generar culturas, economías políticas o regímenes emocionales compartidos (Reddy, 2001; Hochschild, 1975, 1983; Luna Zamora y Mantilla, 2017; Scribano, 2016), aquí se propone, que esta colectividad común en Ecatepec más que estar cruzada por la pobreza o la marginalidad como parte del proceso de modernización del territorio que lo situaría en una condición periférica, se encuentra definida por su estigma, espectáculo y ambivalencia (Ojima et al., 2010; Goffman, 1970; Scribano, 2016; Debord, 1992; Williams, 1998; Kleinman, 1991).

Pues se observa que si bien los datos de pobreza y marginalidad se asocian entre ellos (Peláez Herreros, 2019), no se vinculan con los datos de la percepción de inseguridad de sus habitantes, y en ese sentido, dado la importancia de la autonomía sensible como criterio para conocer la dimensión sensible de la pobreza en la modernidad capitalista (De Sena y Mona, 2014; De Sena, 2020; Uribe Mallarino y Jaramillo Marín, 2016), surge la ambivalencia de sentimientos autónomos entre las personas que viven en una misma cultura (Luna Zamora y Mantilla, 2017), régimen (Reddy, 2001) o economía política de la moral (Scribano, 2016) de lo sensible en Ecatepec.

Pues como menciona Williams (1998), “la historia completa de la modernización no ha sido simplemente acerca del orden y la disciplina, sino también acerca del caos y el desorden, libertad y autonomía contra lo contingente e impredecible” (Williams, 1998, p. 756) (traducción propia), la modernización desde su punto de vista sensible es ambigua y difusa en Ecatepec.

Kleinman lo reconoce a su vez, para ella la “modernización, luego, es caracterizada por dos temas contradictorios. Por un lado, hacemos introspección, tratando de sentir, y ‘consiguiendo tocar’ nuestros sentimientos. Por el otro lado, tratamos de no sentir ‘demasiado’, controlando nuestras emociones, pues para funcionar en el mundo del trabajo, tenemos que ocultar nuestras vulnerabilidades” (Kleinman, 1991, p. 102) (traducción propia), es decir, las sensaciones asociadas a la modernidad en un lugar diverso como el municipio de Ecatepec se encuentran cruzadas necesariamente, por la dislocación entre lo real y virtual del estigma, espectáculo y miedo, por la ambivalencia.

En el caso del primer componente de un régimen emocional (Reddy, 2001), el elemento definido por la cultura sensible colectiva

del mismo (Luna Zamora y Mantilla, 2017), o la economía política (Scribano, 2016), asociada a la moralidad esperada en el municipio de Ecatepec, esta se encuentra condicionada por el estigma y espectáculo de vivir en un territorio señalado como pobre y marginado en la literatura y el sentido común, pero cuyos datos no sostienen esa identidad, es decir, por la dislocación entre una imagen real y una apariencia, que se puede asociar con las particularidades afectivas de la emoción miedo como una amenaza potencial permanente que a veces se cumple y otras no, disgregada pero constante en una habitabilidad real en el presente (Massumi, 2010; Pinheiro Koury, 2009).

Desde el punto de vista del segundo componente de un régimen emocional (Reddy, 2001), también señalado por Hochschild (1983), como la posibilidad que tenemos los seres humanos de hacer conscientes nuestras emociones y en ese sentido gestionarlas de manera autónoma en el actual periodo histórico de la modernidad, Ecatepec es un municipio cruzado por la ambivalencia de las experiencias emocionales de sus habitantes.

La experiencia de las emociones en la modernidad, de acuerdo con Williams (1998) y Kleinman (1991) es ambigua, lo cual queda como anillo al dedo para un municipio tan grande como Ecatepec, donde la percepción sensible de sus habitantes es a su vez, difusa y diversa, esto como consecuencia del proceso de modernización de su territorio.

Dicha condición de diversidad sensible en las experiencias de sus habitantes es señalada como una condición cultural propia de los procesos generales de modernización en el periodo histórico actual (Giménez, 1995), así como asociada a una particularidad espacial del municipio descrito (Mejía Hernández, 2015), precisamente como consecuencia del primer fenómeno histórico más amplio.

BIBLIOGRAFÍA

- Araiza, E. y Martínez, R. (2016). Hacer de la calle un museo de la calle. El grafiti y sus actores en una colonia popular de Ecatepec, Estado de México. *Desacatos* (Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social, Ciudad de México), (51).
- Belarmino Fernández, J. (2016). *San Ecatepec de los obreros*. México: Para Leer en Libertad A.C.
- Cena, R. B. (2015). Políticas sociales, cuerpos y emociones a principios del siglo XIX en Argentina. *Convergencia. Revista de Ciencias Sociales* (Universidad Autónoma del Estado de México, Toluca), 22(69), 213-232.

- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) (2015). Pobreza a nivel municipio 2010 y 2015. Ciudad de México. Disponible en: <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Pobreza-municipal.aspx>
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) (2020). Medición de la pobreza. Glosario. Disponible en: <https://www.coneval.org.mx/Medicion/Paginas/Glosario.aspx>
- Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social (CONEVAL) (2021). Comunicado n° 09 del 5 de agosto de 2021. Ciudad de México.
- Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2020a). Índice de marginación por entidad federativa y municipio. Ciudad de México. Disponible en: <https://www.gob.mx/conapo/documentos/indice-de-marginacion-por-entidad-federativa-y-municipio-2020>
- Consejo Nacional de Población (CONAPO) (2020b). Índice de marginación por entidad federativa y municipio. Nota técnico-metodológica. Ciudad de México.
- Cortés, C. I. J. et al. (2015). Violencia de pareja en mujeres, prevalencia y factores asociados. *Acta de Investigación Psicológica* (Universidad Nacional Autónoma de México), 5(3), 2224-2240.
- Cruz Ramírez, M. (2015). *Central de Abasto del municipio de Ecatepec Estado de México. Área de influencia* (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México.
- De Sena, A. (2020). Hogares receptores de programas sociales y emociones del municipio de La Matanza. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (31), 48-63.
- De Sena, A. y Mona, A. (2014). A modo de introducción, la cuestión social, las políticas sociales y las emociones, En De Sena, A. (Ed.), *Las políticas hechas cuerpo y lo social devenido emoción: lecturas sociológicas de las políticas sociales*. Buenos Aires: Estudios Sociológicos Editora.
- Debord, Guy (1992). *La Société du Spectacle*. París: Éditions Gallimard.
- Delfino, A. (2012). La noción de marginalidad en la teoría social latinoamericana, surgimiento y actualidad. *Universitas Humanística*, (74), 17-34.

- Elias, N. (2015). *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Enciso Domínguez, G. y Alí, L. (2013). El giro afectivo. *Athenea Digital* (Universitat Autònoma de Barcelona), 13(3).
- García Andrade, A. y Sabido, O. (Comps.) (2014). *Cuerpo y afectividad en la sociedad contemporánea*. México: UAM-A y CONACyT.
- Germani, G. (1980). *El concepto de marginalidad*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Giménez, G. (1995). Modernización, cultura e identidad social. *Espiral* (Universidad de Guadalajara), 1(2), 35-55.
- Goffman, E. (1970). *Estigma. La identidad deteriorada*. Buenos Aires: Amorrortu.
- H. Ayuntamiento Constitucional de Ecatepec de Morelos (2013). Sistema municipal de Información Estadística y Geográfica. Cuaderno 10, Ecatepec de Morelos.
- Hernández Monroy, M. (2016). *Comunidad y Seguridad Pública: Una aproximación sociológica desde el análisis de los linchamientos como hecho social en Ecatepec: 2010-2015* (Tesis de Licenciatura). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Hochschild, A. (1975). The sociology of feelings and emotions: Selected possibilities. *Sociological Inquiry* (Blackwell Publishing, Oxford), 45, 280-307.
- Hochschild, A. (1983). *The Managed Heart. Commercialization of human feeling*. Berkeley: University of California Press (edición libro electrónico Kindle).
- Instituto Nacional de Geografía y Estadística (INEGI) (2021). Comunicado de Prensa n° 013/21, con fecha 19 de abril de 2021 sobre la "Encuesta Nacional de Seguridad Pública Urbana (marzo 2021)", Aguascalientes.
- Kleinman, S. (1991). Mixed Messages: Emotions in the Modern Era. *Symbolic Interaction*, 14(1), 101-104.
- López Sánchez, O. (2019). *Extravíos del alma mexicana. Patologización de las emociones en los diagnósticos psiquiátricos (1900-1940)*. México: UNAM-FES Iztacala.
- Luna Zamora, R. y Mantilla, L. (2017). Desde la sociología de las emociones a la crítica de la Biopolítica. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad* (Universidad Nacional de Córdoba), 9(25), 24-33.

- Martínez-Licerio, K. A.; Marroquín-Arreola, J. y Ríos-Bolívar, H. (2019). Precarización laboral y pobreza en México. *Análisis económico* (Universidad Autónoma Metropolitana), 34(86), 113-131.
- Massumi, B. (2010). The future birth of the affective fact: The political ontology of threat. En Gregg, Melissa y Seigworth, Gregory, *The Affect Theory Reader*. Durham y Londres: Duke University Press (edición libro electrónico Kindle).
- Mejía Hernández, I. (2015). *Territorio, poblamiento y sentidos de pertenencia en Ecatepec de Morelos 1930-2014* (Tesis de maestría). El Colegio Mexiquense A.C., Zinacantepec.
- Olivera Castro, G. (2010). *Centro comercial las Américas: apropiación simbólica y construcción de la identidad*. México: ENAH.
- Olivera Martínez, P. (1994). *Proceso de urbanización en Ecatepec: industrialización y políticas urbanas* (Tesis de maestría). Facultad de Arquitectura, UNAM.
- Onjima, R. et al. (2010). O estigma de morar longe da cidade; repensando o consenso sobre as “cidades-dormitório” no Brasil. *Cadernos Metr pole* (Pontifícia Universidade Católica de São Paulo), 12(24), 395-415.
- Ortiz Galindo, J. y Ríos Bolívar, H. (2013). La pobreza en México. Un análisis con enfoque multidimensional. *Análisis Económico* (Universidad Autónoma Metropolitana), 27(69), 189-218.
- Peláez Herreros,  . (2019). Indicadores de bienestar para México, 1950-2015: semejanzas, diferencias y persistencias a lo largo del tiempo. *ECONOM Aunam*, 16(47), 109-124.
- Pinheiro Koury, M. G. (2009). O que   medo? Un adentrar no imagin rio dos habitantes da cidade de João Pessoa, Paraíba. *Psicología y Sociedade*, (3), 402-410.
- Pi n n-García, G. y Sandoval-Forero, E. A. (2016). Educación intercultural en Ecatepec. Estado de México. *Ra Ximhai* (Universidad Autónoma Indígena de México), 12(3), 57-77.
- Programa de Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) (2019). Informe de Desarrollo Humano Municipal 2010-2015. Transformando México desde lo local. Ciudad de México.
- Reddy, W. (2001). *The navigation of feeling. A framework for the history of emotions*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Reddy, W. M. (2014). Humanists and the experimental study of emotion. En Biess, Frank y Gross, Daniel M., *Science and emotions after 1945. A Transatlantic perspective*. Chicago: The University of Chicago Press.

- Revista Expansión (2015). El IDH ha subido en México a 0.766. Disponible en: <https://datosmacro.expansion.com/idh/mexico?anio=2015>
- Reyes-Díaz, I. (2017). Erpos-territorios despojados: escenarios de la violencia feminicida y desaparición en Ecatepec, nororiente del Valle de México. *Bajo el volcán* (Benemérita Universidad Autónoma de Puebla), (18).
- Rosenwein, B. (2006). *Emotional communities in the early Middle Ages*. Nueva York: Cornell University Press.
- Ruíz-Castillo, J. (2009). Pobreza relativa y absoluta. El caso de México. *El Trimestre Económico* (Fondo de Cultura Económica), 86(301), 67-99.
- Scribano, A. (2012). Sociología de los cuerpos/emociones. *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, (10), 93-113.
- Scribano, A. (2016). *La Sociología de las emociones en Carlos Marx*. Buenos Aires: A Contracorriente.
- Secretariado Ejecutivo del Sistema Nacional de Seguridad Pública (2020). Síntesis de estadística delictiva de incidencia mensual, reporte del mes de febrero, Ciudad de México. Disponible en: <https://www.gob.mx/sesnsp/articulos/sintesis-de-la-estadistica-de-incidencia-delictiva-mensual-reporte-al-mes-de-febrero?idiom=es>
- Solana, M. (2020). Afectos y emociones. ¿Una distinción útil? *Revista Diferencia(s)*, (10), 29-40.
- Summers-Effler, E.; Van Ness, J. y Haussman, C. (2002). The micro potential for social change: emotion, consciousness and social movement. *Sociological Theory* (American Sociological Association), 20(1), 41-60.
- Turner, J. (2009). The sociology of emotions: Basic theoretical arguments. *Emotion review* (University of California, Riverside), (4), 340-354.
- Uribe Mallarino, C. y Jaramillo Marín, J. (2016). Las fronteras de la pobreza en Bogotá. *Perfiles Latinoamericanos* (Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, México), (48), 243-264.
- Urteaga, E. (2013). El pensamiento de Norbert Elias, proceso de civilización y configuración social. *Barataria. Revista Castellano-Manchega de Ciencias Sociales*, (16), 15-31.
- Vázquez Olgún, G. (2015). El sistema de economía global y sus impactos en la reestructuración socio-económica y territorial: El

caso del municipio de Ecatepec (Tesis de Licenciatura). UAM-Iztapalapa, Ciudad de México.

Williams, S. (1998). Modernity and the emotions: corporeal reflections on the (ir)rational. *Sociology* (University of Warwick, Coventry), 32(4), 747-769.

SOBRE LAS AUTORAS Y LOS AUTORES

ALDANA BORAGNIO

Doctora en Sociología por la Universidad de Alicante, España (UA). Magister en Investigación en Ciencias Sociales, Profesora y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires, Argentina (UBA). Investigadora del Grupo de Estudios sobre la Sociología de las Emociones y los Cuerpos (GESEC) del Instituto de Investigaciones Gino Germani (UBA) y del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Becaria Posdoctoral del CONICET-IIGG-UBA. Forma parte del Grupo de Trabajo CLACSO, “Sensibilidades, subjetividades y pobreza”. Miembro de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Docente en la carrera de Sociología (UBA). Editora colaboradora en la Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (RELACES). Su trabajo de investigación se centra en las prácticas del comer y las comensalidades desde la perspectiva de los Cuerpos/Emociones.

Contacto: boragnio@gmail.com

ANA LUCÍA CERVIO

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Investigadora Adjunta del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), con lugar de trabajo en el CICLOP (FCE-

UBA). Integrante del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Docente de grado y posgrado en la Facultad de Ciencias Sociales (UBA) y en la Universidad Favaloro. Miembro del Grupo de Estudios sobre Sociología de las Emociones y los Cuerpos, del Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales— UBA. Integrante del GT-CLACSO “Sensibilidades, subjetividades y pobreza” y miembro de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Editora de la Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social (ReLMIS). En la actualidad, trabaja experiencias y sensibilidades urbanas desde una sociología de los cuerpos y las emociones.

Contacto: anacervio@hotmail.com

ANDREA DETTANO

Doctora en Sociología por la Universidad de Alicante (España), Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (Argentina). Becaria Posdoctoral del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Docente de grado y posgrado en la Universidad de Buenos Aires y en la Universidad Nacional de La Matanza. Docente de posgrado del Instituto Universitario del Hospital Italiano. Miembro del Grupo de Estudios Sobre Políticas Sociales y Emociones (GEPSE-CIES) y del Grupo de Estudios Sociales sobre Cuerpos y Emociones (GESEC-IIGG). Integrante del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Investigadora integrante del Grupo de Trabajo CLACSO: Sensibilidades, subjetividades y pobreza. Miembro de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Integra el Equipo Editorial de la Revista Latinoamericana sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad (RELACES). Sus líneas de trabajo incluyen las políticas sociales, la sociología del consumo y los estudios sociales sobre cuerpos y emociones.

Contacto: andreadettano@gmail.com

ANGÉLICA DE SENA

Doctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Se especializó en el estudio de las Políticas Sociales y Emociones y Metodología de la Investigación Social. Actualmente es Investigadora por el CONICET-UNLaM y del Instituto de Investigaciones Gino Germani (FCS-UBA). Coordina el Grupo de Estudios sobre Políticas Sociales y Emociones, en el CIES. Es profesora en la Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Dicta cursos de posgrado en distintas universidades en Argentina y el exterior. Fue profesora invitada en diversas universidades. Es directora de la Revista Latinoamericana de Metodología de la Investigación Social (ReLMIS). Es Coordinadora

del Nodo Regional UNLaM en la Red Latinoamericana de Metodología de las Ciencias Sociales (RedMet). Es Coordinadora del Grupo de Trabajo CLACSO: “Sensibilidades, subjetividades y pobreza”. Es co-coordinadora del Grupo de trabajo “Society and Emotions”, de la ISA. Es integrante de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Sus investigaciones son en torno a la cuestión social, políticas sociales y emociones y metodología de la investigación social.

Contacto: angelicadesena@gmail.com

CRISTIANE BATISTA ANDRADE

Doctora en Educación y Postdoctorado en Enfermería por la Universidad Estatal de Campinas. Investigadora Asociada del Departamento de Salud y Violencia “Jorge Carelli” (Claves). Profesora del Programa de Posgrado en Salud Pública de la Escuela Nacional de Salud Pública de la Fundación Oswaldo Cruz (Fiocruz)/Ministerio de Salud.

Contacto: cristiane.andrade@fiocruz.br

EDUARDO OSIEL MARTELL HERNÁNDEZ

Estudiante de la décima generación del doctorado en ciencias sociales del Colegio Mexiquense A.C., institución de investigación del Estado de México, México. Estudió la licenciatura en sociología en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México y la maestría en sociología en la Universidad Autónoma Metropolitana, plantel Azcapotzalco. Obteniendo sus grados con los trabajos terminales titulados: “Afectividades emergentes en los encuentros situados de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM” y “Vínculos entre Hochschild, Marx y Engels. Hacia una sociología marxista de las emociones”. Forma parte de la Red Nacional de Investigadores Socioculturales de las Emociones (RENISCE) en México, como investigador en formación, de la Red Internacional de Estudio de las Sensibilidades (REDISS) y del grupo de trabajo sobre “Subjetividades, sensibilidades y pobreza” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO).

Contacto: martellquotidia@hotmail.com

JEANIE MARITZA HERRERA NÁJERA

Es licenciada en sociología por la Universidad de San Carlos de Guatemala (USAC), Guatemala. Maestranda en investigación en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Docente de la carrera de Sociología de la USAC. Integrante del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos (CIES). Miembro de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS), Co-coordinadora

del Grupo de Trabajo “Sensibilidades, Subjetividades y Pobreza” del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). Su línea de investigación actual se inscribe en el campo de las conflictividades y acción colectiva desde la sociología de los cuerpos y las emociones.

Contacto: jeanieherrera@gmail.com

REBECA CENA

Doctora en Ciencias Sociales (Universidad de Buenos Aires), Magister en Derechos Humanos (Universidad Nacional de San Martín), Licenciada en Sociología (Universidad Nacional de Villa María). Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Centro de Conocimiento, Formación e Investigación en Estudios Sociales. Profesora de la Universidad Nacional de Río Cuarto en la Facultad de Ciencias Humanas en la Licenciatura en Trabajo Social. Investigadora del Grupo de Trabajo CLACSO Subjetividades, Sensibilidades y Pobreza y del Grupo de Estudios sobre Políticas Sociales y Emociones del Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos. Es integrante de la Red Internacional de Sociología de las Sensibilidades (RedISS). Estancias Posdoctorales realizadas con la Fundación Carolina y la Asociación Universitaria Iberoamericana de Posgrado. Docente de Posgrado en materia de políticas sociales, pobreza y metodología de la investigación social. Se ha especializado en los estudios sociológicos sobre las políticas sociales, la sociología de los cuerpos y las emociones y la metodología de la investigación social.

Contacto: rebecena@gmail.com

SILVANA MARÍA BITENCOURT

Doctora en Sociología Política por la Universidad Federal de Santa Catarina y Postdoctora en Ciencias Sociales por la Universidad de Buenos Aires. Profesora Asociada del Departamento de Sociología y Ciencias Políticas (SOCIP). Profesora del Programa de Posgrado en Sociología de la Universidad Federal de Mato Grosso.

Contacto: silvanasocipufmt@gmail.com

Victoria D'hers

Doctora en Ciencias Sociales y Licenciada en Sociología por la Universidad de Buenos Aires. Investigadora Adjunta del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), en el Instituto de Investigaciones Gino Germani (GESEC, IIGG— UBA), y Docente en UBA y UNLP. Investigadora en el Centro de Investigaciones y Estudios Sociológicos. Indaga en temas ambientales desde las sensibilidades sociales, explorando metodologías expresivas de investigación. Practica yoga desde el 1999. Profesora Certificada-Iyengar (Jr3), y pre-

sidenta de la Asociación Argentina de Yoga Iyengar. Practica y enseña con M. Moya, y en Espacio Namasté Yoga Iyengar Almagro, y Galpón FACE (Parque Patricios). Baila danza contemporánea e improvisación desde el año 2001. Recientemente inició clases en Villa 1-11-14, junto con la referente de Género de la Garganta Poderosa. Participa regularmente dando clases en festivales gratuitos.

Contacto: victoriadhers@gmail.com

COLECCIÓN GRUPOS DE TRABAJO

El libro busca discutir y debatir respecto a las pobrezas en América Latina y su vínculo con la configuración de emociones y subjetividades. Para ello, se propone presentar resultados de investigaciones que trasladan una revisión y análisis de las políticas diseñadas e implementadas por los Estados con relación a los aislamientos, las cuarentenas y su significación e impacto en la pobreza. Se hace especial énfasis en el análisis diferenciado del impacto en las mujeres, el mundo urbano, el trabajo y las mercantilizaciones de la vida cotidiana.

De la Presentación

Patrocinado por



Agencia Sueca
de Desarrollo Internacional



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais